

Asesina otra vez

Los casos de
Marina Altamirano III



Mar
P. Zabala

R

Asesina otra vez

Los casos de Marina Altamirano 3

Mar. P. Zabala



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi padre, que desde el cielo resuelve misterios conmigo.

Prólogo

Marina iba a decir algo cuando el sonido del móvil la interrumpió. Fue a buscarlo a la mesita junto a la entrada, donde lo había dejado. Era un número oculto; pensando que sería algún operador, lo cogió dispuesta a decirle cuatro cosas al pesado que llamaba a la hora de cenar.

—No sé cómo tiene este número, ni qué quiere, pero...

—Querida amiga, esa no es forma de responder al teléfono y mucho menos a los amigos.

¡Esa voz! La reconocería en cualquier parte. Aún, después de diez años, llenaba sus pesadillas, haciendo que se despertara con el corazón a mil y con un sudor frío cubriendo cada centímetro de su cuerpo. La saliva se le hizo un nudo en la garganta, provocando que su propia voz no fuera tan firme como siempre.

—¡Luis! —exclamó Marina, sobresaltando a sus compañeros de cena, que al instante se volvieron hacia ella intrigados.

—Veo que me recuerdas, me alegro. Todo este tiempo he estado pensando en ti, y de repente hoy, te he visto en las noticias. Es una pena que se te escapara Rosa con el tesoro, eso no debe de quedar muy bien en tu expediente. Primero yo, luego ella. Deberías preocuparte. No logras atrapar a los malos.

—¡A ti te atrapé! Fuiste tú el que manipuló los archivos para salir de la cárcel —afirmó Marina indignada. ¿Cómo se atrevía a echarle a ella la culpa de sus maldades? Él y solo él era el responsable de los asesinatos que había

cometido y de fugarse de la cárcel.

—No es mi culpa si los funcionarios de justicia no hacen bien su trabajo — replicó Luis divertido por el enfado de la detective Altamirano. Si Marina le hubiera visto en ese instante, habría observado la sonrisa de complacencia que llenaba su rostro. No lo podía evitar, le encantaba burlarse de ella.

—¿¿Qué quieres?? —preguntó la detective, alterada, ante el desconcierto de sus amigos, que se habían quedado en silencio, mirando hacia donde ella estaba hablando por teléfono.

—Oh, nada complicado. Me aburro y he decidido volver. ¿Quieres jugar?

Capítulo 1

Marina daba vueltas por la cocina como un león enjaulado. La camisa que llevaba mostraba cómo su pecho subía y bajaba, al ritmo del alterado latir de su corazón. De su perfecta coleta, se habían soltado dos mechones, uno de ellos le caía sobre la frente, y la detective intentaba apartarlo de la punta de la nariz, donde le hacía cosquillas, con infructuosos soplidos. Nerviosa retorció sus manos mientras mascullaba por lo bajo:

—No puede ser, no puede ser...

Leo se mantenía a cierta distancia de ella, pendiente de sus movimientos, pero sin intervenir. Conocía a su chica y sabía que era mejor darle espacio, ella misma vendría a él cuando se tranquilizara. No quería agobiarla con palabras vacías. Era para preocuparse: un asesino en serie, prófugo de la justicia, había elegido justo esa noche para llamarla. Podía ver cómo la tez morena de Marina se había tornado blanca para virar a un rojo intenso a medida que su enfado iba en aumento. Si pudieran, los ojos de su chica echarían chispas de la ira que se veía reflejada en ellos.

Pepón telefoneó a la central para pedir que localizaran de dónde había partido la llamada que Marina había recibido. Él no estaba en el país cuando la serie de asesinatos cometidos por Luis Calabria había tenido lugar. Sin embargo, hasta la lejana estepa rusa, donde estaba haciendo un curso de un año de contraespionaje, habían llegado noticias del asesino en serie. Cuando por fin se descubrió al culpable, y se supo que la detective encargada de

hacerlo había sido una joven mujer, vio cómo algunas narices se arrugaban disgustadas. Uno de sus profesores comentó:

—Un policía ruso lo hubiera resuelto antes. Las mujeres no deberían encargarse de esas funciones.

—Tenía un compañero —apuntó Pepón con malicia disimulando una sonrisa. Sus superiores le habían enviado a hacer aquel curso. Lo que no podían obligarle era a que le cayeran bien sus prepotentes compañeros que se creían los más inteligentes del mundo—. Un hombre —añadió divertido.

Esperanza permanecía en una esquina de la habitación, sentada en un sillón sin atreverse a hablar. Lo que momentos antes parecía una cena casera, en la agradable compañía de unos amigos, se había truncado, para convertirse en una pesadilla. Intranquila por lo que pudiera suceder, jugaba nerviosa con el dobladillo de la falda vaquera que llevaba.

El móvil de Marina sonó de nuevo, sobresaltando a los cuatro ocupantes del piso con su estruendoso tono.

—¿Es él otra vez? —preguntó la detective a Pepón, que sostenía el móvil de ella en una mano y hablaba con la central por el suyo en la otra.

—No, es Carlos —respondió el detective mirando la pantalla y leyendo el nombre de su jefe.

Con un suspiro de alivio, Marina cogió el teléfono que le tendía su compañero para hablar con su superior y amigo desde hacía muchos años.

—Hola, Carlos, ya te has enterado. Ese indeseable me ha llamado diciendo que quiere jugar. ¿Qué querrá ahora? Quizás...

—¡¡¡Marina!!! ¡Calla! ¡No llamo por eso! Mi pequeña ha desaparecido —la interrumpió Carlos, agitado y alterado, sin escuchar lo que su amiga le decía, algo que la sorprendió, pues siempre era la calma personificada.

—¿¿¿Qué??? —gritó Marina haciendo que los ojos de sus amigos se volvieran de nuevo hacia ella. Su respiración se había agitado todavía más, haciéndola transpirar por cada poro de su piel.

—Creíamos que Ana estaba estudiando con unas amigas en casa de una de

ellas, pero hace una hora que debía de haber regresado —empezó a explicar Carlos, intentando calmar la urgencia de su voz, para poder hablar con Marina—. Teresa ha llamado a la madre de la niña y resulta que no ha estado con ellas. Ninguna la ha visto en toda la tarde. No sabemos nada de Ana desde que salió de casa poco antes de las cinco —concluyó Carlos con un nudo de voz.

—Vamos ahora mismo —afirmó Marina con rotundidad, haciendo un gesto a sus amigos con la cabeza para indicarles que se tenían que ir.

—¿Qué quería decirte Carlos?

—Pepón, me llamaba para decirme que Ana ha desaparecido, no saben nada de ella desde hace horas.

No hicieron falta más palabras. Apagaron el horno donde un cordero estaba terminando de hornearse y, dejando la mesa puesta esperando a unos comensales que no llegarían a sentarse en ella, salieron por la puerta. Pepón permanecía pegado al teléfono haciendo una llamada tras otra.

Leo avisó a Solé, su jefa de la científica, de lo ocurrido con la hija de Carlos y de la extraña llamada en casa de Marina, según bajaban en el ascensor.

—Pepón ya se ha puesto en contacto con los informáticos para que averigüen el origen de la llamada —le explicó Leo—. No creo que encuentren nada, Luis Calabria sabe cómo ocultarse. Seguro que habrá desviado su rastro entre diversos servidores y repetidores y no será posible averiguar desde dónde ha llamado.

—Comparto tu opinión, pero lo intentaremos —afirmó Solé con rotundidad, pensando en que su brigada de delitos informáticos conocía más de un truco *hacker* que les permitiría saltarse cualquier cortafuegos.

—¿Vas a enviar un equipo a casa de Carlos? —preguntó Leo temeroso de que su jefa enviara a algún becario en prácticas, que, por no hacer bien su trabajo, entorpeciera encontrar cuanto antes a la pequeña.

—No. Iré yo misma con un informático; habrá que echar un vistazo al portátil de Anita e intentar geolocalizar su móvil.

Todos en la comisaria conocían a la hija del comisario jefe Carlos Tejedor. La habían visto crecer y, junto con su pequeña hermanita Pili, eran mimadas y consentidas por todos los policías que con frecuencia se reunían en las famosas barbacoas del comisario, que él y su mujer, Teresa, gustaban de celebrar en su jardín en cuanto la primavera asentaba su presencia. Para Marina eran parte de su familia, eran como sus sobrinas; las adoraba y malcriaba para desesperación de sus padres. Con la mayor, Anita, tenía una gran complicidad, que el paso de los años y la madurez de la niña no habían hecho más que aumentar.

Esperanza titubeó a la hora de seguir a sus amigos a casa de Carlos, pero la mano de Pepón en la suya mientras no dejaba de hablar por teléfono, la hizo decidirse. Fue uno de los gestos tiernos del detective que Esperanza adoraba, a pesar de sus musculitos y de parecer un metrosexual preocupado por su aspecto físico, Pepón era tierno y detallista. Ella era una arqueóloga muy ordenada en su trabajo, pero caótica en su vida privada, incluyendo su alimentación. Desde que salía con Pepón había empezado a ser más consciente de lo importante que era una dieta sana, variada y completa. Sin embargo, ella y Marina disfrutaban dándose algún que otro capricho en alguna cafetería con un dulcecito a media tarde, sin que lo supiera Pepón. O al menos eso creían. Después siempre eran descubiertas por una miga furtiva o por sus pocas ganas de cenar.

—Marina, ¿estás bien? —le preguntó a su amiga preocupada al verla tan descompuesta. Ella, la fría detective de cabeza calculadora a la que ningún caso parecía afectarle, se había convertido en un manojito tembloroso de nervios.

—La llamada y las amenazas de ese loco me dan igual —aseguró Marina respondiendo a su amiga—, pero, si a la niña le pasa algo, no podré resistirlo. Cuando era pequeña y vivíamos en Basema, la cuidé más de una vez siendo bebé. He visto sus primeros pasos, oído sus primeras palabras, y escuchado sus confidencias sobre los chicos que le gustan. Creedme —afirmó con

rotundidad para que la oyeran los cuatro ocupantes del coche—, no necesita escapar de casa, tiene una vida plena y feliz. Si no ha regresado, es que le ha pasado algo.

Leo conducía en silencio, escuchando la desesperación de Marina en cada una de sus palabras. Por otros casos, tenían claro que hasta el estudiante más inocente siempre ocultaba algo que sus padres y amigos nunca sospecharían. Desde porno en el ordenador, un tonto con las drogas, o un noviete en alguna red social del que en realidad no sabía tanto como pensaba. Conocía a Ana y no parecía una mala niña, pero en plena adolescencia no se podía dar nada por seguro.

El hogar de Carlos y Teresa se ubicaba en la Fontana, una urbanización en las afueras de la ciudad. Todas las luces de la casa estaban encendidas y un coche patrulla permanecía aparcado fuera, junto con un monovolumen negro que pertenecía a Solé. No tuvieron que llamar al timbre; en cuanto pusieron un pie en la entrada, Carlos les abrió la puerta con la pequeña Pili en brazos llorando desconsolada.

—¿Qué sabéis? —le preguntó Marina cogiendo a la niña e intentado calmarla—. ¿Alguna novedad?

—Nada. Solé está hablando con Teresa, y un compañero tuyo —explicó Carlos mirando a Leo— está revisando el portátil de Ana. Tú la conoces, Marina —continuó atusándose el pelo con visible nerviosismo—, es buena niña, no porque lo diga yo que soy su padre y me ciegue el amor paterno; lo es y tú lo sabes.

—Eso es cierto, pero todas las adolescentes ocultan algo a sus progenitores —apuntó Pepón, lamentando al instante haberlo dicho al ver la cara de enfado de su superior—. No digo, que sea nada serio —aclaró levantando las manos—, puede ser solo el tonto con algún chico del colegio.

—No está interesada en chicos, lo sabría —afirmó muy seguro Carlos.

Ana era una niña y todavía no pensaba en chicos. Si por él fuera, la metería en un convento junto su hermana pequeña, alejadas de ojos masculinos. Solo el

hecho de que él tampoco podría verlas, y las carcajadas de su mujer cuando le contaba su idea, le hacían desistir de llevarla a la práctica.

—Bueno —comenzó a decir Marina titubeando—, en realidad hay un niño de un curso superior, hermano de una compañera de clase que le gusta.

—¿¿¿Qué??? —inquirió gritando Carlos.

Todos pudieron ver cómo las aletas de la nariz se le dilataban y sus ojos se abrían hasta alcanzar casi el doble de su tamaño.

—Tranquilo, no te enfades —añadió Marina poniendo una mano en el pecho de su amigo, intentado sosegar su ánimo, con la misma tranquilidad que un domador ante una bestia salvaje—. Es un buen chaval, vive a un par de calles más abajo. Por lo que me dijo ella el otro día, él no le hace caso porque está más interesado en una niña un año mayor que él. Algo que Ana lleva fatal.

—Pues es un idiota —dijo Carlos repentinamente enfadado porque un muchachito imberbe rechazara las atenciones de su hija por preferir a otra—, Ana es inteligente, guapa y simpática; no hay niña mejor.

—Ese niño es un buen chico —aseguró Teresa, que se había acercado a saludar a los recién llegados. Puso una mano en su hombro y, dándole un pequeño apretón tranquilizador, le explicó quién era el muchachito—. Lo conozco desde que era pequeño, como a su hermana, que tiene la edad de Ana. Es el típico enamoramiento del hermano mayor de tu amiga, al que ves como el objeto inalcanzable de tus deseos y que nunca te hará caso.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Carlos molesto mirando a su mujer, incomodo por no saber lo que parecía un secreto a voces en su propia casa.

¿Cómo había estado tan ciego para no ver lo que ocurría bajo su propio techo? ¿Cuándo había pasado su pequeña de ser indiferente a todo el género masculino, excepto a su padre, a interesarse por un ente de hormonas con piernas? No le gustaba lo más mínimo el cambio de su ojito derecho. Confiaba en que la pequeña que hacía gorgoritos en los brazos de Marina tardaría mucho en pasar por la misma fase.

—Y tú también lo sabrías si prestaras más atención a lo que sucede a tu

alrededor y te dieras cuenta de que Ana ya tiene poco de niña y sí mucho de mujercita —le dijo su mujer leyendo las expresiones de su cara como un libro abierto.

—¡Acaba de cumplir catorce años! Es una niña.

—¿Tengo que recordarte la edad que tú tenías cuando me diste el primer beso? —le preguntó Teresa, haciéndole enrojecer al acordarse de que él tenía catorce y ella trece, y había sido durante las fiestas del pueblo, una calurosa noche de verano de agosto, bajo la lluvia de estrellas de primeros de mes.

La mirada de Teresa se ablandó al ver cómo la dura expresión de su marido mutaba en una dulce de evocación. El severo policía levantó la mirada y fijó sus ojos azules, iguales a los de su hija Ana, en ella. Teresa le acarició la mejilla en un suave gesto de afecto y rodeó con sus brazos la cintura de su marido, inclinando la cabeza hacia su pecho.

—Solo quiero encontrarla —balbuceó Carlos intentando no llorar al pensar en lo que le podría estar ocurriendo a su pequeña en esos mismos momentos. A diario, en su trabajo y en la televisión, veía cómo desaprensivos raptaban a decenas de adolescentes en todo el mundo para prostituirlas, venderlas en tratos de blancas, traficar con sus órganos y un sinfín de cosas más en las que prefería no pensar.

—No —negó Marina con firmeza, apretándole el brazo, procurando no despertar a la bebita de dos años, que reposaba su cabecita en el hueco de su cuello—. Sé lo que estás pensando y eso no va a pasar. La encontraremos. No lo dudes.

El teléfono de la detective volvió a sonar; con aprensión miró la pantalla y con disgusto comprobó que era un número oculto, igual que la llamada que había recibido en su casa. Con un gesto de cabeza, le indicó a Pepón que era Luis Calabria de nuevo. Marina le entregó la chiquitina a su madre y, sin perder un segundo, con un cable permitió que conectaran su teléfono a uno de los ordenadores que Solé había traído consigo por si recibían una llamada referente a la desaparición de Ana. De buscar a Luis se ocupaba otro equipo

informático en la central, pero, ya que estaban allí y tenían los medios, no iban a dejar pasar la oportunidad.

El informático que controlaba el ordenador pidió a Marina que esperara, haciendo un gesto con la mano. Al cabo de unos segundos levantó el pulgar y le indicó que respondiera a la llamada.

—¿Sí? —contestó Marina cuando ya daba el séptimo tono y temía que Luis colgara sin esperar su respuesta.

—¿Ocupada? ¿Llamo en mal momento? —preguntó el hombre con la ironía pendiendo de cada una de sus palabras, crispando los ya tensos nervios de Marina y sus compañeros.

—Pues sí. No tengo tiempo para tus juegucitos —afirmó la detective, con rabia.

Solé y Leo le indicaron con gestos que se calmara y no perdiera los nervios, cuanto más consiguiera mantener a Luis en el teléfono, más oportunidades tendrían de averiguar el origen de la llamada. Respirando profundamente, intentando recordar alguna de las respiraciones que su monitora de yoga la enseñaba cuando se dejaba caer por su clase, de tarde en tarde, se dispuso a escuchar lo que el asesino en serie le tenía que decir.

—Tendrás que buscarlo —replicó Luis, chasqueando la lengua, petulante—. Tengo un juego preparado que te gustará tanto como el que jugamos hace diez años. Te iré dejando pistas, como Pulgarcito dejaba miguitas, y tú y tus amigos deberéis seguir las para encontrar el tesoro.

Carlos negó vigoroso con la cabeza, no iba a permitir que Marina se distrajera atrapando al escurridizo asesino. Por lo que a él concernía, como si volvía a desaparecer otros diez años. Ahora solo le importaba encontrar a su hija, y Marina era la única capaz de hacerlo.

—Tengo una importante investigación entre manos y no voy a tener tiempo para...

—Creo que el premio final te interesará a ti y a tu antiguo compañero Carlos. Quiero que los dos juguéis conmigo; ese larguirucho que tienes por

novio, déjalo en casa.

Leo alzó las cejas sorprendido y algo intimidado. No le gustaba que el asesino que casi le cuesta la vida a Marina hubiera vuelto, y las conociera tan bien que hasta estuviera al tanto de su relación íntima; por la cara de la detective, veía que no era el único molesto. ¿Cuánto tiempo llevaría espiándolos sin que ellos lo supieran? Luis Calabria era un buen *hacker* que podría haberse colado en sus ordenadores y móviles para monitorizarlos de modo externo y averiguar todo acerca de su vida privada, a través de las fotos de la galería o del registro de los mensajes del Whatsapp que intercambiaban a diario. Cuando encontraran a Ana, le pediría a algún chico del departamento tecnológico que los analizara concienzudamente en busca de puertas traseras ocultas.

—No hay nada que tú puedas darme que me interese —acertó a decir Marina, recuperando la compostura—. Así que no hay ningún premio que pueda atraerme lo suficiente para hacerte caso y jugar a tus juegucitos.

—Oh, querida amiga, todos tenemos un punto débil y yo he encontrado el de tu jefe y el tuyo: tu sobrina Ana. Es muy bonita, se parece a su madre, salvo por los ojos, que son azules y...

De repente las piezas encajaron. No era coincidencia que Luis hubiera vuelto a sus vidas justo cuando Ana había desaparecido. ¡Él era el responsable!

—¡Si le tocas un solo pelo, acabaré contigo! —exclamó Carlos furibundo, quitándole el móvil a Marina de las manos. Una vena latía en su sien, a la vez que una película de sudor frío cubría su piel.

Teresa le contemplaba horrorizada, apretando el cuerpecito dormido de Pilar contra su pecho, pálida y descompuesta. Hasta ese instante, no había desechado la idea de que la adolescente se hubiera ido con su propio pie, en busca de la emoción de pasar una noche fuera de casa. Nunca el trabajo de su marido había afectado sus tranquilas vidas, nunca hasta entonces. Ahora su hija estaba en manos de un psicópata asesino que podría hacer con ella lo que

quisiera.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Marina a Luis después de recuperar su teléfono de las agarrotadas manos de su amigo, que se negaba a soltarlo.

—Mañana a las siete busca la piedra suelta debajo del reloj.

Capítulo 2

Un clic y luego nada, silencio y la señal de que Luis había colgado su teléfono. Eran poco más de las once de la noche, faltaban horas para el momento de la cita.

—Lo siento —se disculpó el informático, negando con la cabeza.

No habían podido encontrar el origen de la llamada, puesto que como suponían había rebotado de servidor a servidor, de país a país. Con resignación, Solé cogió el portátil de Ana y lo guardó en su bolso para llevárselo a la central.

—Dejo al informático aquí —explicó Solé al despedirse de Carlos—. Esta vez no hemos podido localizar a Luis, pero quién sabe si en otra ocasión podremos.

—No va a llamar al fijo ni a ninguno de nuestros móviles. Tiene una obsesión enfermiza con Marina y solo la llamará a ella.

—Lo sé, pero prefiero lamentarme por haber dejado aquí un agente revisando los otros dispositivos electrónicos que tenéis y tener un hombre menos en la central a lamentarme por que Luis llame más tarde y no esté aquí el informático para grabar la llamada e intentar localizarle.

Tras la marcha de Solé, el técnico se enfrascó en su trabajo. Leo y Marina se sentaron en la cocina a tomar una taza de café, dejando a Teresa y Carlos en el salón con la bebida. Pepón y Esperanza decidieron irse también. El compañero de Marina, a la central, y su chica, a casa a intentar dormir un rato. No podían

hacer nada allí y sentían que molestaban más que ayudar.

—No creo que encontremos nada, pero por acercarnos a la Plaza Mayor no perdemos nada —sugirió Leo al cabo de un rato, más por tener algo que hacer que porque fueran a encontrar algo con tantas horas de antelación.

—Vamos, mejor que estar mano sobre mano, algo es —asintió Marina sin ser capaz de escuchar por más tiempo el llanto de Teresa y los sollozos desesperados de Carlos, que, abrazados, con la pequeña entre ellos dos, permanecían sentados en el sofá.

En Salamanca, el lugar por antonomasia para quedar era la Plaza Mayor, debajo del reloj que adornaba la fachada del Ayuntamiento. Bajo los soportales, a cualquier hora del día se podía ver a alguien esperando a sus amigos, a los compañeros de universidad, a algún familiar. Sus piedras estaban empapadas de anhelos y suspiros. «¿Me besarás?». «¿Le gustarás?». «¿Por qué se habrá enfadado?». «Esta noche quiero pasármelo bien». «No viene, no llega, me ha dado plantón». Los salmantinos se refugiaban de la lluvia o del sol, según la estación, bajo el abrazo protector de sus arcos, en un eterno transcurrir de días sin fin. Cuando Luis había mencionado un reloj, todos los reunidos en la casa de Carlos y Teresa habían pensado en la Plaza Mayor.

—Estás muy callada —dijo Leo rompiendo el silencio que llenaba el coche al atravesar las bulliciosas calles de Salamanca en aquel sábado noche de abril—. No le hará daño, quiere jugar contigo.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en lo asustada que estará Ana en manos de ese psicópata. —Sintió un profundo dolor anclado en su pecho.

—Tu sobrina es muy madura, se parece mucho a ti, no creo que se asuste con facilidad —aseguró Leo intentando que Marina se sintiera mejor.

—Eso es cierto —respondió la detective sonriendo. Su sobrina putativa era resuelta y decidida, no se dejaba amilanar por nada ni por nadie. Si Luis no perdía los nervios, tal vez al final aquella pesadilla terminara con Ana devuelta a su hogar—. Sabes, no estoy tan segura de que vayamos a encontrar

algo en la Plaza.

—Ya, es pronto; si ha dicho a la siete, no encontraremos nada hasta esa hora, pero creo que Carlos y Teresa necesitan estar solos un rato. Llorar en silencio, sin testigos. Desahogarse sin sentir la compasión pintada en los rostros de los que los rodean.

—No lo digo por eso —negó Marina—. Sé que necesitan estar solos, derrumbarse y reconstruirse con su compañía mutua. Es por otra cosa. No estoy muy segura de que el lugar del que ha hablado Luis en su llamada sea la Plaza Mayor. Es demasiado obvio. ¿La Plaza Mayor? No es precisamente el lugar más discreto de la ciudad, siempre hay gente por la zona, por no hablar de los policías locales que suelen estar en el Ayuntamiento. ¿Cómo va a acercarse sin ser visto a dejar algo allí? ¿Lo habrá dejado antes? ¿Cuánto llevará planeando esto?

—¿Qué otro reloj va a ser? —preguntó Leo comenzando a ver por dónde iban los razonamientos de Marina—. Seguro que lleva meses tramando su plan, tejiendo sus redes para atraparnos a todos. Planeando todo al detalle y habrá previsto la posibilidad de que le vieran. Pero no le permitiremos salirse con la suya.

—Lo sé; pero, si no es ese el reloj, la búsqueda puede ser infinita. Tendremos que esperar a las siete de la mañana y ver qué ocurre —respondió la detective sin poder dar una alternativa a la más obvia. De momento no tenía otra idea de cuál podría ser el reloj, pero, a falta de opciones, debían centrarse en la que tenían.

Como suponía, salvo las ocasionales despedidas de soltero, no encontraron nada más. Marina, sin dudarlo, se agachó y gateando por el suelo revisó cada una de las losas de granito, para regocijo y burla del grupo de treintañeros que festejaban la próxima boda de un amigo vestido de condón gigante.

—Pues no sé de qué os estáis riendo —les espetó Leo mirando las pelucas rosas de los amigos del futuro novio—. ¿No tenéis espejos en el hotel en el que os estáis alojando? Desde luego, si pensáis ligar algo esta noche, lo tenéis

crudo.

—Déjalos —le pidió Marina cogiéndole de la mano y tirando de él, para alejarlo de las miradas de enojo de la pandilla, visiblemente entonada por los litros de cerveza que debían de llevar bebiendo desde el mediodía.

Era la condenación de todos los fines de semana de los vecinos y ciudadanos de Salamanca, las despedidas de soltero o soltera. La gente acudía a la ciudad atraída por ofertas que combinaban alojamiento y copas a precios sin competencia. Desde el inicio de la primavera, hasta bien entrado el otoño, unos se divertían sin freno a costa del descanso de otros. Las ganas de tomarse un café en una de las terrazas de la Plaza, sin presenciar y sufrir fiestas a las que los demás no estaban ni deseaban estar invitados, se veían frustradas la mayor parte de las noches de sábado.

—Aquí por el momento no hay nada. Vamos a dormir un rato o al menos a intentarlo —sugirió Marina.

Ni en casa de Carlos ni en la de Marina logró descansar nadie. Tumbados en sus camas, fijando la vista en el techo, la detective sentía la respiración pausada de Leo, que cabeceaba en un sueño sin descanso. Marina no dejaba de darle vueltas al críptico mensaje de Luis Calabria: «Debajo del reloj». ¿Una piedra suelta? ¿Se referiría a una losa del suelo, una piedra de la pared?

Leo podía oír los engranajes del cerebro de su chica funcionar. Dos veces se había quedado dormido y dos veces se había despertado al cabo de cinco minutos. Conocía los hechos acaecidos hacía diez años por lo que Marina le había explicado. En aquella época Carlos y Marina eran dos jóvenes detectives relegados a tareas menores, hasta que una serie de casualidades los llevó a investigar el asesinato de un dentista, que sería el primero de una larga serie de muertes que los llevaría de una ciudad a otra del país. Marina, con su astucia, tendió una trampa al asesino y, a riesgo de perder su propia vida, lograron atraparlo. Sin embargo, con sus conocimientos informáticos, a través de un terminal de la propia cárcel donde estaba retenido, logró acceder a su ficha de antecedentes y manipular los datos, cambiando unos y eliminando

otros, para lograr ser excarcelado por la repentina falta de pruebas. Cuando Carlos y Marina supieron lo ocurrido, ya era tarde, Luis había desaparecido del mapa y durante diez años no había vuelto a saber nada de él, salvo rumores de que había sido visto en algún que otro país sin tratado de extradición con España. Conocía lo suficiente a Marina para saber que, hasta que Ana no estuviera en su casa y Luis de nuevo entre rejas, no descansaría. Acercándose más al cuerpo de Marina, la abrazó con fuerza, como muestra de su amor y apoyo. La detective respondió de forma silenciosa, colocando sus manos sobre las de Leo y suspirando cansada.

Carlos y Teresa estaban tumbados en su cama con Pili durmiendo entre ambos. Desde que, pasadas las nueve, habían notado la ausencia de Ana, Teresa no había perdido de vista a su hija más pequeña. Se reprochaba no haber acompañado a la mayor a la casa de su amiga, confiando en que eran las cinco de la tarde y todos se conocían por la urbanización. Ana se había quejado de que la trataban como a una niña pequeña y poco a poco le daban más libertad para moverse, a costa de las protestas de Carlos, que hubiera sido feliz insertando un chip localizador en el brazo de todos los miembros de la familia. Teresa deseaba haber accedido a la rocambolesca idea. Cuando Ana le pidió ir sola hasta casa de su amiga, no vio ningún peligro en ello, y sí una oportunidad de descansar unos minutos, mientras la benjamina de la familia dormía su siesta.

Carlos contaba los segundos para que dieran las siete. Con decepción había recibido la llamada de Marina anunciándole que no habían encontrado nada en la Plaza Mayor. Había hecho apostar a una pareja de policías, vestidos de incógnito en una de las mesas de una cafetería desde la que tenían perfecta visibilidad del punto de encuentro. Nadie podría acercarse y dejar algo sin ser visto. ¡Le atraparían! Si ese malnacido le hacía algo a su niñita, no vería la luz del día siguiente, aunque le costara pasar de ser el comisario jefe a ser un preso. Valdría la pena terminar lo que no habían podido hacer en el pasado. Ni siquiera el día que escapó de prisión, lamentó su decisión de no dispararle

cuando tuvo ocasión. Nunca lo había hecho. Hasta ese día. Sin su hija durmiendo bajo su mismo techo.

Capítulo 3

No eran las seis cuando Marina se levantó para darse una ducha y cambiarse de ropa. Al salir del baño se encontró a Leo esperándola ya vestido, con una sonrisa y una taza de café al caramelo en una mano.

—¿Qué haces? —preguntó la detective con pocas ganas de discutir—. Luis dijo que debo ir sola con Carlos.

—Lo sé —respondió Leo levantando las manos en ademán conciliador—, pero no dijo nada de que no pudieras llevar un dispositivo por el que podamos escucharos y ver lo que hacéis. Pepón y yo estaremos cerca, te prometo que no nos veréis, pero ni por un instante os vamos a dejar solos en esto.

—Te quiero, ¿lo sabes verdad? —La ruda detective no había podido evitar ablandarse y olvidar por unos instantes sus preocupaciones, al oír a Leo en lo que para ella eran las más dulces palabras de amor.

Leo sonrió y la besó con pasión y ternura, fundiendo sus labios, queriendo absorber los miedos y temores de Marina, como si un manto protector pudiera cubrirla y alejarla de todo peligro.

—No dejéis que os vean —advirtió Marina, cuando sus bocas se separaron, en una queda súplica.

—Piensa en nosotros como vuestros ases en la manga, aunque mejor no le digas nada a Carlos, tiene las emociones demasiado a flor de piel y puede dejarse llevar y alertar a Luis en un fatídico descuido.

—No se lo diré, no os preocupéis —negó Marina dando buena cuenta de la

taza de delicioso café.

Faltaban cinco minutos para que el reloj diera las siete; Carlos iba y venía desde la puerta del Ayuntamiento hasta en centro de la Plaza, mirando infructuosamente cada centímetro del suelo y de los sillares que formaban los arcos.

—Falta un minuto. Continúo sin ver nada extraño.

—Lo sé, Carlos, pero sigo pensando que nos equivocamos de reloj. Es una corazonada. No estamos en el lugar correcto.

—Eso ya lo has dicho, pero no has dado ninguna alternativa —replicó Carlos molesto y en tono enfadado.

—¡Sígueme! —exclamó de pronto Marina agitando los brazos para que su amigo la siguiera.

—¿Adónde vas? —preguntó Carlos yendo tras Marina que, a grandes zancadas, corría por la calle Zamora hacia la Plaza de los Bandos por las avenidas desiertas de primeras horas de un domingo de primavera.

Los ecos de sus pisadas resonaban haciendo que los barrenderos que recogían los restos de las borracheras nocturnas levantaran la cabeza a su paso.

La detective dejó atrás la puerta del Casino y del colegio Montellano, pasando como un suspiro por el inicio de la calle Brocense, al llegar a la esquina del Banco de España donde se habían refugiado Tomás y los suyos semanas antes, en el que había sido el último caso de Marina: unos escurridizos ladrones de arte que durante días se habían ocultado a los ojos de todos en el subsuelo de la ciudad. El recuerdo de cómo el relato de Halloween de Ana la había ayudado a dar con una de las entradas a los pasadizos subterráneos, oculto durante siglos en la Cueva de Salamanca, cruzó fugaz por la mente de Marina, haciendo que su corazón se encogiera con tristeza al recordar a la niña.

—¡Mira! —exclamó victoriosa señalando con su mano el reloj que adornaba la torre con la que se remata el edificio de la calle Zamora que antaño había

albergado oficinas del Ayuntamiento de Salamanca y cuyos locales ahora los ocupaba una tienda de caramelos por la que no podía pasar sin detenerse.

Carlos asintió satisfecho. Las corazonadas de su amiga una vez más resultaban ser más fiables que cualquier razonamiento sostenido por bases lógicas. Marina sabía sacar las conclusiones más certeras de los datos más disparatados que los demás pasaban por alto o dejan a un lado por incongruentes e insignificantes. Eso era lo que hacía tan especial a la detective Altamirano.

Como si estuvieran impulsados por un resorte, Marina y Carlos se pusieron a palpar las piedras de la pared; sería este último el que al pasar la mano por la argamasa que unía dos de ellas, notó cómo una pequeña porción se desprendía dejando asomar un papel grisáceo que parecía deshacerse entre los dedos, el cual al extenderlo reveló dos palabras:

Alfonssus Paratinensis.

—¿Significa algo para ti? —preguntó Carlos esperanzado a Marina.

—No —negó la interpelada—. Pero para algo existe san Google —dijo resuelta sacando el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y abriendo la aplicación.

—¿Tú con un móvil, navegando por internet?

Carlos no salía de su asombro, precisamente había sido el caso de Luis Calabria él que había hecho que Marina tuviera recelo de cualquier artilugio tecnológico. Se negaba a tener ordenador en su oficina y, si necesitaba consultar algo, recurría al de Pepón o le pedía que lo hiciera él por ella. Con toda la comisaría informatizada e internet instalado hasta en el último rincón de la vida actual, Marina seguía prefiriendo un móvil analógico sin acceso a la red.

Sin embargo, cuando su sobrina había empezado a hacerse *selfies* y Teresa se dedicaba a immortalizar cada gesto y ruidito de la pequeña Pilar, la posibilidad de perderse esos momentos le había hecho recapacitar. Había sido la misma Ana la que había acompañado a su tía a comprarse uno y la había

ayudado a instalar las aplicaciones básicas, como la niña había llamado a la multitud de cuadritos de diversos colores que habían aparecido, Marina no sabía cómo, en la pantalla de su móvil.

No lo diría en voz alta, pero debía reconocer que tenía predilección por las caritas sonrientes y demás emoticonos con los que llenaba sus mensajes de whatsapp, una de sus aplicaciones favoritas, y en la práctica la única que sabía usar.

—*El libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita —respondió Marina encogiéndose de hombros sin responder a la pregunta de asombro de Carlos—. Al parecer es el que lo copió hacia 1415.

—¿Y qué más?

—No mucho más, todas las entradas son similares, se guarda una copia en la universidad.

—¿Tenemos que ir allí? ¿Al edificio histórico? ¿Eso es lo que nos indica Luis en su mensaje?

—Si no se te ocurre otra cosa, podemos acercarnos —respondió Marina, escuchando cómo Leo le decía, por el dispositivo de escucha disimulado en una pequeña horquilla con la que se había recogido el pelo, que le consultarían a Esperanza, la arqueóloga historiadora que salía con Pepón.

Su ayuda había sido decisiva en su anterior caso. Con un amplio conocimiento de historia oculta de la ciudad, era una fuente de conocimiento inigualable.

—Id hacia donde dice Carlos, así nos daréis tiempo de buscar algo más sobre ese nombre que habéis encontrado —le sugirió Leo.

Volviendo sobre sus pasos, se encaminaron hacia el edificio histórico de la universidad. Carlos iba dando órdenes por su teléfono para que cuando llegaran hubiera alguien que fuera capaz de asesorarlos sobre el tema.

—Señor, son poco más de las siete de la mañana, es domingo —oyó Marina cómo una voz de hombre, desde el otro lado de la línea, intentaba explicar a su amigo lo inusual de la hora—, no va a haber nadie. Puedo conseguir que un

guardia de seguridad les abra la puerta, pero que alguien pueda atenderlos será más complicado. Primero hay que dar con la persona adecuada y después de localizarla, llevarla hasta allí.

—¿Y a qué está esperando? —preguntó Carlos usando el tono más duro que solo reservaba para los interrogatorios de testigos renuentes a hablar.

Marina no dijo nada para tranquilizarlo. Solo se le ocurrían frases hechas tipo: *Todo saldrá bien, ten paciencia, Seguro que no le ha pasado nada*, y cosas por el estilo que sonaban tan huecas en su cabeza que era incapaz de repetir las en voz alta.

Se cruzaron con un grupo de jóvenes que regresaban tambaleándose y dando voces a su casa, después de haber cerrado todos los bares tras de sí. Los barrenderos regaban las calles, intentado limpiarlas de la fiesta nocturna; los vasos y los cristales rotos compartían espacio con botellas vacías y papeles manchados. En el aire flotaba un olorcillo agrio, que destacaba hiriente en el frescor del amanecer.

Al llegar a la universidad, como habían supuesto, un guardia de seguridad los esperaba junto la puerta de la fachada del Patio de Escuelas y les permitió entrar. En el vestíbulo del edificio se llevaron una sorpresa: Esperanza los aguardaba con una sonrisa.

—No sabemos si os está siguiendo o ha dejado instalado algún dispositivo de vigilancia en un descuido de los guardias; fingid que no conocéis a Espe, ella os ayudará —le explicó Leo por el pinganillo a Marina.

Temiendo que una reacción de Carlos los fuera a delatar, dándole un codazo mal disimulado en tanto el guardia de seguridad que les había abierto cerraba de nuevo la puerta, Marina se dirigió a Esperanza como si no la conociera.

—Buenos días, somos los detectives de homicidios, Carlos Tejedor y Marina Altamirano.

—Buenos días, soy Esperanza Mateos, historiadora. Me han avisado de comisaría que podrían necesitar mi ayuda. Vivo cerca y he creído que lo mejor era venir en persona.

No era del todo mentira. Esperanza tenía un pequeño estudio a los pies de la calle Tentenecio, con lo que estaba lo suficientemente cerca como para que su presencia no resultara extraña. En cuanto leyeron la nota que había encontrado Marina, Pepón avisó a la arqueóloga para que se acercara al edificio histórico, ya que, además de la de arqueología, tenía la carrera de historiadora y estaba realizado a través de la universidad a distancia, la de Literatura.

—Muchas gracias —afirmó Carlos percatándose de que Marina y Espe trataban de guardar las apariencias, lo cual era buena idea. No sabían si Luis contaba con ayuda externa, y cualquier persona que los escuchara o los viera no debía sospechar nada. Para todo el mundo, debía parecer que solo estaban ellos dos tras la pista de la nota del secuestrador—. Le dice algo el nombre de Alfonssus Paratinensis.

—Fue el que realizó la copia de *El libro del buen amor*, que está en la biblioteca de la universidad.

—¿Podemos verlo? —preguntó impaciente el comisario.

—Me temo que no, está guardado bajo condiciones especiales y no se puede acceder a él —respondió Esperanza con pesar.

—¡Pero es importante que lo veamos!

—Tal vez no sea necesario —dijo Marina pensativa—. Si es tan difícil acceder a él, no creo que Luis lo haya hecho ni que nos haya dejado algo en él. Puede que debamos centrarnos en quien era Alfonssus Paratinensis. ¿Conoce algo de su persona? —quiso saber la detective dirigiéndose a Esperanza, tratándola de usted como si no la conociera, por si acaso Luis estaba vigilándolos.

—Fue arcediano de Ledesma y obispo de Ciudad Rodrigo. Promovió la construcción del primer edificio del renacimiento en Roma en 1458 y nombró encargado de su construcción a Pietro Romano.

—¿Qué edificio? —preguntó Marina con genuina curiosidad.

—Nada menos que la iglesia de Santiago de los Españoles en la Plaza Navona. De hecho, en Roma está el escudo de Paradinas y su estirpe es

elogiada en Italia.

—Vale, fue un hombre importante injustamente olvidado —dijo Carlos impaciente—, ¿pero eso en qué puede ayudarnos a encontrar a mi hija?

—Mucho —explicó Esperanza con la típica mirada de quien oculta un secreto y se muere por contarlo—. No se sabe cómo era la casa donde vivió, pero sí que estaba situada en la Puerta de San Polo, junto a la muralla. En la entrada al Huerto de Calixto y Melibea, se conservan dos escudos que hacen referencia a los apellidos de Paradinas y, de hecho, esa calle se llama la calle del Arcediano.

Sin despedirse si quiera del vigilante que les había abierto la puerta, Carlo salió corriendo hacia el bello jardín situado cerca del Patio Chico, detrás de la Catedral Vieja. Marina agradeció al guarda su amabilidad en unas rápidas palabras y girándose hacia la arqueóloga iba a hacer lo mismo cuando esta se lo impidió.

—Voy con ustedes —afirmó resuelta Esperanza.

—Puede ser peligroso, no debería acompañarnos —atinó a decir Marina, escuchando cómo Pepón gritaba junto a Leo: «No, ella se queda en la universidad. Ni hablar».

—Ya veremos más tarde; hasta la entrada del Huerto, sigo con ustedes —concluyó Esperanza sin darle oportunidad de réplica a Marina, dirigiéndose a la puerta por la que Carlos había salido minutos antes.

Las dos mujeres siguieron el camino que había recorrido Carlos, que ya era una figura que se perdía torciendo a la izquierda por Calderón de la Barca. No sabía si cometía un error permitiendo que la arqueóloga se les uniera, pero algo le decía que sus conocimientos les iban a ser útiles a lo largo de la jornada.

Capítulo 4

A pesar de sus largas zancadas, Carlos fue alcanzado por Marina y Esperanza, al frenar sus pasos al iniciar el descenso por la empinada cuesta de Tentenecio.

—¡Espera! Recuerda que debemos ir los dos —le recriminó Marina, acomodando su paso al de su amigo.

—Ella no debería estar aquí —apuntó Carlos malhumorado mirando a la arqueóloga. Si por su culpa le pasaba algo a su hija, le iba a dar igual que fuera novia de Pepón y amiga de Marina. No se lo perdonaría jamás.

Marina le hizo un gesto a la historiadora para que no replicara, no venía al caso poner más nervioso de lo que ya estaba al padre de la niña secuestrada. Era mejor que Esperanza se mantuviera cerca y en silencio. Su variada formación en arqueología e historia les podría ser de gran ayuda.

Las campanadas de las iglesias cercanas les avisaron de que ya eran las ocho de la mañana. Junto al Huerto de Calixto y Melibea, estaba situado un albergue del peregrino, para los caminantes que realizaban el camino de Santiago. Había dos bicicletas apoyadas en el mismo muro que delimitaba el Huerto, todavía cerrado a los visitantes. Un hombre de aspecto contrahecho, con los ojos rojos, y desprendiendo un olor rancio, estaba sentado en el rincón que formaba los dos muros. Al verlos se puso de pie y se acercó hasta ellos, tendiéndoles un móvil de los antiguos, sin conexión a internet y mucho más pequeño que los actuales.

—¿Es usted Marina, verdad? —preguntó dirigiéndose a la detective—. Me dijo que serían un hombre y una mujer, pero estoy viendo a otra —dudó el borrachín mirando a Esperanza con los ojos medio cerrados por la modorra del alcohol.

—Sí, yo soy Marina. ¿Cómo era el hombre que le dio el móvil? —preguntó esperanzada la detective a la vez que cogía el teléfono que le tendía el hombre. Una buena descripción de la fisonomía actual de Luis Calabria podía serles de gran ayuda para encontrarle.

—Vera, señora —titubeó el vagabundo, clavando una espina en el corazón a Marina con lo de «señora». No se veía como tal, pero estaba claro que los años pasaban también para ella—, digamos que no tenía la mente muy clara cuando se me acercó. La caja de vino que mi amigo y yo encontramos en la basura estaba casi entera, y con la que compramos con lo que nos habían dado los turistas anoche, pues...

—¿Así que no recuerda nada? —preguntó Carlos acercándose al hombre, algo de lo que se arrepintió al instante al notar el olor que desprendía. Dudaba que solo hubieran tomado dos cajas de vino compartidas. Por lo que llegaba a su nariz, al menos se habían tomado media bodega.

—Era normal. Ni alto ni bajo. Ni gordo ni delgado. Llevaba gafas y un peluquín, nadie puede tener un pelo como ese —añadió con complicidad el hombre—. Me dio un café y un billete de cincuenta euros a cambió de mantenerme despierto hasta que ustedes llegaran y darles el teléfono.

—¿Y su amigo? —preguntó Marina suspicaz mirando al otro borrachín que dormía la mona plácidamente apoyado en la pared, roncando sin ningún complejo de forma sonora y contundente.

—Esta ahí durmiendo —respondió el vagabundo señalando un bulto amorfo que habían confundido con unas mantas, al principio, tendido algo más alejado de las bicicletas—. Él no habló con el hombre del móvil. Ahora si me disculpan, yo voy a hacer lo mismo que mi amigo.

El vagabundo se giró y con paso tambaleante se acercó hasta donde estaba su

compañero y se tumbó a su lado, acurrucándose bajo las mantas.

Carlos fue a replicar, queriendo retener al vagabundo para seguir interrogándole, pero Marina negó con la cabeza. Les había dicho todo lo que necesitaban. Luis había ocultado su apariencia y de nada servía un posible retrato robot; el peluquín y las gafas estarían en alguna papelería cercana. Estaba segura. El teléfono comenzó a vibrar en su mano, anunciando una llamada entrante; en el identificador aparecía un número con varias cifras, similar a cuando se recibía una llamada de una centralita.

—Luis —respondió Marina, con Carlos pegado a su oreja escuchando expectante lo que el asesino tenía que decirles.

La detective pensó que era mejor retirarse el terminal de la oreja y activar el altavoz para que ambos pudieran escuchar a su interlocutor. Esperanza se mantenía a prudencial distancia sin querer interferir en la llamada.

—Veo que habéis necesitado ayuda para seguir mi pista —los reprendió Luis como un padre riñendo a sus hijos.

Los tres dieron un respingo. Si Luis sabía que Esperanza estaba con ellos, era porque los estaba viendo. Nerviosos miraron a su alrededor buscando al hombre que los estaba llamando. Carlos negó frustrado con la cabeza, no se veía nadie cerca más que a los dos vagabundos, que desde luego no estaban hablando por ningún teléfono.

—Es una historiadora que alguien de comisaría ha avisado... —empezó a explicar Marina nerviosa.

—No me subestimes, querida amiga, sé qué es la pareja de tu actual compañero. Eso es saltarse las normas.

—No fue nuestra intención, pero... —intentó disculparse Marina temiéndose una reacción negativa del secuestrador de su sobrina, que pusiera a Ana en peligro.

—¡Como le hagas un rasguño a mi hija te lo devolveré multiplicado por cien! —exclamó Carlos furioso y alterado, gritando a la pantalla del móvil como si pudiera ver el rostro de Luis en ella.

—Primero tendréis que encontrarme, luego ya veremos quién hiere a quien —afirmó Luis con ironía—. Me cae bien tu hija, es lista. Debe ser por la influencia de su tía, porque tú te ocupas poco de ella. Las once no son horas de llegar a casa teniendo una familia.

Los dos detectives se miraron entre sí; Luis debía de llevar tiempo observándolos para conocer sus rutinas, su entorno y detalles personales de sus vidas. Eso no podía significar nada bueno.

—Dejaré que Esperanza siga ayudándoos —afirmó Luis magnánimo.

Marina no dijo nada, pero suspiró aliviada al saber que la presencia de Esperanza no había enfadado al secuestrador. Por otra parte, el que hubiera afirmado que le caía bien la niña le hacía pensar que la veía como una persona con sus sentimientos y emociones, y no como una víctima que se adecuaba a sus objetivos, pero sin valor por sí misma.

—Las reglas del juego, como veis, son sencillas —continuó Luis—. Os iré dejando pistas con acertijos y pequeñas misiones que tendréis que realizar en el plazo de una hora. Si lo lográis, obtendréis la pista siguiente, así hasta el final, en que el último acertijo os llevará a reencontraros con Ana. Cerca de vosotros hay una papelería, tirad en ella vuestros móviles personales, incluido este por el que estamos hablando. La petición incluye a vuestra amiga, con su ayuda no necesitaréis consultar nada por internet. Habéis perdido esa ventaja con vuestro pretendido engaño.

Esperanza, al oír a Luis nombrarla, sintió un escalofrío por la espalda. Con un ligero temblor hizo lo que le había pedido, uniendo su teléfono a los otros dos.

—Vale, ¿y ahora? —quiso saber Marina antes de dejar el móvil por el que estaban hablando en la papelería.

—Buscad al santo que fue brujo antes que santo. Él os dará la primera pieza del puzle.

Sin despedirse, Luis cortó la comunicación dejando a los tres amigos mirándose entre sí. Carlos y Marina se volvieron hacia Esperanza, que se

encogió de hombros.

—No soy un ordenador, chicos, dadme un poco de tiempo —se quejó la arqueóloga levantando los brazos en señal de protesta. Necesitaba calma y tranquilidad para pensar; sabía que tenía los datos en su cerebro, pero requería algo de tiempo dar con la solución al enigma. Sin embargo, eso era lo que no tenían.

A unos metros de allí, en la comisaría, Leo y Pepón se desesperaban al ser incapaces de dar con el origen de las llamadas que Marina recibía.

—¡No hay manera! Nos la ha jugado con lo de móvil del mendigo —se quejó Leo en voz alta golpeando el teclado del ordenador— sin tecnología 4G o 3G que nos ayudara a localizarle. Ese psicópata es tan analógico para algunas cosas como Marina.

—Al menos no ha detectado el intercomunicador que lleva nuestra amiga —apuntó Pepón revisando los datos que la policía científica les había hecho llegar.

El ordenador de Ana estaba limpio. No había nada diferente a lo que cabía esperar en el portátil de una adolescente, tal y como aseguraban sus padres la niña era responsable y poco conflictiva. Tenía perfiles en redes sociales, y ahora estaban investigando sus contactos. Sin embargo, no había nada sospechoso que hiciera pensar que se había ido por voluntad propia con alguien, engañada por un perfil falso. Todos sus contactos eran amigos y compañeros del colegio.

—¿Algo que se nos haya pasado, Solé? —le preguntó Leo a su jefa cuando esta los llamó para saber cómo iban Carlos y su novia.

—Nada, salvo que me parece extraño que sus padres y Marina le hayan permitido tener perfil en Instagram, en Twitter... Creía que los menores de edad no podían tener acceso a ese tipo redes sociales.

—Ja, ja, ja. ¿Pero en qué mundo vives? —se rio Leo—. Aunque al crearse un perfil le pregunten la edad, un adolescente solo tiene que mentir sobre la fecha de su nacimiento. Nadie va a comprobar que es cierto lo que dice. Los

padres no pueden evitar que tengan algo que es sencillo crear a sus espaldas; es mejor tener cierta permisividad y aceptarlo, y formar parte de sus contactos para controlarlo de algún modo. De hecho, sé que Marina la ayudó a elegir su imagen de perfil, crearon juntas los de las dos.

—¿Marina ayudó a Ana? —preguntó asombrado Pepón cuando Leo colgó el teléfono. Su analógica compañera era la última persona que supondría que tendría un perfil en las redes sociales.

—No me lo recuerdes —negó Leo arrugando el entrecejo al recordarlo—. Me llevo toda la noche darle unas nociones básicas a Marina para que pudiera mostrar cierto conocimiento ante Ana. Hasta tomó notas en una libreta, fue una auténtica pesadilla. ¡Tengo una idea! Conozco la contraseña de Marina, puedo entrar en su perfil y, como Ana es amiga suya, curiosear entre sus contactos a través de ella.

—¿A qué estás esperando? Mientras, voy a ver si puedo encontrar algo sobre el brujo que fue santo, para ayudar a Esperanza con la pista —afirmó Pepón abriendo el intercomunicador con Marina.

La detective sintió un pitido en el oído y supo que sus amigos se estaban poniendo en contacto con ellos. Aparentando indiferencia, se dispuso a escuchar lo que tenían que decirle:

—Marina, la científica no ha encontrado nada relevante. Leo está revisando las redes sociales en las que Ana tenía creada una cuenta, usando tus perfiles. Por cierto, no me habías dicho que tenías cuenta en Facebook, sería para que no viera todas esas fotos de merendolas que te has pegado con tus amigas.

La detective sonrió al pensar en la cara que habría puesto su compañero al ver todas aquellas fotos de tartas. Teresa, Ana y ella iban al menos un día a la semana a su cafetería favorita a probar una de sus recetas caseras. Aún les quedaba probar la de calabacín y la de limón. Ojalá pudieran hacerlo pronto.

—Estoy buscando algo sobre lo que Luis os ha dicho. Por lo que veo, hay 621 000 resultados, intentaré acotar la búsqueda añadiendo el término «Salamanca». En la mayoría de las entradas hablan de San Cipriano, al que

sus padres al nacer consagraron a la diosa Afrodita. Ambos eran magos y sacerdotes paganos.

Pepón oyó a su amiga resoplar impaciente, para ella aquello solo era palabrería, nada que pudiera acercarla al lugar donde Luis retenía a Ana. Desde su posición podía ver cómo Carlos se rascaba la cabeza intentando dar con una pista que les pusiera en camino hacia el lugar que les indicaba Luis, fuera cual fuera. Si ella se sentía rota y hundida, no podía ni imaginar por lo que estaba pasando su amigo. Ana era una parte de su cuerpo, igual que Pilar y su esposa Teresa. Sin una de ellas, nada tenía sentido para él.

—Al parecer fue un gran brujo —siguió explicando Leo a Marina a través del comunicador—, que se enamoró de una bella muchacha cristiana: Justina. Intentó conseguir su amor con hechizos, pero no lo logró. Desesperado le preguntó a los demonios la razón de su fracaso y estos no supieron decírsela. Sería el propio Lucifer el que le dijo que era su fe en Jesucristo la que le impedía llegar a su corazón. Derrotado, decidió convertirse al cristianismo y sería Justina la que le ayudaría a encauzar sus pasos. Llegó a ser obispo de Antioquia y ganó multitud de adeptos, algo que no gustó al emperador Diocleciano, al que el culto a un único dios le parecía una blasfemia. Ambos, Cipriano y Justina, fueron condenados y decapitados. Cuenta la leyenda que Cipriano estuvo en Salamanca, no sé si será cierto, pero hubo una iglesia en la que él era su titular. Era la iglesia de San Cebrián, cuyo ábside está...

«¡En la cueva de Salamanca!», pensó jubilosa Marina.

Ahora tenía que lograr llevar a Carlos y a Esperanza hasta allí sin levantar sospechas. No sabía cómo, pero no había duda de que Luis los observaba. Ya no había rastro de los mendigos, que se habían levantado al sentir los primeros rayos del sol en su cuerpo, en busca de un lugar más apartado y sombrío, así que ellos no tenían nada que ver. Se sentía vigilada, aún no había turistas por la zona, de modo que si los estaba viendo sería desde alguna ventana. Tendría que hacer que Pepón investigara a los huéspedes del albergue.

—Hubo un santo que fue un erudito en su época, mago y hechicero, que

cuentan que por amor se convirtió al cristianismo —comenzó a decir Esperanza con dudas—. Recuerdo que fue acusado de ser un brujo y por cosas del destino terminó siendo un mártir de la iglesia.

Marina daba palmas en su interior, aquello concordaba con la historia que le había contado Pepón. Con una sonrisa, alentó a su amiga para que siguiera con su hipótesis.

—¿Sabes el nombre del santo? —preguntó Carlos con ansiedad mirando impaciente a Esperanza, como si fuera un mágico oráculo que pudiera responder a todas sus dudas.

—¡San Cipriano! —exclamó la historiadora, jubilosa—. Su figura se veneraba en la iglesia de San Cebrián, cuyos restos están aquí al lado.

—¡La cueva de Salamanca! Ana escribió un relato sobre ella. ¿No os acordáis? —les preguntó Marina comenzando a caminar hacia la cueva—. Gracias a su historia descubrí el pasadizo que se encuentra debajo de ella. ¡Vamos!

Pepón sonrió; si la arqueóloga no hubiera llegado a recordar al santo, no sabía cómo hubiera logrado Marina encauzar la búsqueda, aunque estaba seguro de que lo habría logrado de algún modo.

—Ha habido suerte, Esperanza tiene buena memoria —cuchicheó al oído de Marina—. Mientras vais hacia allí, voy a ver si consigo hacerme con una lista de los huéspedes del albergue. Los vagabundos ya están en un coche patrulla camino de la comisaría. No perdemos nada con hacer un retrato robot.

La detective Altamirano no podía expresar en voz alta su satisfacción al comprobar que su compañero seguía los pasos en la investigación que ella misma hubiera dado si no estuviera metida en pleno embrollo. Confiaba en que el asesino y secuestrador estuviera centrado en ellos, y no en lo que los rodeaba. Era imposible que pudiera vigilarlos, seguir a los vagabundos y continuar en el albergue, todo a la vez. Si tenía que decidirse por una opción, sería por que los estaría siguiendo a ellos tres.

La cueva de Salamanca estaba cerca del Huerto de Calixto y Melibea.

Llevaba un tiempo cerrada, así como el acceso a la Torre del Marqués de Villena. Al descubrir los túneles durante su anterior investigación, Patrimonio había ordenado precintar el lugar para realizar un estudio en profundidad. Lo que no se había podido acotar eran los restos que se encontraban en la parte superior de donde había estado el ábside de la iglesia de San Cebrián. Nuevamente Carlos y Marina revisaron piedra a piedra de lo que quedaba del muro original y el suelo.

—¡Chicos! Esta piedra se mueve —gritó Esperanza nerviosa, levantando una piedra de unos quince centímetros de diámetro, cubierta de musgo y barro. Debajo había una pequeña cajita de plástico de unas conocidas pastillas de regaliz para la tos.

Carlos no dio opción a que sus amigas la cogieran, asiéndola con su propia mano. Con dedos torpes logró abrirla, permitiendo ver un papel doblado en su interior. Con la punta de un bolígrafo, lo extrajo con todo el cuidado que su inquietud le permitía. Al desdoblarlo, apareció escrito un breve mensaje, con el mismo tipo de letra que el anterior.

—¿Qué dice? —preguntó Marina impaciente.

—*Hay velas que no alumbran en la noche* —leyó Carlos sin entender lo que leía.

—¿No pone nada más?

—No, nada.

Marina miró a su amigo y después a Esperanza, ambos tenían la misma expresión de no entender nada que debía leerse en su propia cara. Habían logrado resolver el acertijo en la mitad de tiempo que Luis les había concedido, pero estaban igual de lejos que antes de encontrar a Ana. ¿Cómo estaría la niña? ¿Tendría miedo? ¿Le habría hecho daño? En la mente de Marina solo había preguntas y ninguna respuesta.

Capítulo 5

Pepón y Leo esperaban impacientes a los dos vagabundos, puesto que ellos habían estado más cerca de Luis que nadie que conocieran. Los dos hombres entraron con aprensión en la comisaría a pesar de las palabras tranquilizadoras de los agentes. Se frotaban inseguros sus manos en sus ropas ajadas y hediondas, en un vano intento de estar más presentables.

—Buenos días, les agradecemos mucho que hayan venido —los saludó Leo con una sonrisa nada más llegar queriendo darles ánimos y procurando tranquilizarlos.

—Tío, tus amigos no nos han dejado otra opción —replicó el que le había dado el móvil a Marina, mirando con recelo a los policías que los habían hecho subir al coche patrulla.

—Siento mucho las molestias que hayamos podido causarles, pero su ayuda puede ser de vital importancia —se disculpó Leo con sinceridad—. No queremos molestarlos, pero la vida de una niña está en peligro y solo ustedes pueden ayudarnos.

Pepón puso los ojos en blanco, él no hubiera sido tan amable con ellos, hubiera ido directo al grano, pero Leo le había pedido que le dejara actuar a su manera, y había accedido. Si aquel par de borrachines, que olían a vino a un kilómetro de distancia, no les decían lo que querían, ya se lo sacaría él a su manera.

Leo les había preparado un café caliente y un bocadillo de chorizo para cada

uno, que ambos comieron con ganas sentados en una de las salas de interrogatorios. Incluso uno de ellos se relajó en exceso y puso los pies sobre la mesa, si bien la mirada inquisidora de Pepón le hizo bajarlos al instante. Mientras, un agente realizaba un retrato robot del hombre que les había dado el teléfono y los cincuenta euros.

—¡Tío, lo ha clavado! —exclamó el hombrecillo que había permanecido durmiendo cuando Marina, Carlos y Esperanza llegaron a la calle del Arcediano.

—Es igualito —aseguró el otro acompañando su afirmación con movimientos enérgicos de aseveración de su cabeza

—La verdad que parece un peluquín —dijo Leo mirando pensativo el retrato, a la vez que recordaba la imagen que guardaba de Luis Calabria en su cabeza de hacía diez años, que poco o nada tenía que ver con el dibujo que tenía delante.

Parecía que el pelo estaba pegado a la misma gorra que había utilizado para disimular su verdadero aspecto. Tenían que reconocer que Calabria era listo: los mechones de pelo ocultaban la forma de sus orejas, y las gafas de sol que llevaba no dejaban ver sus ojos.

Después de la serie de asesinatos que había cometido una década atrás, su cara era conocida en todo el mundo. Las primeras muertes habían sido tratadas por la prensa a nivel local, pero, cuando se confirmó que los —en apariencia— asesinatos aislados formaban parte de un plan maquiavélicamente trazado, comenzaron a acaparar la atención de los medios nacionales y, poco a poco, de los internacionales. Aunque el juicio se había celebrado a puerta cerrada, las numerosas filtraciones habían permitido a la prensa seguir las declaraciones de los diferentes testigos, y pronto la foto de Luis se hizo viral en todo el mundo a través de internet. Su persona y sus asesinatos eran tema de estudio en universidades de los cinco continentes. Cuando se supo que había logrado escapar, manipulando las bases de datos de la justicia, se convirtió en leyenda, para disgusto de la policía y de las autoridades judiciales. Había

permanecido escondido en países sin tratado de extradición con España y, aun así, de tanto en tanto aparecía alguna noticia en internet, informando de que había sido visto en algún lugar remoto.

Al menos Marina y los suyos tenían a su favor que Luis no podía ir por la calle a cara descubierta, sin llamar la atención de algún transeúnte con su móvil dispuesto a inmortalizar el momento y subirlo a la red.

Leo y Pepón estaban seguros de que, si no hubiera llevado el vulgar disfraz con el que había disimulado su apariencia, los mendigos lo habrían reconocido sin dificultad. Nadie que le reconociera permanecería a su lado y dejaría que se acercara; saldría huyendo, poniendo de por medio la mayor distancia posible.

—Lo que decía yo —se jactó el vagabundo—. ¿Y un pitillito para rematar el desayuno?

—No te pases —le reprendió Pepón. Leo se abstuvo de hacer ningún comentario. No podía evitar que aquella pareja de carpantas le cayera bien.

Los dos vagabundos dejaron la comisaría camino de un albergue donde podrían darse una ducha y dormir en una cama, al menos por ese día. Además de la descripción física, que de poco les había valido, habían deducido una serie de datos de la entrevista que podían serles de utilidad.

—Cuando estábamos buscándole debajo del reloj Plaza, él estaba negociando con los vagabundos, de eso hace una par de horas al menos —reflexionó Pepón.

—Y estaba solo. De modo que o tiene un compinche o tiene a Ana en algún lugar cercano, del que está seguro de que la niña no puede escaparse —apuntó Leo.

—Puede haberla drogado o dejarla amordazada —conjeturó Pepón sintiendo lastima por la niña.

Le caía muy bien, era divertida e inteligente. Sin las típicas ideas alocadas y tontas de adolescentes. Le gustaba conversar con ella acerca de las asignaturas del colegio, especialmente de educación física. Le había ayudado a hacer un

trabajo sobre nutrición y deporte para dicha asignatura en la primera evaluación. Había obtenido un nueve de nota, haciéndole sentir orgulloso de su aportación al buen expediente académico de la pequeña.

—Esperemos que sea eso y que la niña siga con vida —comentó Leo cabizbajo.

No las tenía todas consigo. Luis estaba loco. Era un psicópata peligroso del que se podía esperar cualquier cosa y ninguna buena. No quería decirlo en voz alta, aunque sabía que los policías y familiares que buscaban a la niña lo habían pensado en algún momento de aquellas largas horas: Ana podía estar muerta.

—Es su seguro, no la matará sin más —negó Pepón con firmeza como si hubiera escuchado los negros pensamientos de Leo—. Si ese hubiera sido su plan, ya lo habría hecho. Ya vimos en el pasado que no le tiembla el pulso a la hora de matar a alguien.

—¿Entonces buscamos un piso o local vacío donde pueda tenerla escondida sin que llame la atención de los vecinos sus entradas y salidas? —preguntó Leo apartando el pesimismo de su cabeza.

—Algo así. La ciudad está llena de carteles de «se alquila» o «se vende», no va a ser fácil. No tenemos ni tiempo ni efectivos para revisarlos uno a uno.

—En todos los edificios hay una vecina cotilla que se pasa el día con la oreja puesta en la puerta y la bolsa de basura lista para salir a husmear; tal vez si lo hiciéramos público —sugirió Leo.

—Pondríamos la vida de Ana en peligro, ha sido muy claro al respecto —dijo Pepón desechando la idea con firmeza—. Ya ha transigido con la presencia de Esperanza, no podemos arriesgarnos más. ¿Sabemos si alguien vio a la niña cuando salió de casa de Carlos hacia la casa de su amiga?

—Una abuela paseando con su nieto recuerda haberla visto saliendo, corriendo de su casa, y que la saludo con la mano. Luego algo que hizo su nieto reclamó su atención y cuando volvió a mirar ya no la vio.

—Me quedaría más tranquilo echando un vistazo por el barrio y preguntado

a algún vecino. Tal vez algo se les haya pasado.

—¿A qué esperamos? —inquirió Leo poniéndose de pie y cogiendo su cazadora.

El tráfico a esas horas era escaso, en un rato aumentaría exponencialmente por la gente que bajaría al rastro en busca de alguna ganga a buen precio. La calle donde vivía su jefe con su familia era tranquila. Una zona residencial, con vecinos, en su mayoría jóvenes, con niños pequeños o en sus primeros años de universidad.

Vieron a un vecino saliendo a pasear a su perro. Cuando le preguntaron, sus respuestas fueron similares a las del resto de los vecinos y paseantes a los que habían interrogado: conocían a la niña y no habían visto nada inusual esa tarde.

Pasaron a ver a Teresa y a la pequeña Pilar. Las ojeras oscuras de la madre de la niña contrastaban con su palidez. Se daba tirones nerviosos a la chaqueta que llevaba y jugueteaba nerviosa con una cinta del pelo que Pepón recordaba haber visto adornando el cabello de Ana en más de una ocasión.

—Tendrá frío —comentó preocupada Teresa mirando por la ventana—. Ha cambiado el tiempo y la cazadora que llevaba puesta no es de mucho abrigo. Se acatarra con facilidad en los cambios de estación.

—Estará en algún lugar cerrado, seguro que no tiene frío —intentó tranquilizarla Leo—. Y dentro de unas horas hará calor.

—¿Revisaste el ordenador? —preguntó Teresa esperanzada—. ¿Alguna pista de cómo se la llevo?

—Todavía no —negó Pepón agachando la cabeza.

—Como todos sabemos, Ana es una niña estudiosa y responsable —intervino Leo—. No hay nada de lo que pudiera avergonzarse en sus archivos. Son trabajos de clase, fotos de amigas y de vosotros, algún que otro cuento como el que escribió por Halloween.

—Le gusta escribir. Su padre le dice que con eso no va a ir a ningún lado, que los escritores no se ganan la vida con lo que escriben. Pero ella le

responde que eso no importa, que ella necesita escribir y dejar salir todo lo que lleva dentro. A su hermanita le cuenta unos cuentos preciosos que se inventa sobre la marcha. Le he dicho que los escriba y se los llevo a encuadernar a algún sitio. Aunque solo sean para nosotros. Además, como le gusta dibujar, los puede ilustrar con los personajes que crea.

—Tendrás que hacer más de un ejemplar —le puntualizó Leo—. Marina seguro que quiere uno dedicado. El relato que hizo sobre la cueva de Salamanca para Halloween fue magnífico, gracias a él pudimos resolver el misterio del hotel.

—¡No me lo recuerdes! ¡Cómo presumía de haber ayudado a su tía! De todas formas, con un policía en la familia no necesitamos más.

Uno de los agentes que se había quedado custodiando la casa, por si Luis llamaba allí o intentaba regresar a por otra de sus ocupantes, entró en la cocina donde los tres estaban tomando un café, sobresaltándolos.

—Señor —dijo el agente dirigiéndose a Pepón—. Tenemos algo.

Los tres dejaron sus tazas de café sin terminar y salieron con premura. Un matrimonio de mediana edad, vestidos con elegancia, miraban desconcertados a su alrededor. Tenían aspecto de haber llegado hacía poco de alguna fiesta, seguramente alguna boda. La mujer tenía el maquillaje emborronado por el sudor y el sueño, llevaba los zapatos de tacón en la mano y permanecía descalza sobre la acera con cara de agotamiento. El que, sin duda, era su marido llevaba la chaqueta del traje que vestía colgada al hombro y lucía en la camisa una mancha de vino tinto a la altura del segundo botón, justo encima de su prominente barriga. Un policía de uniforme permanecía junto a ellos, tomando nota de cuanto decían. Al ver a Pepón, que era el superior al mando en ausencia de Marina y Carlos, se cuadró en señal de respeto.

—Buenos días, señores —saludó Pepón al matrimonio, que daba muestras de cansancio—. ¿Qué ocurre, agente?

—Estos señores ayer vieron cómo se llevaban a la niña —afirmó con orgullo el policía.

Él y su compañero llevaban una hora despertando a los vecinos, en busca de un posible testigo. Tras varias caras largas y malas contestaciones, ya daban todo por perdido cuando vieron a los señores García regresando en su coche de una boda, cuatro casas a la derecha del hogar de Carlos Tejedor.

—¿Es eso cierto? —preguntó Pepón interesado fijando sus ojos en los del hombre, puesto que la mujer permanecía callada con gesto de hastío.

—Fue ayer sobre las cinco —respondió el señor García—, íbamos con retraso. La misa era a las cinco y no llegábamos —añadió mirando a su esposa con reproche, algo que indicó a los agentes que el motivo de la tardanza había sido ella.

—No fue culpa mía si en el último momento vi que el color de uñas no iba con mi vestido —intervino la señora García, molesta, buscando comprensión en la cara de Pepón y Leo que permanecían hieráticos en sus puestos.

—Claro, querida —dijo su marido con retintín. Seis meses escuchando a su mujer hablando sobre lo que se iba a poner o no en la boda, para que a último momento decidiera que tenía que retocarse el color de uñas, dándose una mano de uno más oscuro encima del que llevaba porque era demasiado pálido para el vestido que llevaba—. El caso es que en lugar de salir a las cuatro y media, como teníamos previsto, salimos pasadas las cinco. Ya no llegábamos a ver entrar a la novia a las cinco en la Purísima.

—Pero llegamos. No te quejes. Una novia que se precie debe llegar por lo menos media hora tarde a la iglesia.

—¡Pues Inesita llegó casi una hora tarde! Tendría que hacerse la manicura también —añadió en voz baja para que su mujer no le escuchara—. Iba pendiente de la hora y no presté mucha atención a lo que me rodeaba, pero vi a la pequeña Ana corriendo por la acera, parándose en esa esquina —apuntó el señor García, señalando una confluencia de calles, a unos trescientos metros de la puerta de la casa de la niña. A la distancia a la que estaban solo podían ver un semáforo en ámbar en el lugar donde indicaba el testigo—. Un hombre en un coche rojo le estaba preguntado algo.

—No era rojo, era granate, un color cereza muy bonito —apostilló la señora García.

—¿No recordarán la matrícula? —quiso saber Leo que empezaba a cansarse de tanta charada sin sentido.

Ambos cónyuges negaron con la cabeza, pero de lo que sí estaban seguros era de que era un BMW antiguo.

—Gracias por su ayuda. El agente tomará sus datos por si necesitamos contactar de nuevo con ustedes —se despidió Pepón con agradecimiento de la pareja, que con caras de alivio se fue a su casa.

—¡Por fin tenemos una pista sólida! —exclamó Leo, que comenzó a andar muy decidido hacia el lugar que les habían indicado.

Desde hacía unos meses, como medida preventiva para evitar atropellos en los pasos de cebra, el Ayuntamiento había instalado unas pequeñas cámaras en los semáforos que regulaban el tráfico en los puntos con más víctimas y heridos. Aquel cruce era una frecuente fuente de infracciones: los vehículos iban deprisa para incorporarse a la circunvalación, y los peatones solían cruzar sin esperar a que cambiara el semáforo por el largo tiempo que permanecía en rojo. Las imágenes se borraban pasadas veinticuatro horas; si se daban prisa, aún podrían lograr verlas.

—¿Dónde se almacenan las imágenes? —preguntó Pepón adivinando las intenciones de Leo.

—En un servidor alojado en los sótanos de la comisaría. Si el semáforo tiene cámara, tendremos que ir allí para recuperar las imágenes, no se puede acceder de forma remota —explicó observando el semáforo—. Musculitos, súbeme a hombros.

—¿¿¿¿¿¿Qué???????

—No veo la parte de arriba donde estará instalada, es minúscula, para que pase desapercibida.

—Pero... —dudó Pepón buscando a su alrededor algún contenedor donde Leo pudiera subirse.

—Es demasiado pesado, no podremos traerlo hasta aquí —negó Leo viendo hacia donde dirigía Pepón la mirada—. Venga, no tenemos tiempo. Son casi las nueve y tenemos que conectarnos con Marina.

Con cara de fastidio, y ante la atónita mirada de los escasos coches que circulaban por la zona, Pepón se agachó para permitir que Leo se subiera en sus hombros. De esa forma, los ojos del de la científica podían examinar más de cerca el semáforo.

—Dime que vale de algo hacer el tonto como dos juerguistas trasnochados una madrugada de domingo. Estoy seguro de que los del coche azul nos han hecho una foto.

—¡Bingo! —exclamó Leo sin prestar atención a las protestas de Pepón, sonriendo al ver la microcámara instalada sobre el semáforo—. Regresemos a la comisaría.

En el reloj del coche vieron que ya eran casi las nueve. Mientras Leo conducía, Pepón se preguntaba qué nuevo acertijo tendrían que resolver Marina y Carlos. Sabía que Esperanza los estaba ayudando, no podía evitar sentir miedo por ella. En las escasas semanas que llevaban saliendo, tenía que reconocer que la arqueóloga había conquistado su corazón haciéndole pensar en ella a cada rato como un adolescente con las hormonas alborotadas. Pensaba que el sentimiento era recíproco y Esperanza sentía algo por él también. Temía que Luis tomara represalias contra ella. Había sido muy claro especificando que solo debían «participar en el juego» Marina y Carlos, pero el espíritu inquieto y aventurero de Esperanza era demasiado indómito para permanecer sin hacer nada por ayudar a encontrar a Ana.

Leo pensaba en su chica. Durante el tiempo que llevaban juntos, había descubierto cómo la niña secuestrada y su hermanita eran la debilidad de la detective Marina Altamirano. Sabía que, si deseaba tener una relación con ella, debía aceptar que las pequeñas formaran parte de su vida. No iba a negar que la primera vez que Ana le había llamado tito Leo, ante la mirada inquisidora de su padre, se había sentido feliz y contento. Le gustaba

intercambiar conocimientos informáticos con la adolescente, que había resultado ser todo lo contrario que su tía putativa: era una informática en ciernes que adoraba todas «las maquinitas electrónicas», como decían sus padres. Desechando funestos pensamientos de su cabeza, se centró en la conducción buscando la ruta más corta para llegar y así poder ayudar a Marina a reunirse con Ana. El minuterero de su reloj avanzaba sin descanso, en una loca carrera contra el destino.

Capítulo 6

Marina daba vueltas en su mano al papel que había encontrado en la cajita de regaliz. Era muy fino, de textura similar al de las páginas de las biblias, con forma triangular, de modo que el texto estaba escrito sobre uno de los lados, en letra cursiva, elegante, trazado con una pluma o similar. Era tan fino que no se atrevía a hacer fuerza con los dedos, no se fuera a romper. Suave al tacto, resbaladizo incluso. Se lo acercó a la nariz para olerlo y solo captó el tenue aroma del regaliz que había estado guardado en la caja.

—¿Alguna idea? —preguntó Carlos a Esperanza deseando que la arqueóloga supiera a qué se refería el mensaje puesto que para él no tenía ningún sentido.

Con cuidado cogió el papel de las manos de Marina y lo observó de cerca, como si fuera un oráculo que le pudiera decir dónde estaba su hija.

—De momento no se me ocurre nada relacionado con velas, y menos con velas que no alumbran en la noche —contestó Esperanza, frustrada, fijando su vista en el papel que Carlos tenía en la mano.

Por más que pensaba no le venía a la mente ninguna leyenda relacionada con velas y cirios que pudiera serles de utilidad. Tenía que haber alguna, aunque ahora no la recordara.

—Esperemos hasta las nueve —sugirió Marina mirando su reloj—. A lo mejor esto no es todo y aparece alguien con un teléfono como antes.

—¡Si pudiéramos consultar en Google la frase sería todo más fácil! —exclamó Carlos lamentando que Esperanza se hubiera unido a ellos.

Sin ella, quizás todo sería más sencillo. Con los móviles e internet tendrían acceso a muchos más datos que los que pudiera albergar la mente de la arqueóloga, por muy erudita que esta fuera. ¡Ojalá no se hubiera inmiscuido en la búsqueda!

—Lo siento, yo solo quería ayudar —se disculpó Esperanza pesarosa sintiendo en su piel la mirada rencorosa de Carlos.

—Lo sabemos, y nos has sido de gran ayuda. No te lamentes —afirmó Marina intentado suavizar el enfado de Carlos al ver la cara de pena de su amiga. Solo había querido ayudarlos, había actuado desde el corazón y sin pensar, no se le podía recriminar.

—No ha sido mi intención ofenderte —comentó el comisario sintiéndose culpable al ver el disgusto que sus palabras ocasionaba en Marina y en Esperanza.

No podía culparla por el secuestro de Ana, ella no era la responsable. Había sido un maldito psicópata asesino en serie que había decidido que sería divertido hacerles jugar en una siniestra búsqueda del tesoro. Esperanza había acudido en su ayuda a sabiendas de que ponía en riesgo su vida, no lo había dudado ni un momento y por ello debía estarle agradecido.

—No te disculpes, es tu hija la que está en peligro, es lógico que te enfades y te sientas frustrado —comentó Esperanza quitando importancia al estallido de furia momentáneo de su amigo, intentando animarle con un atisbo de sonrisa que no fue respondida.

Durante veinte minutos, estuvieron dando vueltas por la zona buscando algún otro indicio. Cuando ya hacía cinco que habían pasado las nueve, tuvieron claro que allí no había nada más que hacer. Tenían que encontrar sentido al críptico mensaje. Volvieron a sacarlo de la cajita, que Marina se había guardado en el bolso, para releerlo. Intentaron hacer combinaciones con las palabras y las letras para ver si había algún otro mensaje oculto, pero sus esfuerzos fueron en vano.

—Pensemos, chicos. ¿Dónde hay velas? —preguntó Marina reflexionando en

voz alta, mirando alternativamente a Carlos y a Esperanza.

—En las iglesias, en los conventos, en algunas casas... —enumeró Carlos haciendo memoria, recordando donde había visto velas alguna vez.

—Ya no se usan a penas —reflexionó Esperanza—. Es raro verlas en las casas. Las abuelas suelen tener algunas a veces de adorno en los candelabros que adornaban los salones, pero no es frecuente verlas encendidas. En Semana Santa sí es más común utilizarlas. Adornan los pasos bellamente colocadas en su candelaria y los propios nazarenos alumbran las procesiones con velones y faroles.

—Bueno, en casa también se tienen —la contradijo Marina—. Para cenas románticas, en el cuarto de aseo para un baño relajante, en el dormitorio...

—Vamos, que tú tienes velas en casa —afirmó Esperanza con un guiño de complicidad.

—¿Y además de alumbrar para que se usan? —continuó Marina reflexionando en voz alta cambiando de tema.

Si recordaba la última vez que Leo se había puesto en plan romántico y le había preparado la cena, que tomaron fría porque una cosa llevó a la otra y terminaron en la cama antes de cenar, no lograría concentrarse. Había sido una noche muy ardiente, que nunca olvidaría. Estaba deseando repetirla en cuanto tuvieran ocasión. Pero ahora debía dejar al lado esos turbadores pensamientos y centrarse en el mensaje que los llevaría hasta Ana.

—De adorno, como elemento decorativo —respondió Esperanza pensativa, intentando buscar una pista en aquellas ocho palabras.

—Tal vez no lo estemos enfocando bien —apuntó Carlos—. Además de velas de cera, la palabra vela tiene otros significados. También puede referirse al verbo velar. Se vela a los santos, a los enfermos, a los moribundos.

—¿No querrás decir que ahora tenemos que buscar en un hospital a alguien que se esté muriendo? —preguntó la detective asustada pensando que esa sería una tarea ingente, imposible de realizar por ellos tres solos.

—No, Marina, claro; no creo que sea eso, pero estoy seguro de que tenemos que pensar en algo más que en el significado evidente del mensaje.

—¡Lo tengo! —exclamó Esperanza risueña—. Antiguamente había centinelas o velas que velaban por la seguridad de las personas. De hecho, cerca de aquí está el Callejón de las Velas, donde se apostaban los que vigilaban mientras por los integrantes del bando «benitino» se reunían con los suyos en la iglesia de San Benito. Temían que los atacaran algunos de los del bando opuesto, conocido como «tomesino» por reunirse en la iglesia de Santo Tomé, que estaba en la actual Plaza de los Bandos.

—Tengo idea de haber oído historias de los bandos en visitas teatralizadas a la ciudad y en los teatros callejeros, de los que hacen en verano en las plazas de Salamanca —dijo Marina intentado recordar qué había aprendido sobre los bandos en esas obritas de teatro, que, de forma ligera y amena, contaban hechos históricos de la ciudad.

—A mí me vale. ¡Vamos hacia allí! —Carlos exclamó feliz al tener una idea con la que trabajar.

Se levantaron de un salto del muro donde estaban sentados escuchando a la arqueóloga y se dispusieron a seguirla, aferrándose a la única idea que tenían para resolver el enigma y acercarse más a encontrar a la pequeña Ana. Guiados por Esperanza, esquivaron a un grupo de japoneses madrugadores que con sus cámaras ya comenzaban a recorrer las calles del barrio antiguo de Salamanca, y se pusieron en camino hacia el Callejón de las Velas. Una de las turistas les hizo una foto cuando pasaban a su lado, y una segunda quiso imitarla, pero al ver la cara de malas pulgas de Carlos se le quitaron las ganas. Eran las nueve y doce minutos cuando llegaron a su destino.

—¿Aquí? —preguntó Marina sorprendida a Esperanza mirando a su alrededor sin creerse que aquello fuera un callejón.

—Sí, este es el lugar —respondió con seguridad la arqueóloga extendiendo los brazos.

El Callejón de las Velas era un pequeño paso entre dos edificios, de no más

de dos metros de largo, que transcurría entre la calle Meléndez y la Plaza de San Benito. Tan pequeño era que la detective se sorprendió de que tuviera nombre, puesto que parecía un mero desnivel entre dos calles sin mayor trascendencia.

—No lo parece, pero hace siglos fue un lugar de vital importancia —aseguró Esperanza al ver la cara de desilusión de sus amigos.

—Si tú lo dices —replicó Carlos encogiéndose de hombros algo decepcionado. Había esperado encontrar un lugar más amplio que pudiera albergar mil y un secretos. Allí no se veía nada extraño, lo que le hacía dudar de que estuvieran en el lugar adecuado.

Una vez más examinaron cada piedra de los muros, pero al menos las que quedaban a su alcance estaban firmemente agarradas al suelo y a las paredes, y no mostraban ninguna oquedad donde pudiera haber algo escondido.

Los camareros de un bar cercano comenzaban a poner las mesas y sillas de la terraza que tenían en la Plaza de San Benito para recibir a los turistas que quisieran comenzar el día con un buen desayuno.

—Podríamos tomar un café —sugirió Marina, a la que le empezaba a llegar a la nariz el aroma de dulce néctar mañanero—. No me mires así, Carlos, pienso mejor con una buena dosis de cafeína en el cuerpo, y te recuerdo que es una pista cada hora, por tanto, hasta las diez no vamos a encontrar nada aquí, si es que hay algo.

—¿Y el puzle? —preguntó Carlos mirando cómo las dos mujeres se sentaban en una mesa y pedían unas tazas de café—. Os recuerdo que Luis nos dijo que el brujo que antes fue santo nos daría la primera pieza del puzle.

—Carlos, allí no había nada más que la cajita de regaliz y el papel, y los tengo en mi bolso. Seguro que ahora no lo vemos, pero alguna de las dos cosas será parte del puzle. Cuando tengamos alguna pieza más, sabremos qué es lo que buscamos. Siéntate unos minutos y reflexionemos mientras tomamos un café que nos entone el cuerpo y la mente.

—¿Y si no la vimos? Tal vez hubiera alguna otra cosa y, como nos

obcecamos en entender el mensaje, no hemos revisado bien todos los restos de la antigua iglesia. Tomaros el café si queréis, yo me vuelvo allí otra vez, antes de las diez estaré aquí.

Sin darles tiempo a replicar, Carlos se volvió por donde habían venido. Marina dudaba si seguirle, pero el aroma de la taza de café solo con azúcar que el camarero había puesto delante de ella, junto con la mano tranquilizadora de Esperanza en su brazo, la disuadieron de hacerlo.

—Por diez minutos que paremos a descansar, no va a cambiar nada. El ritmo de nuestra búsqueda del tesoro lo marca ese maldito asesino que está obsesionado contigo. Por mucho que queráis encontrar a Ana, no podréis hacerlo ni antes, ni cuando vosotros queráis. Hasta las diez no encontraremos nada, aunque lo busquemos.

—Lo sé. Pero no puedo evitar pensar que esto es por mi culpa. Y supongo que Carlos se culpa por lo mismo, tuvo a tiro a Luis y no lo mató. Si lo hubiera hecho...

—Entonces hubierais vivido estos diez años con la culpa de haber matado a un ser humano. No disculpo lo que hizo, matar a tantas personas por placer no tiene justificación, pero vosotros no sois asesinos, sois policías. Vuestro deber es atrapar culpables para que los jueces los juzguen, y no hacer justicia por vuestra cuenta. Ana no está secuestrada por algo que tú hayas hecho, ha sido la mente retorcida de Luis Calabria la que nos ha llevado a esta situación.

Marina escuchaba las palabras de su amiga, dando pequeños sorbos a su taza de café, sin evitar pensar que cualquiera de los camareros que atendían las mesas o alguno de los —en apariencia— inocentes turistas que desayunaban copiosamente junto a ellas podía ser uno de los portadores del nuevo mensaje de Luis. O quizás su cómplice, algo que no se debía descartar. Incluso buscaba entre las caras que veía los rasgos de secuestrador, no fuera a estar disfrazado y haciéndose pasar por un turista.

—Marina —la voz de Leo en su oído la hizo volver a centrarse y escuchar con atención sus palabras—. Hemos avanzado algo en la investigación. Los

dos mendigos no son sospechosos, bastante tuvieron con salir indemnes de un encuentro con uno de los más sanguinarios asesinos en serie de la historia. El retrato robot que les hicimos hacer no ha valido de nada. Sin embargo, tengo algo bueno que contarte. Volvimos a la urbanización de Carlos y encontramos unos vecinos que habían visto cómo la niña hablaba con el conductor de un coche rojo.

—¡Granate! —escuchó Marina que Pepón gritaba cerca de Leo, algo que la hizo sonreír. Era muy propio de su compañero hablar del tono exacto de azul de una camisa, o el punto exacto de morado de una corbata. Su chico, por el contrario, no se andaba con sutilezas, el azul era azul y punto.

—Bueno, vale, granate, ¡qué más da! El caso es que en el lugar donde vieron hay un semáforo con una cámara. Hemos accedido al servidor donde se almacenan las imágenes y hemos visto cómo un hombre, que sin duda era Luis, conducía el coche. Se detuvo junto a la niña y le preguntó algo. Pero, Marina, esto es lo más interesante: ¡no estaba solo! A la vez que Luis hablaba con Ana, alguien abrió la puerta del asiento trasero y, de un rápido movimiento, la arrastró adentro. En cuestión de dos segundos la niña fue secuestrada y el coche arrancó.

—¡Tiene un cómplice! —exclamó Marina en voz alta.

—Chiss, Marina, calla —la reprendió Leo ante los ojos inquisidores de Esperanza. La detective le pidió paciencia con un gesto y, conteniendo sus emociones, continuó escuchando a Leo—. Hemos conseguido ver la matrícula, la búsqueda nos ha llevado a que es un BMW robado hace dos noches en un garaje del centro; la dueña puso ayer por la mañana la denuncia. El garaje no tenía cámaras, pero estamos intentando conseguir las de los bancos y tiendas cercanos. Marina, Pepón y yo seguimos investigando; vosotros centraros en seguir los mensajes de ese pirado. Es un megalómano que piensa que el resto de los mortales somos tontos e inferiores a él. Cometerá un error y estaremos allí para verlo.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Carlos, que cabizbajo

se sentó junto a ellos. Marina decidió no comentarles nada de lo que Leo le había contado hasta que estuvieran solos, sin oídos ajenos a su lado. Esperanza se la comía con los ojos, en un mar de dudas y preguntas.

—Allí no había nada. O la cajita o el mismo papel son las piezas del puzle —conjeturó Carlos resignado ante la evidencia.

—En diez minutos lo sabremos —afirmó Esperanza mirando su reloj de pulsera, dando golpecitos con el pie en la pata de la mesa, intranquila por lo que le hubieran podido contar a Marina. ¿Sería bueno para ellos?

La temperatura empezaba a subir, iba a ser un cálido día de primavera. Marina se desabrochó la cazadora de cuero negro, aflojándose el cuello de su camisa blanca y reajustando la cinturilla del vaquero. Con un par de giros, se hizo una coleta perfecta, que aseguró con un mechón de su propio cabello. Carlos la había visto hacerlo cientos de veces, en un gesto que su propia hija desaparecida había copiado. Marina y la niña no tenían ni una sola gota de sangre en común, pero era indudable la semejanza que sus modos y maneras guardaban. Un camarero con una bandeja donde llevaba una taza de café y una jarra metálica de leche se aproximó a ellos.

—Señor, su café.

—¡Yo no he pedido nada! —exclamó Carlos extrañado.

—Oh, el señor de la barra me ha dicho que quería un café largo, con poca leche y azúcar —respondió el aludido, depositando la taza en la mesa y añadiendo al café un pequeño chorro de leche.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó la detective Altamirano, saliendo disparada hacia la barra.

El camarero siguió a Marina con la bandeja bajo el brazo y la jarra en la mano, pensando en que también había sido mala pata que le hubieran tocado en su turno aquellos tres personajes tan extraños que, antes de sentarse en la mesa, habían estado palpando las paredes y el suelo como tontos.

—Ya no está, señora, se ha ido —afirmó el camarero con recelo.

—¿Cómo era? ¿Cuánto tiempo ha estado ahí?

—Llevaba gafas, gorra y un pelo largo muy raro. Llegó poco después de que ustedes ocuparan la mesa. Cuando su amigo se sentó, el hombre pagó su café y me indicó que le llevara un cortado al hombre que acababa de llegar. Así que mientras preparaba lo que me había dicho, vi cómo se marchaba. No puedo decirle nada más.

—¿Era él? —preguntó Esperanza, cuando Marina regresó a la mesa después de agradecerle al camarero su ayuda.

—Sí, no hay duda. La descripción que ha hecho encaja con la que hizo el vagabundo. Peluca y gorra incluidas. Estábamos distraídos hablando y no le hemos visto —afirmó Marina recriminándose por no haber observado con más atención el interior de la cafetería y haberse centrado solo en el exterior.

—¡Ha estado aquí! ¡Se está riendo de nosotros! —gritó Carlos cada vez más enfadado y alterado.

Estaba furioso consigo mismo. Seguramente, había pasado a su lado y no le había visto. Había tenido a unos centímetros de sus manos al secuestrador de su hija y no lo había reconocido.

—¡Tranquilízate! Con voces no vamos a recuperar a Ana —dijo Marina procurando calmar a su amigo.

—¡Eso no es un sobre de azúcar normal! —afirmó Esperanza sobresaltando a los dos detectives, mientras señalaba nerviosa el sobrecito que descansaba en el platillo del café aún intacto.

Carlos tiró una silla de la mesa de al lado al volver a sentarse. Con cuidado levantó el sobre de azúcar y vio que era un papel en forma de triángulo, de nuevo, pero esta vez era blanco satinado, donde aparecía escrito:

Herreros va de doble.

—¿No hay nada más? —preguntó ansiosa Marina sin despegar la vista del papel, que parecía tener el mismo tamaño que el mensaje anterior.

Sacándolo del departamento de su bolso donde lo tenía guardado, procedió a comprobarlo y corroborar que eran de igual forma y dimensiones, pero de distinta tonalidad: uno más beige y el otro blanquecino, aunque de similar

textura. Incluso el primero que habían encontrado entre las piedras debajo del reloj era igual de fino y delicado, si bien algo más gris.

—Pues si son las piezas de un puzle, nunca he visto puzles que tengan las piezas iguales.

—Por la zona de la Plaza de Toros hay calles con nombres de oficios, pero no recuerdo ninguna con el nombre de Herreros —apuntó Carlos—. Me suena Transportistas, Mineros...

—Y no solo por esa zona. En el barrio antiguo, por ejemplo, está la que pasa junto la fachada de la universidad: Libreros —añadió Marina.

—A lo mejor no es una calle —apostilló Esperanza tocando con un dedo, como si fuera a desvanecerse, el papel del nuevo mensaje.

Desde la barra el camarero observaba a los tres amigos de forma suspicaz. No le gustaban ni un pelo. Primero habían llegado juntos, luego el hombre de los gritos se había ido para volver seguido de otro tío. Ese otro tío que le había encargado el café no le había gustado nada tampoco, pero aquellos tres y su forma alterada de comportarse, aún menos. Tal vez debería llamar a la policía. Esperaría a ver si pagaban y se iban, pero, si seguían llegando clientes, intentaría echarlos, no fueran a asustarlos con su comportamiento.

Capítulo 7

Olía raro, a una mezcla de desinfectante y lejía. Entraba luz por la ventana, pero estaba demasiado alta como para que pudiera alcanzarla, ni aunque se subiera a la única silla que había en aquella extraña habitación. Estaba tumbada en un saco de dormir que su secuestrador le había dado al meterla allí. Al menos olía a nuevo, de hecho había tenido que arrancarle la etiqueta porque aún colgaba de la cremallera que lo cerraba. Desde el suelo podía oler los restos del desayuno que quedaban en la mesa que había junto a la silla: un batido de chocolate y un paquete de *donuts*. ¡Ya estaba bien de pensar en olores! Parecía un sabueso olfateando un rastro, aunque en la semioscuridad en la que estaba, al no poder usar la vista, el olfato y el oído se le habían agudizado. Esperaba que, al ir avanzando el día, pudiera ver con más tranquilidad dónde se encontraba. De momento, lo único que podía hacer era recordar lo que había pasado la noche anterior, tendida en el suelo.

Todo había sido muy rápido e inesperado. Aquel coche rojo se había detenido a su lado cuando acaba de cruzar por el paso de cebra entre estornudos por la alergia, que ese año la estaba fastidiando más que en otras ocasiones. El conductor la había mirado con cara de súplica a la vez que parecía escuchar la voz del navegador que supuestamente le guiaba.

—Perdona —había dicho el hombre, sacando la cabeza por la ventanilla, captando su atención—. ¿Voy por aquí bien hacia el Paseo de Canalejas?

Ana se había acercado para ayudarle, a fin de indicarle el camino correcto

que tenía que seguir.

—Sí, tiene que girar a la izquierda al final de esta calle y luego...

No había podido terminar la frase. Como en las películas, había notado que alguien le ponía un pañuelo empapado de algo, que suponía que había sido cloroformo, debajo de la nariz. Luego todo había sido oscuridad, hasta que se había despertado ya entrada la tarde con un terrible dolor de cabeza, tumbada sobre un cartón, con el saco de dormir enrollado a su lado. Su primer pensamiento había sido: «¡Esto no es real!». Las punzadas, que como agujas se clavaban en su cabeza, la habían obligado a comprender de forma dolorosa que era muy real. Dos personas, porque el conductor no se había movido del coche, la habían secuestrado.

—Ya te has despertado —escuchó que la misma voz que la había llevado a esa situación le decía—. Siento el dolor de cabeza, en la mesa tienes un paracetamol y algo de comer.

Notando el cuello rígido y dolorido, se había forzado a levantarse del suelo y tambaleándose había cruzado los dos metros que la separaban de la mesa y la silla de metal, que, según pudo observar, estaban atornilladas al suelo. Una lata de Coca-Cola y una bolsa de patatas fritas grandes era lo que aquel hombre había llamado comida. Si el compañero de su tía, Pepón, lo veía, le daría algo. Cuando estaba con su tía Marina y coincidía que el policía estaba con ellas, no les dejaba comer nada de bolsa ni envasado, solo productos naturales y caseros. Debía reconocer que el lugar de los zumos naturales al que solía invitarlas a merendar era un paraíso con sus tartas caseras, a las que ni el más estricto nutricionista podía poner un pero.

Al menos la Coca-Cola estaba fresca, eso quería decir que su secuestrador no hacía mucho que la había dejado en la mesa. Pensativa, recordó lo que su tía le había contado alguna vez:

—Lo primero es evaluar el entorno, aunque estés hablando con un sospechoso o te estén apuntando con un arma, con disimulo y sin que note que no le prestas atención, debes evaluar lo que te rodea. Siempre hay más de lo

que a simple vista parece: una posible salida de emergencia, un escondite perfecto para refugiarse en un tiroteo, una madera abandonada que se puede convertir en un arma. Hasta lo que parece inservible puede ser de utilidad en un momento dado.

Así que de esa manera había pasado la noche, comiendo patatas y bebiendo el refresco, observando cómo la última luz del día entraba por la única ventana de la habitación, situada a unos dos metros del suelo; la luz y el polen, porque sentía la nariz congestionada y le costaba respirar bien. Aquel lugar tenía los techos altísimos, debía ser un edificio antiguo. Uno de tantos abandonados o semiabandonados, porque no se veía suciedad en la habitación, aunque podía ser que su secuestrador la hubiera limpiado yapestaba a lejía. Hasta su nariz taponada captaba el pestilente olor. Mejor dicho, secuestradores, porque eran dos: el conductor y el del pañuelo que la metió en el coche. Apoyada en la pared estaba su mochila, donde llevaba la carpeta y el estuche para hacer el trabajo en casa de sus amigas. Del teléfono y los cascos que llevaba no había ni rastro. Por suerte, tenía pañuelos, pero ninguna pastilla de antihistamínico con la que aliviar su alergia.

Teniendo en cuenta la hora, sus padres ya la habrían echado en falta y habrían avisado a su tía Marina. Ella la encontraría; su padre era un buen poli, pero sabía que era un sentimental y, cuando las emociones le podían, no sabía mantener la cabeza fría. Cuando ella o su hermanita se ponían enfermas, su padre daba vueltas desesperado por la habitación, mientras su madre era la que decidía si un baño y una medicina eran suficientes o había que ir al médico. Ana dejó de comer, se sentía triste, echaba de menos los lloros y pucheros de su hermanita. Le encantaba el momento del baño de la pequeña, que chapoteaba y reía a partes iguales. No tenía reloj, se lo habían quitado también, pero debían de ser las nueve; esa noche tocaba cenar tortilla con pimientos fritos. Su cena favorita. Ana dejó a un lado la bolsa de patatas casi vacía y se quedó pensativa mirando un punto de la pared.

—No te haré daño —dijo una voz precedida de un sonido de un chisporroteo

eléctrico. La megafonía del lugar, aunque obsoleta, no parecía estar en mal estado. Otro dato que la hacía pensar que estaba en un lugar antiguo pero cuidado, en mayor o menor medida—. Si tu tía y tu padre hacen lo que les he pedido, mañana a estas horas estarás en casa sana y salva.

—Llévame ahora —replicó Ana mirando el altavoz que estaba sobre la puerta también metálica, que había a su izquierda.

—Lamento el dolor de cabeza —repitió una vez más la voz, sin hacer caso de su petición, observando cómo la niña se frotaba el cuello y la sien—. Si no usábamos un pañuelo, hubiera tenido que ser con un pinchazo y eso me parecía más agresivo. Con la cafeína del refresco y el calmante se te pasará.

«¡Claro! Drogarme y secuestrarme, no es agresivo. Es pura diversión», pensó la niña.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —quiso saber Ana con curiosidad. No podía imaginarse ni quién ni por qué la habían raptado.

—Supongo que es una tontería que no te diga mi nombre, puesto que, cuando salgas de aquí, tu familia ya sabrá quién soy y podrá decírtelo. Me llamo Luis Calabria. ¿Te dice algo mi nombre?

—Por tu culpa mi tía es una analfabeta tecnológica —afirmó Ana. Sabía muy bien quién era aquel hombre. Al oír su nombre un escalofrío recorrió su cuerpo.

¡Era un asesino! Había matado a más de diez personas y había estado a punto de acabar con la vida de su tía. Aunque pensándolo bien, si hubiera querido matarla a ella, ya estaría muerta, estaba segura. Así que no era su muerte lo que buscaba, tampoco se hubiera molestado en darle comida y un analgésico si quisiera asesinarla. ¿Trata de blancas? Dudaba que se hubiera tomado tantas molestias para venderla a un gordo ricachón seboso. ¡Aquello era muy raro!

—¡Basta de cháchara! Ya es hora de que las niñas duerman.

Ana hizo lo que le decía, no por convicción, sino porque, sin móvil y sin luz, poco más podía hacer en aquella habitación. Se metió en el saco de dormir, que olía a nuevo y estaba mullidito. Se hizo un ovillo dentro de él y sin poder

evitarlo su mente viajó hasta su hogar. A esas horas debería de haber vuelto de pasar la tarde con sus amigas; tenían un trabajo que entregar y pensaban darle el punto final ese día. Después iban a ir a cenar a una hamburguesería cercana a sus casas, algo que le hacía mucha ilusión. Para rematar el sábado, tenía preparada una película para ver con su padre en la televisión, puesto que era una de las pocas noches que Carlos estaba pronto en casa y podía disfrutar de su familia. En esos momentos daría lo que fuera por estar con él, aunque fuese para que la regañara por no ordenar su habitación. Con estos agrídulces pensamientos, Ana durmió unas horas, con un sueño alterado y roto cada hora por su intranquilidad.

A penas se filtraba luz del día por la ventana, cuando escuchó que su secuestrador abría la puerta de su celda. Notaba la garganta dolorida e hinchada. Al final se veía que no era solo alergia lo que tenía. Debía de haber pillado un resfriado. ¡Qué bien! Solo le faltaba que la fiebre le subiera en aquel lugar.

—Sé que estás despierta, te he visto moverte. Quédate quieta —le ordenó el hombre—. Te dejo en la mesa el desayuno y unas toallitas húmedas por si quieres asearte.

—Um —fue la respuesta de Ana, un tenue carraspeo, ya que estaba sin fuerzas ni ganas para hablar.

—Voy a irme a ver a tu tía y a tu padre, pero te estaré observando, no sabrás cuando he vuelto.

—Tengo que ir al baño —pidió Ana suplicante, forzando su lastimada garganta al máximo.

En una esquina de la celda había un cubo donde había orinado un par de veces, pero le gustaría poder usar un baño, y de esa forma echar un vistazo al lugar donde estaba retenida.

—Te traigo un cubo y me llevo el otro. Tendrás que conformarte por unas horas, no me vengas con remilgos. Te he dejado otro paracetamol por si aún tienes dolor de cabeza, aunque diría que a tu garganta también le va a venir

bien.

«¿Le doy las gracias? Mejor no. No vaya a creer que estoy cómoda en esta situación».

Ana esperó a que su secuestrador saliera de la celda y se levantó para tomar el frugal desayuno. Algo le decía que había una cámara escondida, así que con el paquete de toallitas en la mano regresó a su saco, después de tomar el último trozo de *donuts*. Era un paquete de seis, se comió dos y guardó el resto por lo que pudiera pasar, junto con la botella de agua, que también le había dejado en la mesa.

Estaba visto que de allí no saldría si Luis no decidía liberarla o su padre y Marina la encontraban antes. Esperaba que a su secuestrador no le pasara nada o tendrían más difícil dar con ella. Con frustración sintió que las lágrimas llenaban sus ojos y, sin poder evitarlo, los sollozos la ahogaron sin remedio. ¡Ella no había hecho nada para merecer aquello! ¡Quería salir de allí!

Capítulo 8

Carlos miraba fijamente el papel como si su sola contemplación fuera a revelar de forma mágica su significado. Recordó su época estudiantil en que se intercambiaba notas con sus compañeros, las cuales estaban escritas con zumo de limón para que resultaran invisibles y solo a la luz de una llama se desvelara su mensaje. Sin embargo, ellos no tenían una vela y dudaba que aquel fino papel resistiera el calor de una llama. Marina conversaba con Esperanza, sentadas en sus sillas, dejando olvidados sus cafés, que ya estaban fríos en las tazas.

—Espe, venga, que seguro hay alguna idea rondando por tu cabeza —alentó la detective a su amiga.

—Recuerdo que antes la calle Toro se llamaba de otra forma y estoy casi segura de que se llamaba Herreros —declaró la historiadora, recordando un texto que había leído en alguna parte sobre los nombres de las calles y sus orígenes.

—¿Entonces vamos hacia allí? —preguntó Carlos saliendo de su ensimismamiento.

—Teniendo en cuenta que no sabemos qué significa el mensaje, supongo que acercarnos a ese lugar es tan buen punto de partida como cualquier otro —argumentó Esperanza, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la Plaza Mayor.

El camarero no lo pensó dos veces y fue presto a recoger las tazas y platos de las inacabadas consumiciones. Los turistas americanos que estaban

desayunando en la mesa de al lado también suspiraron aliviados al verlos partir. La intranquilidad de aquel trío se había extendido a las personas que ocupaban la terraza, como si de ósmosis se tratara, creando incomodidad en el ambiente. A los minutos de irse, las risas y bromas llenaron el aire de la terraza de nuevo.

—¿Lo de doble a qué crees que se refiere? —preguntó Carlos a la arqueóloga, olvidando cualquier resto de animosidad que pudiera haber sentido antes hacia ella. Al fin y al cabo, sus consejos y sugerencias estaban dando en el clavo a la hora de encontrar los lugares a los que Luis hacía referencia de forma críptica en sus mensajes.

—Ahora mismo no tengo ni idea —se lamentó Esperanza—. Veamos si estando allí se me ocurre algo.

En unos minutos los tres amigos llegaron a la bella Plaza Mayor y la cruzaron en diagonal hasta situarse en la puerta de una conocida cafetería, junto a la cual unas escalerillas descendían hacia los soportales inferiores del ágora, donde antaño había estado ubicada la Oficina de Turismo de Salamanca.

—¿Seguimos? —preguntó Carlos haciendo una indicación con la mano a sus compañeras, para continuar caminando por la calle más comercial de la ciudad, que aquel domingo de apertura de comercios se llenaría en unas horas de gente que aprovecharía el asueto del fin de semana para hacer sus compras.

Esperanza siguió la indicación del comisario, pero, a los pocos pasos, se percataron de que Marina no los seguía. Extrañados, regresaron a la Plaza. Al principio no vieron a su amiga, ya que estaba oculta por uno de los pilares de los soportales que rodeaban la Plaza.

—Marina, ¿qué pasa? —quiso saber Carlos, observando cómo su amiga daba vueltas a una y otra de las columnas que había junto a la calle Toro, a la vez que dedicaba miradas furtivas a su reloj. Eran las diez y media, estaba empezando a pensar que serían incapaces de resolver el acertijo antes de las once.

—Chicos, ¿no veis nada raro? —les preguntó Marina abriendo los brazos, señalando los arcos de la Plaza—. Observad los pilares: este que hay a mi lado es diferente, es doble, y el resto son sencillos. ¡Doble! —recalcó la detective.

—Eso es porque la construcción de la Plaza se alargó y hubo dos fases de la obra. Lo que construyeron sobre el Pabellón Real no coincidía con el resto y lo solucionaron así. No había espacio para dos arcos, colocando dos balcones casi unidos sobre él —explicó Esperanza, entendiendo lo que querían decir.

Carlos decidió que, si era una de las ideas peregrinas de Marina, seguro que tenía razón como en otros casos, así que encogiéndose de hombros, considerando que su amiga ya había hecho un buen trabajo inspeccionando los pilares sin encontrar nada, fijó su atención en la papelera adosada al doble pilar. Sin remilgos, metió la mano en esta, revolviendo la masa informe de papeles, restos de paquetes de cigarrillos y vasos de papel que la llenaban. Esperanza arrugó la nariz al ver lo que hacía; ella prefería examinar el suelo de la zona cerca al arco de las escalerillas que bajaban hacia el mercado.

—¡Lo tengo! —exclamó Carlos victorioso, mostrando en su mano una cajita de regaliz similar a la que habían encontrado antes en los restos de la iglesia de San Cebrián.

Marina sacó de su bolso un paquete de toallitas húmedas y, cogiendo una para asir el pequeño receptáculo, le tendió las demás a Carlos para que se limpiara los restos de suciedad que se le habían adherido a la manga de la cazadora y a la mano. De la cajita, Marina extrajo un papel doblado, que al extenderlo mostró su forma: un triángulo más pequeño que los anteriores. En tinta cursiva, azul, tenía escrito:

Quienes dan consejos a los vivos son los muertos.

—Muy alegre, ¿tenemos que ir al cementerio? —comentó la detective Altamirano releendo la nota que tenía entre las manos.

—Lo dudo, pero con este pirado psicópata que ha secuestrado a mi hija todo es posible —respondió Carlos, cansado de la persecución sin sentido en la

que Luis los estaba haciendo participar, con la vida de su hija en juego.

Marina se sentó en una mesa de una cafetería cercana y extrajo de su bolso los dos anteriores mensajes. Tenía ante ellas las tres supuestas primeras piezas de un puzle, al que no veía sentido. Eran tres triángulos, dos de igual tamaño y otro más pequeño, sin ninguna marca aparente, salvo los crípticos mensajes que tenían escritos en ellos y la diferente tonalidad de los papeles, que iban del tono beige del primero al más blanquecino del segundo. Ese tercero era de una tonalidad intermedia.

—¿No me dirás que te vas a tomar otro café? —inquirió Carlos enfadado, al ver a su amiga sentada otra vez en una terraza.

Un camarero salió del establecimiento hostelero y se acercó a ellos, dispuesto a atenderlos con premura.

—Buenos días, señores, ¿qué van a tomar? —preguntó con gran afabilidad y una sonrisa.

—NADA —gritó Carlos al pobre hombre que solo hacia su trabajo y borró de inmediato la mueca de sus labios ante el tono abrupto del saludo del policía.

Marina, al ver la cara de circunstancias del camarero, sacó su placa y enseñándosela le explicó que estaban en una investigación, algo que solo tranquilizó a medias al hombre.

—No habrá visto a quien tiró está caja de regaliz en la papelera, ¿verdad? —le interrogó esperanzada, aun sabiendo que era muy difícil que se hubiera percatado de algo.

—¿En la papelera? No me he fijado. He estado atareado poniendo las mesas y sirviendo desayunos. Pasan cientos de personas al cabo del día por esta esquina; si han tirado o no algo en esa papelera, no podría decírselo.

—Lo entiendo. Tal vez ha visto a alguien extraño, con una gorra, gafas y un pelo un tanto raro que parecía un peluquín.

—Yo no, pero espere que le preguntó a mi compañero. Paco, ven un momento —le pidió el camarero a otro hombre que, portando una bandeja con

unas cañas y unas bravas, pasaba cerca de ellos.

Carlos contemplaba la escena interesado, sintiéndose culpable por haber gritado antes a la persona que ahora los estaba ayudando. El tal Paco se acercó a ellos con la bandeja bajo el brazo después de haber dejado las comandas en la mesa de unos ingleses de cara roja por el sol. Marina le repitió las preguntas que le había hecho antes a su compañero, sin mucha fe en que las respuestas fueran diferentes esta vez.

—Oh, sí, claro que lo he visto —respondió el camarero rascándose la cabeza con la mano libre—. Todos los días poniendo las mesas a primera hora de la mañana, sin importar que sea de diario o fin de semana, hace que te quedes con la cara de los habituales —explicó mirando con complicidad a los policías y sonriendo a Esperanza, que permanecía en silencio—. Tanto de los que van a trabajar como de los que vagabundean sin otra cosa que hacer. Ese tío era muy raro. No le había visto nunca y no tenía pinta de turista, no llevaba ni cámara, ni mochila, ni un plano. El pelo parecía una peluca, como si estuviera pegado a la gorra que llevaba. Daba vueltas a la columna mirando los balcones primero y después el suelo. Consultó algo en una libretita que llevaba y después le vi sacar algo de una bolsa y tirarlo en la papelera.

—¿Cree que tenía más cosas en la bolsa? —le preguntó Carlos interviniendo en el singular interrogatorio que Marina les estaba haciendo a los camareros.

—Diría que sí. Rebuscó unos segundos antes de tirar lo que fuera a la papelera. Era una bolsita de esas pequeñas que te dan en las farmacias cuando compras un medicamento.

—¿Recuerda por dónde se fue luego? —continuó Marina preguntando al tal Paco, que estaba siendo de gran ayuda.

—Hacia la calle San Pablo, me parece, no se lo puedo asegurar, llegaron unos clientes y tuve que atenderlos.

—Muchas gracias a los dos por su ayuda —se despidió Carlos. El primer camarero, al que había gritado al principio, aceptó la mano que el comisario le tendía con algo de recelo.

Los dos camareros continuaron con su rutina, y los tres amigos se agruparon en la mesa para comentar los datos que les habían aportado.

—Así que de aquí se fue hacia San Cebrián a dejar la otra caja —apuntó Carlos pensativo.

—Eso parece —corroboró Esperanza—. De modo que vendría de donde nosotros debemos ir ahora.

—¿Y eso es?

—Ni idea, Marina, tenemos una hora para descubrirlo —afirmó la arqueóloga segura de que lo lograrían.

Las campanas del reloj del Ayuntamiento sonaron anunciando que eran las once de la mañana. A Marina le parecía que habían pasado mucho más que cuatro horas desde que habían iniciado la búsqueda de pistas a las siete de la mañana en ese mismo lugar. Ahora, con un quinto enigma en sus manos, tan confuso como los anteriores, se sentía más cansada y hastiada que al comienzo. Los tres triángulos tampoco le decían nada. ¿Y si estaban confundidos y las fichas del puzle eran otra cosa? Quizás las cajitas, una verde y otra roja. ¿Algo relacionado con los colores y las formas? ¿Círculos y triángulos? Había confiado en que, al ir encontrando más mensajes, estaría más claro el tema del dichoso puzle que debían formar. Luis les había dicho: «Buscad al santo que fue brujo antes que santo. Él os dará la primera pieza del puzle». Bien, supuestamente tenían tres piezas del puzle, y no conseguía verlo a pesar de tenerlo delante de ella. ¡Era frustrante!

Por otra parte estaba extrañada, esperaba oír la voz de Leo o Pepón en su oído, al haber acabado de hablar con los camareros, pero no había sido así. Desde hacía un buen rato no sabía nada de ellos. ¿Habrían encontrado una pista con lo del coche granate que les ayudara a dar con Ana? Confiaba en que su chico y su compañero tuvieran más fortuna que ellos resolviendo puzles y enigmas.

Capítulo 9

Leo atravesó a la carrera las dependencias de comisaría, observando al pasar, por el rabillo del ojo, que el reloj de la entrada indicaba que eran las once y media. Sentía que estaban en una carrera en que el tiempo iba el doble de rápido que lo habitual. Por mucho que lo procuraran, Luis les llevaba ventaja.

Todas las tiendas y los bancos estaban cerrados por ser domingo, la apertura los festivos solo la hacían las grandes superficies y las franquicias. Las tiendas de barrio respetaban el descanso, sabiendo que sus clientes irían el lunes a comprar lo que necesitaran. Sin embargo, para Pepón y Leo había sido desalentador no poder pedir las grabaciones de las cámaras sin más. Habían tenido que recurrir a las empresas que suministraban los servicios de vigilancia en algunos casos, y en otros, buscar en las diversas bases de datos quiénes eran los propietarios de los comercios para poder contactar con ellos y pedírselas, pero encontraron que algunos estaban ilocalizables.

En un inesperado golpe de suerte, lograron hablar con un comerciante que tenía su tienda justo al lado del garaje en que Luis había robado el coche. Tenía dos cámaras de seguridad en la puerta de su comercio, apuntando una a cada lado de la acera y dentro tenía otra que enfocaba hacia la puerta. De esa forma, si sufría un robo, el ladrón no tendría modo de evitar ser filmado.

—Es muy pronto y es domingo, ¿seguro que no puede esperar a mañana? — preguntó el dueño de la tienda, una pequeña zapatería, a la que Leo había

llamado, en tanto Pepón hablaba con la empresa de vigilancia de una de las sucursales bancarias de la zona.

Era una tienda de las de toda la vida, que se mantenía firme frente a la dura competencia que suponían las cadenas de calzado y las tiendas de moda, que vendían también zapatos de baja calidad, pero que la gente compraba con avidez.

—Es una investigación policial de máxima urgencia —le aclaró Leo al dueño de la tienda, intentado mantener la paciencia—. Necesitamos revisar las imágenes de sus cámaras para ver si podemos ver el autor de varios robos con asalto en la zona.

Pepón abrió los ojos de par en par al escuchar a Leo mintiendo al comerciante, este al ver la cara de asombro de su amigo se encogió de hombros. Si le decía al hombre que tenía al teléfono que buscaban al que había robado un coche, no entendería la prisa por ver las imágenes, pero los robos con asalto siempre causaban inquietud en la zona y podían hacer disminuir el número de transeúntes y, con ello, el número de clientes, así que, resignado, quedó con el policía en verle en su tienda en media hora.

—Está bien, pero no tengo mucho tiempo, que tenemos comida en casa de mi suegra y, si no llegamos antes de la una, se enfada porque dice que no es un restaurante —explicó el dueño de la tienda, con un tono de voz que le indicó a Leo que, en realidad, no le importaría demasiado perderse la comida.

Decidieron que Pepón se quedaría para revisar las imágenes de las sucursales bancarias, que ya les estaban llegando vía internet. Cuando Leo salía por la puerta de la comisaría, vio que una mujer policía le hacía una seña desde un coche patrulla.

—¿Podemos ayudar en algo? —preguntó con vivo deseo de ser útil y ganas de colaborar en la búsqueda de Ana.

Carlos era un buen jefe, algo gruñón y poco dado en permitir holgazanerías, impuntualidades, retrasos con los informes, y cualquier otra cosa que entorpeciera el buen funcionamiento de la comisaría, pero era el primero en

quedarse trabajando horas extra cuando hacía falta o ayudar al novato recién llegado, del que todos se mofaban. Carlos recordaba los tiempos ya lejanos en que Marina y él eran los últimos monos en la comisaría de Basema, ignorados por los demás y siempre a cargo de las investigaciones que nadie quería realizar. Solo un golpe de suerte, el azar en las vacaciones y los permisos, hizo que un caso, en apariencia sencillo de resolver, terminara en su mesa, haciéndoles merecedores de un reconocimiento que de otra forma no hubieran obtenido. La policía que había reclamado la atención de Leo no olvidaba que Carlos había confiado en ella desde el primer día, permitiendo avanzar en su carrera poco a poco y con su apoyo constante. Si había algo, por pequeño que fuera, que ella pudiera hacer para que encontrara antes a su hija, lo haría sin pensar. Sabía que su compañero, con algún año más de experiencia en el cuerpo que ella, era de la misma opinión. Incluso, algún policía que estaba de permiso ese día no había dudado en acercarse a la comisaría, para ayudar en la investigación. Gracias a la llegada de los voluntarios, estaban logrando cribar con rapidez la ingente cantidad de imágenes y bases de datos que debían revisar. Ninguno de ellos regresaría a sus casas hasta que la pequeña Ana lo hiciera a la suya.

—Tengo que ir a visionar unas grabaciones —respondió Leo mirando el coche patrulla con avidez. Se habían estado trasladando en el de Pepón y justo en ese instante estaba valorando acercarse a casa a por el suyo.

—Podemos llevarle si quiere —dijo el compañero de la policía, abriendo la puerta del coche a modo de invitación.

Leo no lo dudó y subió al coche. Con la sirena puesta, llegaron en un santiamén a la zapatería donde el dueño los esperaba apoyado en el mostrador. En cuanto los vio tras el cristal de la puerta del comercio, salió a abrirles, invitándolos a pasar.

—Aquí tienen las grabaciones del día que me pidieron —explicó el hombre después de un educado intercambio de saludos.

—Se ve el garaje de la esquina, ¿verdad? —inquirió Leo ansioso.

En el resto de las grabaciones solo se podía ver la puerta de acceso parcialmente, y las cámaras habían resultado ser decorativas. Con el aumento de los gastos, los propietarios de la comunidad de vecinos habían recortado su presupuesto, prescindiendo de la empresa de vigilancia que debía velar por la seguridad del *parking*. Después del robo del BMW, comprendían que no había sido tan buena idea como habían pensado.

—Sí, se ve casi entera. Está colocada de tal forma que enfoque a las personas que se acerquen por esa acera hasta la tienda.

Leo se hizo con el control del ratón y procedió a avanzar con las imágenes hasta ver que el coche granate abandonaba el garaje a las cinco de la madrugada. Entonces cambió y retrocedió las imágenes para ver quién entraba a por él. Frustrado, dio un golpe en el mostrador. Se podía ver que salía conducido por un hombre del que solo se apreciaban las manos y las mangas de una cazadora oscura, el rostro aparecía tapado en su mayor parte por la visera del coche. No obstante, lo más extraño era que no se observaba a nadie entrando en el garaje con anterioridad a ese momento. Las últimas personas que habían entrado habían sido una mujer y su hijo, que el dueño de la tienda había reconocido como vecinos del inmueble y clientes de su zapatería. Después de eso nada, hasta las seis de la mañana, cuando llegaba el dueño de un bar cercano y dejaba su coche; nadie había vuelto a entrar o salir del garaje.

—¡No es posible! —exclamó Leo confundido—. Si le hemos visto salir, tiene que haber entrado también.

—Tal vez no haya entrado por la puerta —sugirió la agente de policía—. Quiero decir por la puerta del garaje. En esas imágenes no vemos el portal del edificio, quizás haya un ascensor que baje hasta el sótano y se pueda acceder por allí.

—Hay un cajero en frente, que seguro que capta esa zona que necesitamos —indicó el otro agente, observando la calle con atención.

—Esas cintas las tenemos en comisaría —aseguró Leo, sacando el móvil

para llamar a Pepón—. Busca las imágenes —le dijo el investigador a su amigo sin detenerse a saludarle— de la caja de ahorros que hay en la plazoleta. Verás un portal, es el del edificio donde está el garaje, en el que Luis se hizo con el coche. Además, te llevo las imágenes que grabó la cámara de la zapatería.

Leo le tendió al dueño de la tienda un *pendrive* para que le copiara el archivo que necesitaba, algo que hizo con diligencia. Dándole las gracias, los tres policías se marcharon del establecimiento, sonriendo al escuchar cómo el hombre contestaba al teléfono.

—¡Qué sí, que ya voy! No me perdería por nada la comida en casa de tu madre con tus hermanos, estoy deseando ir, pero entiende que era mi deber cívico ayudar a la policía. Ya cierro y voy.

Leo rio al pensar que al comerciante no le hubiera importado lo más mínimo perderse la comida en casa de la suegra. Aún se reía de ello cuando subía de dos en dos los escalones de comisaría, según iba al encuentro de Pepón, que en su despacho repasaba las imágenes que Leo le había indicado.

—¿Ha habido suerte? —preguntó el novio de Marina según se sentaba en frente de una mesa con varios monitores.

—Míralo tú mismo —le respondió Pepón sonriente mostrándole un video en el que se veía a Luis, esta vez sin disfraz alguno, entrando en el portal del edificio un poco antes de las cuatro. Con un dispositivo electrónico, logró que la cerradura se abriera permitiéndole pasar.

—Al conductor del vehículo no se le ve la cara, pero lleva la misma cazadora, de eso no hay duda.

—Un descuido por su parte: no utilizar nada con lo que disimular su aspecto. Debió de pensar que no llegaríamos hasta estas imágenes.

—O que si se encontraba con alguien levantaría sospechas. Al fin y al cabo, se estaba colando en un portal, tenía que ser discreto.

—Tuvo suerte hasta para eso.

—¿No habrá forma de saber hacia dónde fue al salir del garaje? —quiso

saber Leo inquieto—. Tal vez si se lo envió a Solé, los chicos de informática logren descubrir algo.

—Me subestimás —comentó chasqueando la lengua con fastidio Pepón—. No sois solo los de la científica los que sabéis usar ordenadores. No todos somos Marina.

—Soy todo oídos —afirmó Leo agradablemente sorprendido por las habilidades informáticas del detective.

—Estamos siguiendo la ruta que hizo el coche, revisando las cámaras de tráfico, las de la empresa de seguridad y las de los cajeros. Es una tarea lenta, pero cuento con voluntarios.

Leo se volvió para contemplar que las mesas de casi toda la planta, que un domingo cualquiera hubieran estado vacías, estaban llenas de agentes de policía con los ojos pegados a los monitores y las manos en los ratones.

—¡Marina! —exclamó Leo de pronto, recordando que llevaban tiempo sin saber nada de ella—. ¿Sabes cómo van con los enigmas?

—Están en la Plaza Mayor, en una papelería han encontrado otra cajita con un mensaje: *Quienes dan consejos a los vivos son los muertos*. Estamos buscando un profesor de literatura que nos pueda indicar quién pudo escribir la frase y lo que significa. Tal vez sea de algún místico...

—Ja, ja. No necesitáis a ningún literato. Paso por ella a diario cuando voy a coger el autobús que me trae a la central cada mañana.

—¡Te pongo con Marina! —exclamó excitado Pepón. Llevaban más de media hora buscando un profesor de literatura que les ayudara, puesto que en los buscadores habituales de internet no lograban encontrar nada que les fuera de utilidad.

Al conectar el intercomunicador, Leo escuchó cómo Esperanza y Carlos intercambiaban hipótesis sobre el significado del enigma, mientras Marina los interrumpía dando vueltas a que no veía dónde estaban las piezas del puzle que debían de resolver.

—Marina, cariño, para de hablar un ratito y escúchame —le susurró por el

micrófono quedamente Leo.

La detective Altamirano se mordió la lengua para no responder a su chico. Cuando lo tuviera delante, le diría un par de cosas por haberle mandado callar con tanta guasa. Esa se la guardaba y ya se lo recordaría más tarde. Murmurando un quedo adelante, escuchó lo que Leo le tenía que decir.

—No sé qué significa la frase ni por qué fue escrita en esa pared —comenzó a decir Leo, haciendo que Marina se quedará quieta al percatarse de que su chico sabía dónde debían ir—. Pasamos a diario junto a ella, al ir a la Gran Vía a coger el autobús, está en un plaquita en la plaza Sexmeros. En la iglesia de San Julián. ¿No te has fijado nunca?

—¡Seguidme! —exclamó Marina, ordenando a sus amigos que fueran con ella cruzando a toda velocidad la calle Pozo Amarillo.

Carlos y Esperanza hicieron lo que Marina les ordenaba sin saber muy bien cuál era el motivo, pero, como lo había dicho con tanta seguridad en su tono, debía de saber a dónde ir.

Por las mañanas, la detective Altamirano iba más dormida que despierta al trabajo. Leo y ella solían usar el transporte público, ya que, si Leo requería un vehículo para desplazarse a la escena de un crimen, usaba una furgoneta de la científica, equipada con todo lo que pudieran necesitar. Por su parte, si no era nada urgente, Pepón le hacía ir andando o en autobús.

«Hay que bajar esas magdalenas que te zampas en el desayuno», solía decirle cada mañana, algo a lo que Marina no pensaba replicar. Sus dos magdalenas con mermelada, mojadas en el café eran irremplazables, por mucho que Pepón hiciera a diario su alegato de los beneficios de la comida sana. Y sobre las dos galletas con mantequilla, no pensaba contarle nada o empezaría con su charla sobre los peligros de los lácteos.

Al llegar a la plaza de Sexmeros, buscó en la fachada de la iglesia de San Julián. ¡Allí estaba! Una pequeña placa de pizarra gris, perdida entre los sillares de piedra de Villamayor. En ella aparecía grabada la misma frase del último enigma que Luis les había hecho llegar.

—Miremos todo bien —afirmó resuelto Carlos, dirigiéndose hacia la fuente que había en el centro de la plaza para examinarla con minuciosidad. Sin remilgos se metió dentro del agua, para poder ver su interior con mayor comodidad, ante la recriminatoria de una par de ancianas que se acercaban al templo a orar.

Marina de puntillas daba golpecitos a la placa y a las piedras que la rodeaban, a la vez que Esperanza examinaba el suelo y los edificios cercanos. Después de unos minutos, resignados, se sentaron en el borde de la fuente, en silencio, cada uno centrado en sus pensamientos, que a cada momento eran más lúgubres y desalentadores. Carlos se quitó los zapatos para escurrir el agua que había entrado en ellos y a continuación escurrió los bajos de los vaqueros para que goteara la que los empapaba y se secaran mejor.

—Buenos días, ¿la detective Marina?

La voz de un chico joven interrumpió sus cavilaciones. Un chaval moreno, con la cara adormilada por la juerga nocturna, estaba ante ellos, con una pizza familiar en la mano, vestido con una cazadora roja y una gorra de una conocida franquicia que tenía un local cerca de allí. El olor de una pizza carbonara con cebolla llegó hasta la nariz de Marina, haciendo que su estómago rugiera con agrado.

—¿La has pedido tú? —preguntó Carlos a su amiga, con el ceño fruncido, viendo cómo esta alargaba sus brazos y cogía la caja, con la misma cara de felicidad que los agraciados con el gordo el día de la lotería de Navidad.

—No, pero si tiene mi nombre es mía —respondió Marina abriendo la tapa y viendo una deliciosa, calentita y humeante pizza ante ella—. Supongo que un hombre llamó al local y le pidió que nos enviaran una a las doce esta plazoleta.

—Eh, en realidad no fue así como pasó. Vino en persona y pagó en efectivo —respondió el chaval, empezando a pensar que se habían metido en un lio por aceptar el pedido.

Su chica era la encargada del local. Ella y su mejor amigo eran los

responsables del turno de mañana de ese domingo. Aburridos por la inactividad y seducidos por la promesa de una cuantiosa propina si llevaban la pizza a la hora convenida, ni un minuto menos ni un minuto más, habían resuelto aceptar el pedido.

—¿Ya está pagada? —preguntó Marina pasándole la caja a Esperanza, para sacar su monedero de la cazadora y darle un billete de diez euros al chaval. No le iba a hacer ascos a la pizza: era su favorita. Suponía que Luis lo sabía, siendo como era un experimentado *hacker*, habría accedido a los registros de la aplicación con la que solían hacer el pedido ella y Leo desde la comodidad de su domicilio—. Un policía contactará con vosotros para que le paséis la descripción del hombre —le explicó Marina, escuchando por el pinganillo que Leo le decía que un agente iba de camino a la pizzería—. ¿Tenéis cámaras en el local?

—Sí, para vigilar los robos y a nosotros —respondió el chico mirando el billete que Marina tenía en la mano—. El hombre la pagó, no tiene que darme nada.

—Toma, te lo has ganado —afirmó la detective dándole el dinero y sonriendo ante el calorcillo que desprendía la caja. No podía estar más reciente.

—¡Gracias! —exclamó el repartidor, regresando a su lugar de trabajo, pensando que un par de propinas más y esa tarde podría ir con su chica al cine a ver la última película de superhéroes.

Marina, sentada al borde de la fuente, atacaba con fruición su trozo de pizza. En las situaciones de estrés su cuerpo pedía comida, de forma desaforada y continua. Cuanto más grasienta y azucarada, mejor. Durante unos minutos se permitió el lujo de desconectar su cerebro de la preocupación que suponía el secuestro de Ana y los enigmas. En el transcurso de sus investigaciones, había comprobado que hacer pequeños descansos para comer algo suponían la mejor inyección de adrenalina para su cerebro. Con las endorfinas que genera su organismo tras la ingesta de comida, podía centrarse en la investigación que

tuviera ese momento entre manos y avanzar en ella.

Esperanza imitó a su amiga. Debía reconocer que tenía hambre, salvo el café bebido de prisa un par de horas antes, no había ingerido nada desde la cena interrumpida de la noche anterior.

—Carlos, no me mires así —le dijo Marina a su amigo entre mordisco y mordisco—. Por desgracia, ni tú ni nosotras marcamos el ritmo. Luis nos ha enviado esta pizza y no voy a dejar que se estropee. Alguna finalidad tendrá en su tergiversado plan. Venga, pillá un trozo.

Los gritos que Pepón daba en su oído no hacían mella en el ánimo de Marina, ni en su apetito:

—Puede estar envenenada y, si no lo está, eso es pura comida basura, llena de conservantes, colorantes y grasa.

Al fondo escuchaba la risa de Leo, replicando a los comentarios de Pepón:

—¿Pero no la conoces? Entre Marina y una pizza carbonara no hay quién se interponga. Además dudo que esté envenenada. Una cosa es ganarse un dinerillo extra, y otra echar algo a la comida que pueda poner en peligro su puesto de trabajo o el prestigio de la empresa.

Carlos claudicó y cogió un trozo con una de las servilletas que venían en la caja, que Marina había dejado en borde la fuente. Al hacerlo, se desprendió un pequeño sobre de no más de cinco centímetros de ancho. La detective, que tenía en ese momento las manos libres, se agachó a cogerlo.

—Este sobre se ha caído de las servilletas, hay que averiguar cómo ha llegado aquí —afirmó en voz alta para que sus compañeros la oyeran a través del dispositivo de escucha—. Es posible que Luis lograra introducirlo entre las servilletas, pero para ello habría logrado la colaboración de la persona que preparó la pizza o del repartidor. Hay que preguntarle de nuevo, algo no nos ha contado.

—Cuenta con ello Marina —afirmó Leo con decisión—. Ahora mismo me pongo en contacto con el agente que va hacia la pizzería para que interroge al personal sobre ello.

—¡Ábrelo! —ordenó Carlos impaciente, que no entendía qué hacía su amiga con la mirada perdida y el sobrecito en una de sus manos, sin moverse.

Con cuidado y sin preocuparse de las huellas, puesto que estaba claro quién lo había puesto ahí, la detective Altamirano lo abrió y extrajo un triángulo de papel, aún más pequeño que los que ya tenían. El papel, igual de fino que los anteriores, en un tono rosado. Tenía escrito un mensaje, en letra tan pequeña que tuvo que estirar el brazo para poder leerlo, su vista de cerca ya no era la que solía ser.

¡Oh, capitán, mi capitán!

Capítulo 10

Ana estaba cansada de comer *donuts*. Tenía sed, mucha sed y su dolor de garganta iba en aumento. Empezaba a sentir que tenía una especie de lija dentro de su cuello y en su pecho. Daría lo que fuera por una botella de agua bien fresquita. Había estado racionando la botella de medio litro que Luis le había dejado en la mesa, pero ya solo le quedaba para un par de sorbos y la estaba reservando. No había vuelto a escuchar la voz de su secuestrador, lo que significaba que estaba sola en aquel inhóspito edificio.

Algo le decía que era un hospital o un sanatorio abandonado. Las paredes con azulejos blancos, los muebles de metal atornillados al suelo, las altas ventanas, todo hacía pensar que había sido construido para que los que estaban dentro no salieran de allí. En la oscuridad de la noche, le había parecido ver una luz roja en la rejilla que había en el techo. Parecía un conducto de ventilación o algo similar. Estaba segura de que su secuestrador había instalado una cámara allí, desde donde la observaba a distancia, con alguna aplicación en el móvil. Por eso había sido cuidadosa a la hora de hacer pis en el cubo que había en una esquina. Solo le faltaba que además de psicópata fuera un pedófilo que difundiera imágenes de ella por la red oscura.

Si no fuera por esa lucecita roja, estaría revisando las paredes en busca de una posible salida, pero, como no quería llamar la atención de Luis, en lugar de palpar las paredes, las examinaba desde su saco de dormir. Le había parecido detectar una anomalía en unos azulejos justo al otro lado de la

habitación, en frente de donde estaba el cubo que le servía de inodoro. Tenía que pensar en un modo de acercarse sin levantar sospechas.

Fingiéndose que se estaba estirando para desentumecerse, se levantó del suelo y camino alrededor de la habitación, intentando no detenerse más tiempo que en el resto al pasar junto a lo que creía que era una puerta disimulada con una pared falsa. ¿Qué habría al otro lado? Si tenía que apostar por algo, diría que era un baño. Era extraño que en esa especie de celda no hubiera uno. Si era así, ¿por qué ocultarlo? ¿Tal vez para disimular una salida? ¿Otra puerta? No, no creía que fuera eso. ¿Una ventana? Ya había una y era extraño que fuera a haber dos. Teniendo en cuenta el estado semirruinoso de la celda, podría ser que el baño tuviera una pared parcialmente derruida, abriendo una vía de escape que Luis había preferido ocultar. Así que, si había construido una falsa pared en lugar de reconstruir la que había, habría sido por ahorrarse trabajo, lo que querría decir que ese tabique no debía ser tan sólido como parecía. Bien, esa sería su forma de salir de allí. Ahora solo necesitaba encontrar la forma de echarla abajo, algo que tenía que hacer pronto, antes de que su secuestrador regresara o estuviera demasiado cerca como para interceptar su huida.

Ana decidió que se había ganado un descanso y, sentándose en la silla, se comió un *donut* y se bebió el agua que quedaba, disimulando una sonrisa que por nada del mundo su captor debía ver en su rostro. Sin embargo, cada pedazo de comida era una dura prueba para su garganta. Empezaba a notar la nariz tapada y congestionada, los ojos llorosos y la cabeza pesada. ¡Menudo momento para ponerse enferma!

Lejos de allí, los mismos agentes que habían acompañado a Leo a interrogar al dueño de la zapatería estaban hablando con el personal de la pizzería. Al de la científica le había gustado cómo le habían ayudado con el dueño de la tienda. Eran sagaces y buenos observadores. Habían sido una elección clara a la hora de enviar a alguien al local de comida rápida.

—Sabemos que nos estáis mintiendo —afirmó muy segura la agente de

policía—. El hombre que pagó la pizza colocó algo entre las servilletas y, puesto que vosotros las pusisteis en la caja, tenéis que saberlo. Vamos, decídnoslo y no os pasará nada.

El repartidor miraba a su chica y a su amigo sin entender lo que ocurría. A él le habían dado la caja del pedido cerrada y él se había limitado a entregarla sin mirar su contenido. Cuando la detective Altamirano le había interrogado, le había dicho la verdad, sin sospechar que su novia había mentido. Ahora era distinto. Sabía que ocultaba algo por la forma en que con su dedo daba vueltas a un mechón de su pelo, que había escapado de la redecilla que llevaba en la cabeza, a la vez que con la otra mano se rascaba un picor imaginario en el muslo. Era un tic que tenía cada vez que intentaba hacer pasar una mentira por verdad. Como decía su abuela: «Se pilla antes a un cojo que a un mentiroso».

—Bueno..., cuando preparabas la bolsa para el pedido —comenzó a explicar la joven mirando a su chico— y él acababa de hornear la pizza —añadió señalando al tercer trabajador de la pizzería—, el hombre me dio un billete de veinte euros si metía en la caja una servilleta que me tendió. No les vi nada extraño, eran como las nuestras, incluso creo que las cogió de algún servilletero. Si quería meter esas servilletas y no otras, no iba a discutirlo.

—¿No vio el sobre? —preguntó la agente, mirando de forma inquisidora a la joven. Aunque su sensación de que mentía había sido cierta, creía que ya no les ocultaba nada más. Pero más valía asegurarse.

—No había ningún sobre, estoy segura —negó la chica, agitando nerviosa las manos y empezando a pensar que aceptar aquella extraña propina, tal vez, no hubiese sido tan buena idea. Había sido incapaz de resistirse. Había visto un pantalón vaquero negro que le había gustado en su tienda favorita y, con la propina que el extraño hombre dejó deslizar en su mano, podría comprárselo.

Teniendo en cuenta lo pequeño que era el sobrecito, no tenía nada de raro que no lo hubiera visto. La agente consideró que estaban diciendo la verdad, los chavales solo habían querido sacarse un dinerillo extra una mañana de domingo.

—De acuerdo. Tienen cámaras, ¿verdad? —preguntó dando por finalizado el interrogatorio para alivio de los tres chavales.

—Sí, sí —respondió el cocinero que hasta entonces había permanecido callado por miedo a que la policía se fijara en él.

Tenía liado en su bolsillo trasero un cigarrillo, y no precisamente de tabaco. Pensaba fumárselo al salir de trabajar, pero le gustaba sentirlo y saber que estaba ahí, esperándole al final de las largas horas de curro junto a los hornos.

—Van a acompañarnos a comisaría para que uno de mis compañeros haga un retrato del sujeto con sus indicaciones.

Los jóvenes no estuvieron muy contentos al saber que tendrían que llamar a su jefe para darle las oportunas explicaciones. Al gerente no le iba a hacer gracia tener que suplirles en el último momento si no quería tener que cerrar el local esa mañana.

Leo había enviado por mediación de Solé a un agente de la científica para que tomara muestras de los objetos que, según la grabación, había tocado Luis. Cabía la posibilidad de que no hubiera sido él el que hubiera encargado la pizza, sino su cómplice, pero lo dudaban. Era demasiado controlador para dejar algo al azar. Por otra parte, al segundo hombre que había ayudado a secuestrar a Ana, parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

—Estoy seguro de que Luis lo mató cuando dejó de serle útil —había conjeturado Pepón cuando habían hablado de ello en la comisaría, idea que Leo empezaba a compartir.

—Puede que estés en lo cierto —corroboró Leo, puesto que, a falta de otra sugerencia y de pistas, era la hipótesis que más visos tenía de ser cierta.

Leo rebuscó entre los primeros informes que habían llegado del laboratorio de la científica algo que les indicara por dónde continuar. Solé le había permitido seguir ayudando a Pepón, a pesar de que su puesto de trabajo estaba en un laboratorio junto al resto de sus compañeros. Sin embargo, nada ni nadie le hubieran hecho apartarse de la investigación. Poder escuchar lo que Marina y los otros hablaban, y saber cuáles eran sus pasos era casi como estar con

ellos. Sabía que su apoyo en la distancia, hombro con hombro con Pepón, era lo máximo que podía hacer en esos momentos para aportar su granito en la búsqueda de Ana.

En silencio revisaron las imágenes de las cámaras de cajeros, tiendas, bares, y un sinfín más, que las diversas empresas de seguridad y los propietarios de comercios les habían ido haciendo llegar.

—¡Lo tengo! —exclamó Leo señalando en la pantalla el coche granate que Luis había robado.

Al salir del garaje, había seguido una ruta de calles, que le habían llevado hacia las afueras, donde era más difícil encontrar alguna cámara que le siguiera. Su rastro se perdía en lo Alto del Rollo. Desde allí era sencillo llegar hasta la Fontana, la urbanización donde Carlos vivía con su familia.

Pepón revisó los diferentes archivos que tenían de los momentos previos al secuestro, hasta dar con una cámara de tráfico que les mostró el mismo coche, con dos ocupantes, esta vez, acercándose a la casa del comisario. Había permanecido aparcado durante al menos un par de horas, hasta que la niña había salido de casa, entonces el copiloto se había pasado al asiento trasero del coche.

—No se le ve bien —se lamentó Leo, frustrado por no lograr atisbar nada en la segunda figura que les diera una pista de quién era.

—Solo es un bulto deslizándose hacia la parte trasera. Se ve cómo Luis arranca el coche y se acerca a Ana, se detiene junto a ella y esa misma segunda figura sale por detrás, arrastrándola consigo.

—Va de negro de pies a cabeza, con ropa ancha que no permite ver su constitución. Y para rematar, tiene suerte, porque la cámara enfoca la parte delantera del coche y, salvo las manos enguantadas, poco más vemos del segundo secuestrador. Ni siquiera soy capaz de afirmar si es un hombre o una mujer.

—Leo, también cabe la posibilidad de que Luis esté dejando las pistas a Marina, en tanto su compinche vigila a Ana, donde quiera que la tengan

retenida. Esa puede ser la razón por la que no le hemos vuelto a ver.

—Tienes razón, es algo más lógico que matarlo cuando todavía puede serle útil. Pero que no se confié, Luis no deja cabos sueltos. Si no lo ha matado todavía, lo hará.

—Espero que estén tratando bien a Ana. Si le ha hecho algo, seré yo quien le mate —aseguró Pepón furioso haciendo crujir sus nudillos uno a uno.

—Eso si Carlos o Marina no se toman antes la justicia por su mano —apuntó Leo—. Sé que es difícil, pero lo que hay que hacer es apresarle y dejar que los jueces y fiscales hagan su trabajo. Pudrirse en una celda de por vida, sin acceso a internet —añadió Leo haciendo una pausa, al recordar cómo Luis se las había ingeniado para, desde un ordenador de la biblioteca de la prisión donde estaba recluido, manipular su expediente para lograr salir libre por la misteriosa desaparición de pruebas, y un abogaducho sin escrúpulos, que aceptó defenderle en la vista de excarcelación—, es un castigo peor que la muerte.

Siguieron revisando las imágenes con detenimiento. Llegaron a la conclusión de que en algún punto entre la urbanización, la Fontana y el Alto del Rollo se perdía su rastro. Acordaron que lo mejor sería pasar la información con los datos del vehículo a los agentes para que patrullaran la zona en busca de un coche similar. Tal vez logran dar con él y así encontrar a Ana.

En breves palabras le contaron a Marina cómo iba la investigación que estaban realizando. La detective aún seguía junto con Carlos y Esperanza en la fuente de la plaza Sexmeros.

—*¡Oh, capitán, mi capitán!* —repitió Marina en voz alta, releendo el nuevo mensaje que Luis les había dejado—. A mí me recuerda a la película aquella, *El club de los poetas muertos*, cuando se ponían todos de pie e iban repitiendo una frase.

—¡Es verdad! Con Robert Sean Leonard —recordó Esperanza—. ¡Lo que me gustaba a mí ese actor!

—Se le ve poco en cine, más en series. En la de House salía —apuntó

Marina que junto con Leo eran unos serieadictos y no se perdían una.

—Os informo de que *¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán!* es un poema de Walt Whitman. Lo escribió como homenaje a Abraham Lincoln, cuando fue asesinado en 1865.

Las dos mujeres miraron a Carlos sorprendidas por la información que acaba de darles. El trabajo le ocupaba largas horas y solía dedicar su escaso tiempo libre a hacer alguna actividad con su mujer y sus hijas, tipo ir al cine o a comer a algún sitio. No era que no le gustara leer, era que no tenía tiempo de hacerlo. Así que, cuando afirmó con tanta seguridad la procedencia de esos versos y lo que significaban, dejó asombradas a las dos amigas.

—¿Y tú cómo sabes eso? —le preguntó Marina a su amigo.

—Ana tuvo que hacer un trabajo para el colegio de un presidente americano para la clase de historia. Le ayude a hacerlo y en una web nos enteramos de quién escribió el poema y para quién.

—No creo que fuera en Lincoln en quien pensara Luis al escribir esa pista —reflexionó Esperanza, negando con la cabeza.

—Yo tampoco —asintió Carlos—. Todos los enigmas han sido más locales, relacionados con Salamanca. Tiene que ser otra cosa.

Los tres ocasionales compañeros se quedaron callados reflexionando sobre lo que podría significar ese misterioso mensaje en el contexto de la ciudad de Salamanca.

Esperanza no recordaba ningún dato que relacionara al presidente americano con algún edificio de la ciudad o alguna historia. Estaba segura de que, si lo hubiera habido, sería conocido como una anécdota curiosa y sería contado en los libros de historia de la ciudad.

Carlos, más allá de lo que les había explicado, no sabía nada más sobre la frase que aparecía en la conocida película. Recordaba haberla visto, pero ninguna otra cosa. En cuanto al poema completo, lo había leído, si bien no creía que tuviera nada que ver con Salamanca.

Marina permanecía en silencio, abstraída por lo que Leo le había contado.

Estaba orgullosa de su chico y de su compañero. Estaban junto a ella cuando los necesitaba, de corazón y no por obligación. Cuando todo ello terminara, Pepón y él se habían ganado una buena cena por su ayuda, pero esta vez mejor en un restaurante y a la salida se tomarían alguna copa en algún garito como... ¡eso era!

—¿Cómo se llama ese bar que hay cerca de la calle Concejo? Justo en el callejón. ¿No es el Capitán Haddock?

—¡Sí! —exclamó Carlos pletórico—. Algo traído por los pelos la conexión, pero está cerca y no perdemos nada por ir allí.

—¿Un bar? ¿Estáis seguros? Hasta ahora todo ha sido más clásico, calles y edificios antiguos —dijo Esperanza, no muy convencida de si hacían bien siguiendo la idea descabellada de Marina.

Carlos y la detective Altamirano avanzaban con grandes zancadas hacia su destino, con la arqueóloga a la zaga sin perderles de vista. Regresaron a la Plaza Mayor y la atravesaron para volver a salir por la calle Concejo. Aquel domingo de tiendas abiertas, el centro de la ciudad estaba a reborar de turistas y compradores en busca de las novedades de la temporada estival.

Hacía calor y Marina no dudó en quitarse la cazadora y colgársela al hombro. Si empezaba a hacer tanto calor a horas tan tempranas, terminarían teniendo tormenta como había pasado los días anteriores. Esperaba que para entonces ya tuvieran a Ana con ellos, las calles convertidas en ríos no harían más que complicar la situación.

El callejón en el que se encontraba el bar estaba desierto; el restaurante que también tenía su entrada por la zona aún no había abierto sus puertas.

Carlos tomó la delantera y se acercó a la trapa cerrada del lugar de copas donde con frecuencia terminaban sus cenas, algo que, sin duda, Luis sabía, puesto que los había llevado hasta allí. Esta vez no tuvieron que rebuscar en la basura, ni esperar misteriosos mensajeros. Clavado en un listón de madera, un sobre similar al que habían hallado entre las servilletas parecía estar esperándolos. El comisario intercambió una mirada con Marina y lo desclavó,

abriendo su solapa de un tirón. En su interior, un nuevo triángulo, igual de pequeño que el último mensaje, con cinco crípticas palabras escritas en él:

Vivo sin vivir en mí.

A sus oídos llegó el sonido de las campanas de las iglesias cercanas que avisaban a sus feligreses que la misa de una estaba próxima a comenzar. Marina suspiró, seguían sin encontrar nada que les acercara a Ana, y el tiempo se agotaba.

Capítulo 11

Llevaba casi una hora en completo silencio y estaba segura de que no había nadie más con ella en el edificio. Era el momento de poner a prueba su teoría. Ana salió del saco de dormir y se acercó hasta lo que le parecía un falso muro. Aproximó su nariz hasta los baldosines y el olor a silicona fresca, aún sin secar del todo, inundó sus fosas nasales, a pesar del taponamiento que tenía por la mucosidad.

No tenía nada cerca con que golpear la pared, en su mochila solo había carpetas, un estuche y un paraguas que se rompería al primer golpe que diera. Inspirando hondo, decidió que era el momento de poner a prueba las clases a las que su tía Marina la llevaba en secreto, a espaldas de sus padres. Claro que las lecciones de autodefensa, que su tía favorita impartía a las mujeres de una asociación vecinal, no estaban pensadas para derribar paredes, pero creía que una certera patada en el punto justo podría hacer que el falso panel se viniera abajo.

Si estaba confundida, terminaría con un tobillo roto y unos cuantos moratones, pero no pensaba quedarse hecha un ovillo en una esquina, esperando que alguno de sus secuestradores regresara. Aunque no había podido ver al que le había puesto el paño en la nariz, sabía que existía una segunda persona, sin embargo, estaba segura de que allí no había nadie más que ella en esos momentos. Se preguntaba qué habría pasado con él o ella. A Luis le había oído, pero no había escuchado que mantuviera ninguna

conversación con nadie, ni ruidos de pasos o movimientos de sillas que indicaran que allí había dos personas impidiéndole salir. Era muy extraño. Tendría que ser sigilosa, no sea que estuviera fuera y ella no se hubiera percatado de su presencia.

«Concéntrate, respira, fija tu mente en el objetivo. Puedes hacerlo», se repetía a sí misma Ana, dándose ánimos.

—¡Aaaaaaaaah! —gritó, dándose impulso y corriendo decidida hacia su objetivo: un pequeño desconchón de no más de medio centímetro, a metro y medio del suelo, por el que estaba segura que fallaría toda la estructura.

El fuerte impacto la hizo caer de rebote en el suelo, con varios escombros cubriéndole el pelo. Entre nubes de polvo y esquirlas de azulejos, Ana sonrió al ver cómo un gran agujero había surgido en la pared, dejando a la vista un baño cochambroso, con tres urinarios asquerosos y sucios, y una puerta abatible abierta que daba a un pasillo. Sin dudarle, recogió su mochila y metió en ella los dos *donuts* que le quedaban y la botella vacía. Con su fular se vendó la herida que se le había abierto en la pierna, para evitar que sangrara demasiado. Ana agrandó un poco más el agujero con las manos para poder deslizarse a través de él. Sin detenerse demasiado, salió al pasillo.

En sus tiempos había sido de una blanca pulcritud, pero ahora sus paredes lucían por doquier desconchones y pintadas de lo más variopinto. Al volver la esquina, vio la que debía ser la puerta de su celda, con una mesa junto a ella, donde había dos botellas pequeñas de agua sin abrir y restos de un menú para llevar de una pizzería. Con cautela, abrió una y olió su contenido, no desprendía ningún olor extraño. Bien. Se arriesgaría a dar un sorbo. No sabía mal, se las guardaría en la mochila y, si no notaba nada raro en unos minutos, bebería el resto. Como siempre le había contado Marina al hablarle de sus casos, había que ser cuidadoso y desconfiado. Dudar de lo que pareciera demasiado sencillo y fácil. Esas botellas de agua podían estar ahí porque su secuestrador las hubiera dejado para él mismo o bien eran una trampa. Si en la retorcida mente de Luis Calabria un plan de fuga por parte de Ana fuera

posible, un laxante o alguna sustancia disuelta en el agua, inyectada con precisión, podría ralentizar su huida.

Con su padre rara vez hablaba de sus casos, solo lo que de tanto en tanto se filtraba en la prensa o le comentaba su madre cuando ellas creían que Carlos no las escuchaba. Había seguido minuto a minuto el caso anterior que su padre y su tía habían resuelto. Se moría de ganas de visitar los túneles que habían encontrado debajo de las calles asfaltadas de la ciudad. Esperanza, el ligue del compañero de Marina, se había ofrecido a ejercer de guía y enseñárselos un día que no tuviera colegio y ya los investigadores hubieran examinado cada resquicio y cada minúscula porción de hallazgo encontrado. Su padre seguía pensando que era una niña, un bebé como su hermanita y que necesitaba protección. Bueno, teniendo en cuenta donde se encontraba, aquello no era del todo un cuento para no dormir.

«Me encuentro bien. El agua no tiene nada raro. Beberé un sorbo más», pensó Ana sacando con avidez una botella de la mochila.

No había duda de que aquello era una institución mental abandonada o un hospital o algo así. Los equipos médicos y el mobiliario habían sido llevados a otro lugar, en su mayor parte, pero alguna camilla y las mesas y sillas, que estaban atornilladas al suelo, habían sido dejadas atrás.

En algunas habitaciones había restos de comida, de velas, de jeringuillas y de alguna que otra sustancia extraña, de la que prefería no saber su composición. Sin duda, por algún lado se había colado gente con diversas intenciones: pasar un rato sin vigilancia, drogarse, enrollarse, emborrarse, realizar rituales de magia negra... y, si ellos habían entrado, ella podría salir.

Al principio, Ana caminaba con miedo de toparse con Luis o con su compinche a cada paso, pero, al cabo de varios minutos, su idea de que estaba sola en el edificio se vio confirmada. Con paso firme y decidido, descendió por unas escaleras hasta la que debía ser la planta baja del inmueble y donde esperaba encontrar la puerta principal de entrada. No se equivocaba: una puerta de madera, pintada en un gris sucio y deslucido por el abandono, llamó

su atención al llegar a lo que debía de ser el vestíbulo principal. Asió con la mano el picaporte, pero no cedió ni un milímetro. Decidió probar con las dos manos, si bien, por más que tiraba con fuerza, la puerta no se movía ni presentaba la mínima indicación de que pudiera abrirse desde dentro. Luis debía de haber salido, cerrado con llave y no había posibilidad de abrirla. Algo que tenía su lógica si estaba en una antigua institución mental, cuya principal misión era mantener dentro a sus ocupantes para su seguridad propia y la de los que estaban fuera.

«Vale, por aquí no se puede salir, pero, si los que hicieron las pintadas del piso de arriba han entrado, habrán salido después del mismo modo. Solo tengo que buscar otra salida», se dijo Ana dándose ánimos.

El portazo de alguien al bajarse de un coche le hizo dar un respingo. Desde una ventana que había cerca de la puerta por la que había intentado infructuosamente salir, atisbó entre las rendijas de las persianas el exterior. No veía el coche, ya que una valla recubierta de hiedra seca rodeaba el edificio. Tampoco veía a nadie acercándose hacia allí. Había una reja alta, imposible de saltar sin la ayuda de alguien que la levantara o una escalera, y en ella una inmensa puerta metálica, maciza, negra e intimidatoria, aunque con restos de oxido, que la separaban del exterior. Si lograba salir del edificio, tendría que buscar la forma de escabullirse a través de la reja, porque desde luego esa puerta solo se abría con la llave que el hombre que la había secuestrado tenía en su poder.

Carlos se ahogaba, no podía respirar; su niña había sido secuestrada y él, impotente, no podía hacer nada por salvarla, más que seguir una serie de pistas que un psicópata había dejado en su camino. Estaba sufriendo un ataque de pánico.

—Carlos, Carlos, mírame —le dijo con voz firme Esperanza asiendo por los brazos al comisario, obligándole a que fijara la vista en ella—. Respira despacio, tienes un ataque de ansiedad. Inspira y espira conmigo. Uno, dos...

La detective Altamirano permanecía apartada observando cómo su amigo se

iba calmando con la ayuda de la arqueóloga. A ella el truco de la respiración nunca le funcionaba, cuando estaba alterada era incapaz de ponerse a respirar con suavidad. Romper cosas iba más en su línea. La noche que redujo a la mitad su vajilla de diario, Leo le colocó en sus manos un montón de revistas atrasadas, para que se desfagara rompiendo sus páginas.

Tú rompe revistas, que tenemos muchas, y así hacemos limpieza antes de bajarlas al contenedor. La vajilla nos sale más cara.

Esa noche había terminado quemando adrenalina de otra forma más satisfactoria para Leo, que durante días no pudo quitarse la camiseta en el gimnasio para no mostrar los arañes que Marina le había hecho en la espalda.

Marina, apoyada contra la pared, sostenía en la mano cinco triángulos, que se suponía que eran las piezas de un puzle. ¿Desde cuándo los puzles tenían formas geométricas? Que ella supiera, nunca. Sin embargo, allí estaban, cinco puñeteros triángulos que parecían reírse de ellos. Todos con el mismo tipo de papel, pero de diferente tonalidad. En el último, aquel críptico mensaje: *Vivo sin vivir en mí...* El caso es que le sonaba y no sabía de qué. Quizás, no, no podía ser, pero y sí...

—Este me lo sé —aseguró resuelta Marina, ante la incredulidad de Carlos, que ya respiraba más sereno, y el ceño fruncido de Esperanza que no entendía nada—. Venga, chicos, que seguro que en el colegio os lo explicaron alguna vez: «Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero porque no muero». Ya no me acuerdo cómo sigue, pero recuerdo a Concha Velasco recitándolo.

—¡Concha Velasco! —exclamó Carlos pensando que su amiga había perdido definitivamente la cabeza.

—¿Y qué pinta la actriz en todo esto? —preguntó Esperanza tan confundida como el comisario sin entender que quería decir Marina.

—La actriz nada en realidad —dijo Marina comenzando a explicarles su razonamiento—. Hizo una serie de televisión hace muchos años en la que interpretaba a la santa, y recuerdo haber visto escenas en las que recitaba ese fragmento. Son unos versos que escribió Santa Teresa de Jesús. Y su casa, o lo

que queda de ella, está cerca de aquí. Tiene un pequeño claustro. Hace unos veranos hicieron una ruta teatralizada durante varios fines de semana. Un domingo que me dejasteis a Ana porque os ibais al cine, me la llevé y nos lo pasamos muy bien. Creo que, como mucho, hace tres años.

—¿Luis puede saber ese detalle? Es algo muy local, no creo que en el país en donde estuviera oculto le llegara noticia de ese teatrillo.

—Puede ser, Carlos, aunque es posible que Ana haya subido alguna foto de ese día o, aunque ella no lo hubiera hecho, había varias personas haciendo la ruta con sus móviles y máquinas de fotos; cualquiera de ellas pudo haber subido fotos de nosotras a las redes sociales. Hasta yo sé que hay programas informáticos que permiten la búsqueda de rostros introduciendo algunos parámetros. Únelo a las redes sociales tipo Facebook, Twitter, Instagram...

Leo sonrió al escuchar la parrafada que Marina había soltado a un atónito Carlos. Su chica sabía todo aquello porque en alguna de las series de detectives que veían juntos, ante su bandeja de la cena, había salido algún personaje haciendo algo parecido. Con la diferencia que lo que en una serie se obtenía en unos minutos, en la vida real, tomaba bastante más tiempo.

Su trabajo en la científica era otra prueba de ello, demasiado CSI con resultados de ADN inmediatos, que estaban a años luz de lo que ocurría en una investigación rutinaria en una comisaría de una pequeña ciudad de provincias, en la que ese análisis podía tardar semanas. Tampoco había bases de datos mágicas donde apareciera el ADN de todo el mundo para poder compararlo con el hallado en una escena de un crimen o de un robo. Fichado o no fichado, no había archivos informáticos de criminales para hacer las cosas fáciles a los distintos cuerpos policiales.

No obstante, Luis había tenido tiempo y una extraña obsesión con Marina y Carlos. Parecía como si desde la distancia hubiera ido siguiendo sus vidas, hasta que había decidido que era el momento de irrumpir en ellas. Con sus conocimientos informáticos le hubiera sido muy sencillo hackear los perfiles de las redes sociales de Marina y de cuantos rodeaban a la detective,

incluyendo los suyos propios. Sin lugar a dudas, el de la pequeña Ana no habría sido una excepción. Es más, seguramente era de donde más información había obtenido. Los adolescentes y los jóvenes no eran cuidadosos con lo que subían a las redes y mucho menos con el nivel de privacidad que otorgaban a sus post y sus fotos.

—Hemos llegado, esta es la casa de la santa andariega —anunció Marina, parándose ante un portón de madera en la misma plaza de Santa Teresa.

—¿Veis algo raro, chicas? —preguntó Carlos observando las paredes, el suelo y los coches aparcados junto a la puerta.

—No. ¿Os parece si llamamos?

—Marina, no sé yo... —esta vez fue Esperanza la que mostró su recelo. No habían tenido que llamar a ninguna puerta antes, todo les había sido dado sin más—. Faltan unos minutos para las dos, ¿os parece que esperemos hasta esa hora y llamemos?

La detective Altamirano se encogió de hombros y aceptó la propuesta de su amiga. Tirando del brazo de Carlos, le hizo sentarse junto a ella en el bordillo de la acera. Esperanza les imitó sentándose al otro lado de la detective. A esas horas el calor empezaba a apretar en aquel caluroso día de primavera y se agradecía sentarse unos minutos a la sombra.

—Marina, yo... —balbuceó el rudo agente con la voz quebrada por la angustia y el miedo.

—Lo sé —respondió Marina cogiendo su mano y apretándola con fuerza—. No hace falta que digas nada.

Ella sentía lo mismo, la familia de Carlos era la suya. Le dolía, al menos, en igual medida el secuestro de Ana. La niña había sido durante años su confidente; con su inquietante madurez, a veces le parecía que la entendía mejor que muchos adultos. No había sido hasta la irrupción de Leo en su vida, que había sentido ese mismo tipo de conexión con otra persona. Ni con Carlos, que era su confidente y amigo desde más de una década, había llegado al mismo nivel de comprensión. Sabía que para la niña era alguien, que sin dejar

de reñirla si hacía algo mal, al que podía contarle sus problemas, penas y dudas con más confianza que a sus padres, puesto que estaba dispuesta a escucharla con mayor benevolencia e indulgencia.

Esperanza les observaba abstraída en sus pensamientos. Estaba cansada de ir de un lugar a otro sin saber cuál era el siguiente paso. Lo que al principio había parecido excitante y emocionante se había convertido en tedioso y desesperante. Esperaba que aquel callejear sin rumbo terminara pronto.

Un chirrido de un cerrojo al descorrerse atrajo la atención de los tres amigos, que se levantaron con rapidez y se acercaron al portal. Alguien estaba abriendo la puerta de madera, con inglesa puntualidad, ya que eran las dos en punto del mediodía. Una dulce anciana, con la cara llena de arrugas y unas gafas de montura metálica, vestida toda de gris, les sonreía desde la cancela.

—¿Quién de ustedes es la detective Altamirano? —preguntó la que parecía una religiosa, mirando alternativamente a las dos mujeres.

—Soy yo —contestó Marina dando un paso hacia delante y saludando con una inclinación de cabeza a la mujer.

No le había sorprendió que la anciana preguntará por ella. Desde bien temprano, aquel largo domingo, había comprendido que cualquier persona en apariencia inocente que pasara junto a ellos podía tener un mensaje de Luis. Y esa vez no era distinta a las anteriores.

—Un hombre muy simpático me dejó esto para usted —explicó la buena mujer.

Le tendió a la detective una cajita de regaliz, igual a las que guardaba en su bolso. Destapando su pequeña abertura, Marina extrajo un diminuto rollo de papel. Al extenderlo vieron que esta vez tenía forma de rombo. Era de textura fina como los que tenían de las otras veces, y también en un tono blancuzco, con unas palabras escritas en cursiva en el centro de una de las caras.

—¿Qué pone? —quiso saber Esperanza que se impacientaba por momentos. La letra era muy pequeña y solo quien sostuviera el papel podría ser capaz de leerla.

—*Ruge el león.*

—Pues me dice lo mismo que todos los anteriores, poco o nada —afirmó Carlos en voz alta transmitiendo el sentir de los tres—. ¿Y dice que se la dejó un hombre muy simpático?

—Sí, señor. Incluso nos hizo una pequeña donación para la congregación —añadió la religiosa clavando sus perspicaces ojos en los del comisario—. Aquí hace mucho frío en invierno —apuntó la monja con toda su intención para ver si aquellos jóvenes le daban otro donativo.

—Tienen suerte de que llegue el verano pronto —replicó Carlos con sorna.

No era nada religioso. Sus padres le habían hecho ir a un colegio de curas de pequeño y durante aquellos años le quedó claro que una cosa era la plática y otra la práctica. Los orondos curas proclamaban contra el pecado de la gula, mientras se comían opíparos banquetes. Había tenido profesores sacerdotes buenos, algunos incluso excelentes. Pero, por otro lado, también los había tenido vagos, prepotentes y con un acusado favoritismo por los compañeros con padres bien situados y profesiones prominentes.

—¿Cuándo vino a verles ese hombre? —preguntó Marina con la mejor de sus sonrisas atrayendo hacia sí la atención de la anciana.

—Ayer por la tarde, poco antes de la hora de la cena. Conocía la historia del edificio y la de nuestra fundadora: Sor Bonifacia —afirmó con orgullo.

—Y por un casual, no les dejaría otra cosa, ¿verdad? —insistió Marina con los cinco triángulos en la mano, al que había unido el rombo que les acaba de dar la anciana.

—Una pieza de un puzle o algo así —apuntó Carlos.

—¿Otra cosa? ¿Un puzle? Pero si ya tiene en las manos un puzle —replicó la religiosa con asombro.

Marina miró los pedazos de papel sobre los que la mujer dirigía su vista de forma significativa.

—¿Esto? —quiso asegurarse Marina levantando la palma con ellos, para mostrárselos a la monja.

—Claro, hija. En estos tiempos modernos, con tanta maquinita, no sabéis ver lo que tenéis delante. Anda, que no pasé buenos ratos de pequeña con mis hermanos jugando con un puzle similar al tuyo. Es un tangram.

—¿Y cómo se juega? —le preguntó Carlos al ver por primera vez una solución al enigma del dichoso puzle.

—Veamos —respondió cogiendo los trozos de papel y poniéndolos sobre una mesa que tenían en el vestíbulo que había tras la puerta de madera—. Os falta un cuadrado, son siete piezas con las que se pueden formar figuras. La más sencilla es un cuadrado, ¿veis?, el cuadrado pequeño que os falta iría aquí. Sin embargo, también se pueden hacer formas de animales...

Durante unos minutos la religiosa fue combinando las piezas con maestría, recreando un pez, un caballo, un oso, un pato, y un sinfín de animales más. En cada caso les fue indicando donde debería ir la pieza en forma de cuadrado que les faltaba por encontrar.

—Si solo nos falta esa pieza —conjeturó Marina—, significará que estamos próximos al fin en la resolución de los enigmas. ¿Le dice algo el mensaje?

—No, detective —le respondió la anciana—. «Ruge el león» —repitió para sí misma pensativa—. Se puede hacer un león con el tangram, así —explicó colocando las piezas—. El cuadrado que os falta iría aquí abajo, a la derecha. No sé si eso os será de ayuda.

—Tal vez, hermana —dijo Marina comenzando a despedirse de la religiosa, a la vez que escuchaba cómo Leo le decía que él mismo se acercaría a hablar con ella cuando se fueran de allí—. Muchas gracias por su ayuda. Vámonos, chicos, tenemos cincuenta minutos para resolver la última pista.

Carlos y Esperanza salieron de la que había sido morada en un tiempo de Santa Teresa y siguieron a su amiga hasta un banco en la cercana Plaza de los Bandos. Entre los tres colocaron los seis papelitos que tenían, mirándolos de otra forma ahora que sabían lo que eran. La duda era: ¿cómo podía llevarles ese misterioso tangram hasta Ana?

Capítulo 12

Pepón decidió acompañar a Leo a hablar con la religiosa. Necesitaba caminar y sus ojos precisaban un descanso. Le dolía la espalda y notaba cada músculo de su cuerpo entumecido por la inactividad. Llevaba horas ante la pantalla de ordenador, buscando coches granate en las cámaras de tráfico, que fueran similares al que había robado Luis y con el que había secuestrado a Ana, y no había logrado sacar nada en claro, más que a partir del Alto del Rollo se le perdía la pista. Confiaban en que los agentes que se quedaban en comisaria repasando las imágenes y los que habían salido en busca del coche tuvieran más suerte que ellos.

En la casa de Santa Teresa averiguaron que Luis se había mostrado tal cual era ante la monja, sin disfraces, con su pelo castaño descubierto, que ya raleaba en las sienes, y sus ojos marrones, que tenían la habilidad de parecer sinceros, aunque su poseedor mintiera como un bellaco cada vez que hablaba, sin ocultar tras unas gafas. Había fingido ser un estudioso de la vida de las santas fundadoras de conventos, de las que Sor Bonifacia y Santa Teresa eran dos buenos ejemplos. De ahí su interés por la casa donde ambas habían vivido. En aras de su conservación, había hecho una cuantiosa donación en efectivo, que había bastado para acallar cualquier recelo por parte de las religiosas, a la vez que había facilitado que le ayudaran con los enigmas.

—Mañana vendrá una amiga —le había explicado Luis a las dos monjas que en ese momento estaban en la casa—. No puedo esperarla, mis ocupaciones

me reclaman lejos de aquí, pero quiero darle una pequeña sorpresa. Es algo entre nosotros, para que sepa que me acuerdo de ella y la tengo en mi mente. Solo es una pequeña cajita.

Las dos mujeres habían accedido sin recelos, pensando que sería algo entre enamorados. No vieron ningún motivo para negarse a atender el ruego de su ocasional benefactor. Cuando más tarde, Leo y Pepón acudieron para hablar con ellas y les explicaron quién era Luis, las religiosas comprendieron lo cerca que habían estado de morir si no hubieran aceptado realizar las peticiones del psicópata asesino secuestrador de niñas.

—¡Pobre pequeña! —exclamó la anciana que había abierto la puerta a Marina y después se la había abierto a Leo y a Pepón.

—El dinero nos lo podemos quedar, ¿verdad? —preguntó la otra religiosa más interesada en lo que todo aquel jaleo les pudiera afectar a ellas que en que Luis fuera un asesino buscado por múltiples delitos—. Nos hace mucha falta. Hay que pagar la calefacción, arreglar las goteras...

—Hermana, ese dinero puede tener un origen turbio que desconocemos —indicó Pepón observando atentamente a las dos mujeres—. Drogas, contrabando...

—Ya, hijo, pero lo que importa es que fue donado con buen fin y desde el corazón —afirmó la monja, elevando la vista al cielo y juntando las manos como si estuviera orando.

Leo puso los ojos en blanco al escuchar a la, en apariencia, inocente y desinteresada monja. Sin hacer ningún comentario, esperó con impaciencia y algo de diversión la reacción de Pepón.

—Pues no, señora, no se lo puede quedar. No querrá que los de delitos fiscales examinen sus cuentas, ¿verdad?

El detective sabía que no estaba ante un grave delito fiscal, tipo blanqueo de dinero, pero suponía que, con los donativos de los feligreses, las religiosas recibían una estimable cantidad de dinero sin que fuera detectada por el fisco. Intuía que esa era la única manera de presionarlas para que les contaran todo

lo que sabían.

Con poca gana, la religiosa le dio a Pepón un sobre con doscientos euros. Sin embargo, en los ojos de la monja vio que le ocultaba algo. Estaba seguro de que Luis les había dado más dinero que lo que había en el sobre y que, con astucia, la monja se había quedado con lo que faltaba a buen recaudo. Se despidieron de ellas, advirtiéndoles que tal vez volverían más tarde ellos u otros agentes, si tenían más preguntas.

Una vez en el exterior, sin saberlo, los dos policías se sentaron en el banco que, minutos antes, Marina y sus amigos habían ocupado.

—¿Qué piensas? —quiso saber Leo incapaz de mantenerse callado por más tiempo.

—¿Además de que las religiosas entienden a la perfección aquello de que la caridad bien entendida empieza con uno mismo?

—Olvídalas, Pepón. Sobreviven, como todos. Lo importante es que Luis estuvo aquí después de haber secuestrado a Ana. Eso nos indica que o la dejó con su compinche o la dejó sola. Lo mismo que esta mañana. ¿Quién será? ¿Qué saca ayudando a Luis en su venganza personal? No lo entiendo.

—No puedes pretender entender una mente irracional, que no funciona con las normas y convencionalismos que la sociedad nos hemos dado. No se rige por lo que está bien o mal por patrones. La persona que le esté ayudando tendrá algún interés común con Luis que de momento desconocemos — argumentó Pepón mirando a su alrededor.

Sería una pérdida de recursos y tiempo buscar al secuestrador en las imágenes que las cámaras de vigilancia de la zona hubieran grabado. El día anterior había sido un sábado caluroso, en que turistas y lugareños habían llenado el centro de la ciudad. La figura anodina de Luis se habría perdido entre la multitud y querer encontrarle sería como buscar una aguja en un pajar.

—¡Han dado con el coche! —exclamó Leo con júbilo, leyendo un mensaje que le había llegado al móvil.

Según iban a por su vehículo, Leo llamó a la central para enterarse de los

detalles. Al parecer una patrulla, callejeando por la zona en que el coche había sido visto por última vez, lo había encontrado en un *parking* improvisado entre residencias de estudiantes y de mayores, cerca de la calle Colombia. Sin dilación, Leo y Pepón fueron hasta el lugar. Solé, la jefa de Leo en la científica, ya estaba allí con un equipo. Los dos agentes se mantuvieron ansiosos a una prudencial distancia para no contaminar la escena y dejar trabajar a los técnicos. Al verlos, Solé se acercó hasta ellos.

—Es el coche de Luis, no hay duda. Coincide con la matrícula del que fue robado y sale en las grabaciones de las cámaras. Y mirad lo que hemos encontrado enganchado en un cinturón de seguridad del asiento trasero.

Solé tenía en su mano una pulsera verde con un colgante en forma de unicornio con las crines de colores. Leo la reconoció al instante, Marina se la había regalado a Ana un par de fines de semanas antes. A la niña le había gustado mucho porque estaba de moda todo lo que llevara unicornios y arcoíris de colores.

—Es de Ana, estoy seguro. Marina y yo se la compramos en un mercadillo al que fuimos.

—Suponíamos que era de la niña —corroboró Solé—. Hasta el momento no hemos encontrado evidencias de que otra persona fuera con ella en el asiento trasero.

—¡Pero en las imágenes se ve cómo alguien le pone un paño en la nariz a Ana y la introduce en el asiento de atrás del coche! —exclamó Pepón confuso—. Luis no era, porque aparecía en primer plano.

—Lo sé —aseguró Solé con paciencia al impetuoso detective—. Solo digo que, si la persona que fuera limpió su rastro para que no quedara ninguna huella de ella ni tampoco ningún pelo, es extraño que no viera la pulsera.

—¿Dónde la habéis hallado? —quiso saber Leo, quien de repente había tenido una idea.

—Entre el asiento y el respaldo, bien metida. El cuerpo adormilado de Ana quedaría encima del asiento y de algún modo la pulsera se soltó y acabó allí.

—Ja, ja, eso no fue lo que pasó.

Solé y Pepón volvieron su cabeza hacia la figura de Leo, que se doblaba en dos por un ataque de risa, algo que hizo que alguno de los agentes que registraban la zona en busca de pruebas lo mirara con reproche, negando con la cabeza ante su aparente falta de sensibilidad.

—Leo, no creo que debas reírte, es una situación muy delicada. La vida de una pobre niña está en juego —le reprendió su jefa.

—No lo habéis entendido. Ana es como Marina —comenzó a explicar Leo haciendo un esfuerzo por tranquilizarse—, son tal para cual. Ella dejó la pulsera donde sabía que Luis no la vería a simple vista, pero que nosotros la encontraríamos. El cloroformo, o lo que utilizaran para drogarla, tardó un tiempo en dejarla fuera de combate del todo, algo que Ana aprovechó para dejar la pulsera como miguitas de pan dejaba Pulgarcito. Esa inocente niña no lo es tanto como pensáis, lleva toda su vida escuchando a Marina hablar de sus casos. Por mucho que Carlos intente mantenerla en una burbuja de cristal, las paredes tienen fisuras. Creedme, Luis no se imagina que tiene secuestrada a una copia exacta de Marina.

Pepón y Solé sonrieron, lo que decía Leo tenía sentido. Tal vez no estuviera todo tan perdido como imaginaban. Quizás el coche tuviera algo más que mostrarles que los llevara hasta el lugar donde Luis retenía a Ana. Si hubieran sabido que la niña estaba a punto de ser descubierta por su secuestrador, no habrían sonreído.

El portazo del coche había sido una falsa alarma, pero las pisadas en la entrada media hora después no lo habían sido tanto. Ya no estaba sola. Por una ventana vio que Luis se acercaba hacia donde ella estaba, llevando en la mano un gran llavero. Tenía que buscar un lugar donde esconderse, porque cuando Luis averiguara que se había escapado, la buscaría y esta vez no tendría piedad con ella.

La llegada de Luis había desbaratado sus planes de escapar antes de que se percatara de su fuga. Era cuestión de minutos que descubriera que ya no estaba

en su celda. Mientras su secuestrador subía al primer piso donde había estado su prisión, Ana se acercó con sigilo hasta la puerta. Frustrada, y desesperada, la encontró firmemente cerrada de nuevo, con dos cerrojos que no había forma de abrir sin las llaves correspondientes. Luis era precavido, se había asegurado de que nadie pudiera salir ni nadie pudiera entrar en el edificio pillándole por sorpresa. Parecía que había vuelto él solo, sin la compañía de la persona que le había ayudado a secuestrarla. Mejor, así no debía preocuparse más que de él.

Con desesperación, Ana miró a su alrededor, una puerta disimulada en la pared parecía llevar a un sótano. Si tuviera la linterna de su móvil sería más fácil bajar por aquellas escaleras; como no lo tenía, no le quedó más remedio que bajar con todo el cuidado que la rapidez por huir le permitía. Había confiado en encontrar su móvil tirado en alguna superficie al salir por el baño, pero no había sido así. Sin duda, Luis se había deshecho de él, lejos de allí.

Una vez que sus pupilas se adaptaron a la falta de luz, fue más fácil reconocer el contorno de los objetos y los obstáculos que tenía ante ella. Al igual que la planta superior, aquel lugar había sido utilizado como refugio temporal por diferentes tipos de gente. Jeringuillas y condones usados competían por el espacio con velas negras y restos de sangre, de la que prefería no pensar en su procedencia. Un cristal crujió al partirse bajo su pie, sonando ensordecedor en el silencio que la rodeaba. Se quedó quieta, esperando expectante un ruido de pisadas de la parte superior de la casa, pero no fue así.

Ana respiró aliviada y un poco más tranquila divisó lo que parecía una cocina delante de ella. De las de grandes dimensiones, con armarios y superficies de metal, que en su tiempo debieron brillar con esplendor para orgullo del cocinero que trasteara entre sus fogones. Quizás, y solo quizás, si por allí estaba una cocina, tal vez hubiera una entrada de servicio por la que, en su momento, los alimentos y las demás mercancías fueran introducidos en aquel extraño hospital o lo que fuese aquel sitio. Valía la pena investigar,

ahora que todavía se filtraba luz del exterior.

—¡ANAAAAAAAAAAAAAAA! —gritó una voz masculina, dos plantas más arriba de donde estaba.

¡La había descubierto! La niña se quedó bloqueada, temblando asustada por aquel grito ensordecedor. No obstante, se recompuso con rapidez. Era cuestión de minutos que la encontrara, algo que no iba a dejar que ocurriera, o al menos no iba a ponérselo fácil. Estaba segura de que su tía y su padre la estaban buscando.

Si Leo era tan bueno como su tía decía, habría descubierto la pulsera en el coche. Había arañado con ella a la persona que le había puesto el paño bajo la nariz. Aunque había sido sin querer, el cuerno de su unicornio había rozado la muñeca de su agresor, causándole un corte. Solo tenían que buscar restos de piel y sangre en el dije y podrían saber quién había ayudado a secuestrarla. Claro que para eso tenían que buscar un coche granate, y no sabía si alguien la habría visto siendo secuestrada o hablando con su conductor. En la época del gran hermano, con cámaras y curiosos por doquier pertrechados con móviles y un sinfín de dispositivos electrónicos, a la hora de la verdad, nadie veía nada, ni nadie sabía nada.

—¡ANAAAAAAAAAAAAAAA!

Aquel grito otra vez, ¡tenía que esconderse!

Capítulo 13

De camino al coche, Pepón recibió una llamada de comisaria, así que le pasó las llaves a Leo para que fuera él el que condujera en esa ocasión. El de la científica le miró con curiosidad y Pepón se encogió de hombros. No sabía el motivo de la llamada, su interlocutor se había limitado a preguntar por él y a pedirle que esperara un momento. No estaban como para perder el tiempo, así que de poca gana y con algo de enfado respondió al teléfono.

—Detective García, ¿qué tal le va? —preguntó una voz femenina, seductora, al otro lado de la línea, haciendo que Pepón se quedara quieto, sin ser capaz de dar el paso que le faltaba para llegar junto al coche.

Leo se percató de su incertidumbre y se giró raudo, aquello significaba que la llamada era importante, puesto que había afectado de modo tan fulminante a Pepón. La expresión de asombro de su amigo le confirmó que así era.

—Rosa —pronunció el compañero de trabajo de Marina, rascándose con la mano libre la nuca.

¿Qué era aquello? ¿El día de reencuentro de los psicópatas sueltos que Marina no había podido atrapar? Aunque para ser sinceros, Rosa Hernández no era la sádica criminal que era Luis Calabria. La, en otro tiempo, anodina mujer había sabido aprovechar las circunstancias, transformando su propio secuestro en una forma de cambiar de vida, lejos de su familia y de su aburrido trabajo y con una buena cantidad de dinero bajo el brazo en forma de lienzos de incalculable valor.

Habían sido días de una desasosegante búsqueda. Una mañana, un hotel céntrico había amanecido vacío, con sus habitaciones abandonadas con premura y sin rastro de sus ocupantes ni de sus trabajadores. Habían encontrado los equipajes dejados atrás, documentación y ordenadores olvidados, y un cadáver en un armario. La investigación los había llevado a recorrer el subsuelo de la ciudad, introduciéndose en aguas y pasadizos que olían a putrefacción y podredumbre.

Sin embargo, no todo había sido malo. Su compañera había conocido al que era su actual pareja, Leo, un agente de la científica, con el que las largas horas de trabajo, codo con codo, habían dado lugar a una bella historia de amor. Algo sobre lo que Pepón no podía hacer ningún comentario, ni ninguna chanza, porque él mismo había encontrado el amor en la figura de la atractiva arqueóloga que los había ayudado en el caso, Esperanza.

Leo miró de hito en hito a Pepón. ¿Rosa? ¡No podía ser verdad, aquello no podía estar pasando! Que él supiera solo había una Rosa que pudiera trastornar de esa manera a su amigo y no se encontraba en el país.

—Umm, no sé qué tengo, que, desde que dejé mi amargada ciudad de provincias, causo un efecto demoledor en los hombres —bromeó la mujer conocedora de la impresión que su llamada había causado en el detective.

—Tal vez una bolsa llena de dinero, pero vacía de escrúpulos —apuntó Pepón hiriente.

Esa mujer era una espina clavada en su corazón de detective, le había parecido una inocente víctima y era tan diabólica como Lucifer. Los había engañado a todos, haciéndolos apiadarse de ella, cuando en realidad había terminado aliándose con su secuestrador y engañándole a él también para hacerse con el tesoro.

—Si eso fuera cierto, no estaríamos teniendo esta conversación, querido. Me hubiera gustado hablar con la detective Marina Altamirano, pero creo que nuestro común amigo Luis la mantiene ocupada.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Pepón sintiendo que un sudor frío le cubría

la piel.

Había puesto el altavoz y Leo escuchaba en silencio, con incredulidad ante las palabras de la cínica mujer.

—Bueno, digamos que los que estamos en la lista de los más buscados en Europa y parte del resto del mundo tenemos amigos comunes que nos hacen la vida más fácil a cambio de un generoso estipendio. Luis contactó conmigo a través de un conocido común, quería comprar uno de los lienzos que el azar quiso que terminaran en mis manos.

—No fue el azar. ¡Tú los robaste! —exclamó Leo, que ya no podía permanecer callado por más tiempo.

—Oh, ¡si está también Leo! Claro, con tu chica en peligro, no podías estar lejos —añadió enigmática Rosa.

—¿Cómo sabes lo que está pasando? No se ha filtrado a la prensa y dudo mucho que estés en Salamanca de nuevo —quiso saber Pepón extrañado por el cariz que estaba tomando la llamada.

—No, no estoy en Salamanca. Si estuviera allí, no podría estar bebiendo el delicioso coctel que estoy saboreando en este instante. Ahora que cuento las sombrillitas, es el tercero, tal vez esté un poco achispada. Bueno, a lo que iba —continuó Rosa al escuchar los resoplidos que los agentes lanzaban—. He llamado a la detective Altamirano, pero su móvil está apagado o fuera de cobertura. Eso es cosa de Luis, tiene un extraño sentido del humor o, mejor dicho, no lo tiene. Pocas veces le he visto sonreír.

—¡Al grano! —gritó Pepón cansado de tanta palabrería. Si tenía algo que decirles, que lo dijera. En caso contrario, ya se ocuparían de ella más tarde, cuando no estuvieran tratando de resolver el secuestro de una niña.

—¡Qué carácter! Por eso me gusta más Marina que tú, y a Luis también le gusta. Ambos admiramos su inteligencia y su astucia. Carlos Tejedor no le llega ni a la suela de los zapatos, ni tu tampoco. Es una pena, no tiene suerte con sus compañeros.

Pepón hizo amago de cortar la llamada, algo que Luis impidió sujetándole el

brazo e indicándole por señas que dejara seguir a la mujer. Estaba claro que no los había llamado ese día por casualidad. Tenía que reconocer que estaba intrigado y tenía curiosidad por saber qué se traía entre manos.

—Hace unas semanas Luis me llamó para confirmar que el lienzo que le había enviado había llegado bien a su destino y para hacerme una extraña propuesta. Se aburría en su dorado retiro y quería algo de emoción en su vida. Seguía culpando a Carlos por haber interrumpido su juego con Marina. «Su juego», ya os digo que tiene un gusto raro por las emociones fuertes y sangrientas. El caso es que quería vengarse de Carlos a la vez que reclutaba para su juego a la detective Altamirano. Suponía que no se prestaría voluntariamente a su peculiar caza del ratón y el gato; solo un adecuado incentivo podía ser el aliciente apropiado. Y su sobrinita lo es.

—¿Qué quería que hicieras tú? —preguntó Leo que empezaba a encontrar sentido a todo lo que estaba ocurriendo aquel extraño día, gracias a la historia que Rosa Hernández les estaba contando.

—En mi antigua vida, como administrativa de una fábrica de muebles, conocía almacenes y lugares en la ciudad adecuados para esconderse y ocultar a una rehén con pocas ganas de colaborar. Ya podéis suponer a qué me estoy refiriendo.

—¿Y qué le dijiste? —quiso saber Pepón enfadado.

No le parecía bien el tráfico de arte, pero no implicaba hacer daño físico a personas inocentes, con eso podía vivir en su conciencia. Rosa se había escapado con los lienzos y vivía unas vacaciones perpetuas. Sin embargo, el secuestro de una menor y la angustia por la que estaban pasando sus padres era algo muy diferente.

—Le contesté que no contara conmigo. No tengo nada contra la detective y mucho menos contra una niña inocente. A pesar de mi negativa, siguió adelante con el plan. Tenía a alguien que le ayudaría, pero no me dijo quién era.

—¿Pero sabías que iba a hacerlo hoy y no otro día?

—¡Claro! ¿No os habéis dado cuenta? —preguntó perpleja Rosa ante la poca

perspectiva de los agentes—. Hoy hace exactamente diez años que Luis Calabria fue arrestado por Carlos y la detective Marina.

Leo se quedó con la boca abierta al oír la respuesta de la mujer. Ninguno se había percatado de aquel dato. Pepón negó con la cabeza, confirmando así que él tampoco había caído en ello.

—¿Y tampoco os acordaréis de cuál era la personalidad bajo la que se ocultó durante varios años e incluso murió?

—¡Pedro Sanz! —exclamó Leo, que había releído el caso cuando, al empezar a salir con Marina, la detective le había enseñado una carpeta con los datos que ella había recopilado junto con el entonces detective Carlos Tejedor.

—Bien, veo que alguien asistió a clase ese día —replicó mordaz la traficante de arte—. Si yo fuera un policía que debiera encontrar a una niña secuestrada, primero revisaría todo lo que tengo sobre su secuestrador y me olvidaría de la cortina de humo que ha puesto delante de mis ojos. Ha sido un placer, pero mi masajista personal ya me está esperando. Volveremos a hablar otro día.

Y sin más Rosa Hernández cortó la comunicación, dejando a los dos policías con un sinfín de preguntas por hacer.

—¿No hay forma de saber desde dónde nos llamó? —preguntó Pepón más tarde, cuando estaban ya de vuelta en la comisaría, al agente que le había pasado la llamada.

—Pues no, la verdad —respondió el policía interrogado sintiendo cómo el rubor cubría su rostro ante la mirada enfadada de su superior—. Pensé que era una llamada personal, ajena al caso.

—Ya, el que preguntara primero por la detective Marina y después por mí ¿no le pareció sospechoso?

—Pepón, déjalo estar, ya no tiene remedio —le pidió Leo a su amigo. Sentía pena por el novato agente que hacía su trabajo un festivo, sobrecargado de presión en lo que debía haber sido un turno tranquilo —. Centrémonos en lo que nos ha dicho Rosa y busquemos información sobre el fallecido Pedro

Sanz.

Decidieron de mutuo acuerdo no contarle de momento nada a Marina para que ella siguiera centrada en la resolución de los enigmas y así, si Luis la estaba vigilando, no pudiera sospechar que cada vez estaban más cerca de encontrar dónde se escondía.

Un policía que tenía el día libre, pero había acudido a ayudar fue el que descubrió un hecho significativo. En los registros catastrales de la ciudad, el fallecido Pedro Sanz figuraba como único propietario de un inmueble situado en la calle Colombia, lugar cercano al sitio donde habían encontrado el coche granate abandonado. Los impuestos relativos al edificio habían seguido siendo pagados con regularidad y, por tanto, nadie se había tomado la molestia en averiguar cómo era posible que un muerto siguiera siendo su poseedor.

—Es raro que dejara el coche en un sitio tan próximo a donde se esconde — dijo Pepón expresando en voz alta la misma duda que Leo se planteaba. Podía haberlo dejado allí para despistarlos.

—Tal vez pensó que no lo buscaríamos por allí, que nos iríamos a cualquier otra zona de la ciudad que quedara lejos del Alto del Rollo.

—Puede, pero no me gusta, demasiado obvio.

—Por ir a echar un vistazo no perdemos nada.

Los dos detectives salieron de la central de policía hacia el edificio, haciéndose acompañar por el par de agentes que habían ido con Leo a la zapatería. Si no había nada, solo habrían perdido una media hora de su tiempo, pero no podían quedarse sin comprobar lo que les había dicho Rosa. Aunque fuera un engaño para tenerles entretenidos y desviar su atención de donde debía estar, no se perdonarían jamás, si algo le ocurría a Ana, no haber examinado todas las pistas que tenían.

Casi eran las tres y Marina debía de estar próxima a resolver el último enigma: *Ruge el león*. Aunque no estuvieran en permanente contacto con su amiga, un agente permanecía a la escucha de lo que ocurría, a través del micrófono que llevaba la detective. Por lo que sabían, había abandonado la

antigua casa de Santa Teresa y caminaban hacia la calle Zamora. Una pareja de agentes los seguía desde una prudencial distancia, haciéndose pasar por un par de domingueros desocupados. De esa forma estaban al tanto de sus movimientos y observaban a los que los rodeaban, por si Luis se acercaba a ellos en algún momento. Hasta ese instante, no habían tenido suerte. Las horas pasaban y no parecía que estuvieran más cerca de encontrar a Ana que lo que lo habían estado la noche anterior, cuando descubrieron su desaparición.

Capítulo 14

Pepón, Leo y los dos agentes que los acompañaban habían dejado sus coches a unos metros del edificio donde creían que Luis mantenía secuestrada a la niña. Con cautela se fueron aproximando, atrayendo la curiosidad de los paseantes que volvían de su visita semanal al rastro, cargados con sus compras. Era un feo edificio, que antaño había sido una fábrica de plástico, posteriormente reconvertida en un sanatorio mental. Desde el exterior se observaban aún los restos de los barrotes colocados en las ventanas para impedir que los internos se escaparan.

—Mira la cerradura —le dijo Leo en voz baja a Pepón.

Era nueva, su brillo contrastaba con el resto de suciedad y mugre que cubría el destartado edificio. No había duda de que había sido cambiada no hacía mucho tiempo, a juzgar por las virutas de madera que se podían ver en el suelo. Leo alargó la mano e intentó abrir la puerta. Como era de esperar, no cedió a su empuje.

—Si Marina estuviera aquí, la abriría en un momento —comentó Pepón, conocedor de las habilidades de su amiga con las ganzúas.

—Tendrás que conformarte conmigo, no soy tan hábil, pero creo que seré capaz de abrirla. Tú vigila, no nos pille Luis despistados.

Leo se arrodilló, sacó su llavero multiusos del bolsillo y, usando una pequeña ganzúa que tenía enganchada en él, procedió a manipular la cerradura.

—Hay una salida lateral por esa calle —les informó la policía de uniforme que estaba con ellos—. Mi compañero se ha quedado allí vigilando.

—Quizás haya otra por ese otro lado —apuntó Pepón señalando un solar vacío a la izquierda del edificio, bordeado por un muro bajo de ladrillo en el que se podía ver un letrero de «se vende».

—Echaré un vistazo —asintió la agente.

Caminó hacia el muro y, después de asegurarse de que no había nadie al otro lado, se encaramó a él, para desaparecer con rapidez. La maleza le llegaba hasta la rodilla y sentía cómo las pajas se colaban en sus botas. Sin hacer caso a los molestos hierbajos, se acercó despacio al edificio.

En la acera de enfrente dos ancianos se habían parado, apoyados en sus bastones, a mirar lo que pasaba. Pepón temía que, si Luis los veía, pudiera ser alertado de su presencia, así que, con gesto enérgico, indicó a los dos hombres que siguieran su camino. Algo que hicieron no muy convencidos, para detenerse unos metros más adelante. Estaban aburridos, con todas las horas del día libres, ¿no se iban a perder una distracción gratis así como así!

Con un leve gesto, Leo le indicó a Pepón que había abierto la cerradura. Ambos policías sacaron sus armas y, con todo el sigilo que la carcomida madera de la puerta y la hojarasca caída en el suelo que crujía bajo sus pies les permitían, entraron en el viejo sanatorio. Esperaban encontrar un edificio en penumbra, pero, en su lugar, la luz entraba a raudales por las persianas desvencijadas y los cristales rotos. Con tímidos pasos fueron entrando, poniendo todos sus sentidos en alerta.

—No oigo nada —susurró Pepón al cabo de unos minutos—. Parece que está vacío.

—¿Nos habremos equivocado al hacer caso a Rosa? —preguntó Leo dubitativo. Lo habían apostado todo a la información que les había dado, sin recapacitar mucho sobre cuáles serían las verdaderas razones de la llamada de la prófuga.

—No tenía motivos para engañarnos. Está tan feliz en su escondite, no

necesitaba mezclarse en un secuestro.

—Entonces será mejor que miremos todo bien. Luis puede estar escondido en alguna habitación dispuesto a aprovechar el menor de nuestros descuidos —advirtió Leo—. ¿Arriba o abajo?

—Tenemos poco tiempo, será mejor que nos separemos para revisar antes el edificio. Iré arriba; por aquella puerta parece que se va al sótano, ve a examinarlo. Nada de heroicidades —le recalcó Pepón algo preocupado por su ocasional compañero.

Leo era un cualificado agente de la científica que no solía tomar parte en la acción, su trabajo era recoger las pruebas en el escenario de un crimen para analizarlas después en un laboratorio. Si le pasaba algo, Pepón lo lamentaría como amigo, pero mucho más como compañero de Marina, que le haría responsable del más leve rasguño que su chico se hiciera.

Leo asintió y con sigilo se aproximó hacia las escaleras del sótano. A su espalda escuchó cómo Pepón subía hacia los pisos superiores por la escalera de madera reseca. Según lo hacía, el deterioro era mayor. El paso del tiempo había hecho mella en el edificio y los intrusos que se habían colocado en él habían agudizado más la situación. Se podía apreciar que la estructura era buena, pero lo que se veía a simple vista estaba descuidado y avejentado.

Un destello brillante al final del pasillo llamó la atención de Pepón. En el suelo, un ordenador estaba hecho pedazos, junto con restos de comida y botellas de agua vacías. A su derecha, había una puerta entreabierta de lo que debía de haber sido la habitación de algún paciente. Estaba astillada por lo que parecía una patada que había hecho saltar parte de la madera. Con curiosidad, asomó a cabeza al interior de la habitación. Un colchón hinchable estaba arrugado en un lateral, cerca de una mesa y una silla atornilladas al suelo.

Al girarse, Pepón se quedó sorprendido al ver parte de un muro derribado en el suelo. Al mirar a través del agujero, vio un nauseabundo baño y una puerta abierta que parecía dar al mismo pasillo por el que había entrado. En uno de

los baldosines rotos había fibras rosas, que desentonaban en aquel lugar. Pepón hizo una nota mental para recordarse a sí mismo pedirle a Leo que las analizara con detalle. Él era demasiado grande para atravesar el agujero, así que volvió a salir por la puerta por la que había entrado y, desde el pasillo, accedió al baño. No había duda, se comunicaban.

—¿Has visto algo?

—¡Tío, me has asustado! —exclamó sobresaltado Pepón que no había oído subir a su amigo, por estar distraído mirando la falsa pared rota.

—Lo siento —respondió Leo con una sonrisa que delataba que no lo sentía lo más mínimo. Había subido fijándose muy bien en donde pisaba, procurando colocar su pie en la parte del escalón donde la madera parecía menos agrietada. Eso, unido a su menor complejión física, le había permitido subir más sigilosamente que al detective—. Abajo no he encontrado nada, ¿has tenido más suerte?

—La puerta de al lado lleva a una habitación donde hay un saco de dormir y un muro derruido que comunica con este baño.

—O bien es el escondite de Luis o es donde tenía secuestrada a Ana.

—El saco de dormir es demasiado pequeño para un adulto, puede ser la segunda opción. Lo que no entiendo es qué hace ese agujero en la pared. Además, hay unas fibras rosas; tendrías que analizarlas, pero...

—La mochila de Ana es de ese color —recordó las veces que había visto a la niña con ella al ir a buscar a su padre a comisaría al salir del colegio para regresar juntos a casa.

—Eso me parecía. Es frustrante, hemos llegado tarde. Ni Luis ni Ana están aquí. ¿Dónde habrán ido?

—Si hemos fastidiado sus planes y está improvisando, puede ser bueno para nosotros.

—Pero malo para Ana.

Capítulo 15

U nos minutos antes de la llegada de los agentes, Luis había entrado por la puerta del antiguo sanatorio. Él no esperaba encontrarse la desagradable sorpresa que le aguardaba en el piso superior. Su pequeña rehén había huido, haciendo un boquete en el falso tabique que con tanto esfuerzo había construido la semana anterior. ¡Y no solo eso! Se había llevado consigo sus reservas de agua. ¡Maldita cría! Era como su tía. Solo a él le podían haber tocado las dos víctimas más cabezotas y con menos ganas de hacer lo que se les decía del mundo.

«La puerta de la calle estaba cerrada —reflexionó Luis—. Por allí no puede haber escapado. Así que debe de estar escondida en algún lugar de este inmenso caserón. Tengo casi una hora para encontrarla, no puede ser tan difícil».

Pero lo fue. Primero miró en cada una de las habitaciones del piso superior sin dejar de llamarla a gritos para asustarla y hacerla salir de su escondrijo. Salvo una rata en una de las habitaciones del último piso, que debía de ser una especie de almacén, no encontró ninguna otra señal de vida. Luis echó un fugaz vistazo a su reloj, faltaban veinte minutos para las tres, hora a la que debía de encontrarse con Marina y Carlos en la Iglesia San Marcos.

Hasta el momento habían seguido bien sus pistas, tal y como su infiltrada le había ido diciendo. Si no, ya se hubiera encargado de indicarles la dirección correcta a los detectives. Sin embargo, Marina no los había defraudado. No

podía decir lo mismo de Esperanza. Había sido un agradable entretenimiento que ya llegaba a su fin.

Cuando recibió su carta en la cárcel, entre las decenas que recibía casi a diario, destacó entre el resto. Escrita con mano firme, sin tachones ni titubeos, aunque suponía que habría habido algún borrador previo. La mayoría eran mujeres aburridas de sus maridos en busca de una emoción que alterara sus vidas, o de acomplejadas que buscaban un amante en la distancia, al que no tuvieran que ver a diario. Y entre todas las cartas, la de su hermanita. Después de tanto tiempo el pasado volvía a su vida.

Esperanza se había convertido en una estudiante de instituto, que le escribía expresando admiración por su inteligencia y su astucia. Cada línea reflejaba su total y absoluta fascinación por lo que había hecho, sin titubear ni mostrar repulsión por los asesinatos que había cometido. ¿Cómo no lo iba a hacer, si uno de los primeros había sido el de su padrastro?

Su madre había elegido a su segundo marido pensando que aquel hombre trajeado que había llamado a su puerta para venderle una enciclopedia era la solución a sus problemas. ¡Cuán equivocada estaba! Poco después de la boda, perdió su trabajo, y su madre se vio en la obligación de alimentar a un hijo taimado y retraído, y a un marido borrachín. Al nacer Esperanza, su padrastro abandonó los malos hábitos y encontró un nuevo empleo como comercial en una inmobiliaria. Fueron tiempos de bonanza y esplendor, y durante unos años las cosas parecieron irles bien.

Sin embargo, llegó la crisis, las construcciones se pararon y la inmobiliaria cerró. Se habían acostumbrado a una vida acomodada y tiraron de ahorros hasta que se agotaron. El padre de su hermana volvió a beber sin control y empezaron las palizas. Primero a su madre y luego también a él y a Esperanza. Para su hermana el tormento se vio duplicado por las violaciones. Si su madre se enteró de ellas, no lo demostró. Más bien parecía que respiraba aliviada por no ser el blanco de la ira de su marido. Pero una noche en que su hermana no estaba en casa, disfrutando de una excursión escolar, fue la cama de Luis en

la que se coló. A la mañana siguiente se prometió a sí mismo que no habría una segunda vez.

No le fue difícil echar matarratas en su botella. Cuando su padrastro llegaba del bar y sacaba su reserva de vino particular, ya tenía el paladar tan atrofiado que no notaba el amargor de la bebida. Al ver que el primer día no decía nada y no causaba ningún efecto en su organismo, Luis duplicó la dosis, y el tercer día la triplicó. No hubo cuarto día; su padrastro amaneció ahogado en su propio vomito, rodeado de botellas vacías en el salón. El juez no vio necesaria la autopsia y se acabaron sus preocupaciones.

La que sí lo sabía era su madre, que comenzó a mirarle con recelo. ¡Aquella puta desagradecida! En lugar de darle las gracias por haberla librado de aquel indeseable, parecía que lamentaba que lo hubiera hecho. De modo que Luis cogió todo el dinero que había en casa y las escasas joyas de su progenitora y se marchó del que había sido su hogar, prometiéndose a sí mismo no volver nunca y olvidar a su familia. Algo que había cumplido hasta la llegada de aquella carta a la cárcel, poco antes de su fuga.

En uno de sus párrafos, su hermana le decía:

A mí también me han menospreciado mis compañeros de estudios por no ser de tan buena familia como ellos, ni llevar ropa de marca, ni gustarme sus estúpidos grupos musicales. Admiro lo que has hecho, yo no hubiera sido capaz, aunque he fantaseado con ello varias veces. Sobre todo en el pasado.

¡Fantasear! Esa era la diferencia entre ellos dos. Él no fantaseaba. Lo que imaginaba su mente era un fiel reflejo de lo que iba a hacer con posterioridad. Ella se limitaba a soñarlo, sin atreverse a hacer realidad lo que su cabeza deseaba. Era un ratoncillo asustado, que se escondía tras sus libros.

Habían seguido manteniendo el contacto por carta y por email. Aunque Luis siempre era muy cuidadoso y no le decía dónde se ocultaba. Los años habían ido pasando y el aburrimiento se había ido apoderando de su existencia. Un día decidió que quería regresar a casa y por culpa de Marina no podía

hacerlo, así que había decidido jugar con ella. Al exponerle su idea a Esperanza, esta había mostrado su más que clara disposición a ayudarle en todo lo que pudiera necesitar.

—¡Por fin estaremos juntos, será fantástico! —había exclamado jubilosa la arqueóloga.

Hasta que no había llegado a España no la había sacado de su error; era mejor que creyera en el cuento de hadas de la familia feliz y al fin reunida, de ese modo había sido más fácil de manejar.

—Cielo, a mí también me gustaría que estuviéramos juntos —le había asegurado Luis con falsedad a Esperanza, tras un breve encuentro en la casa de ella—. Pero es mejor que continúes con la farsa y sigas viviendo con Pepón. De ese modo sabremos qué hacen en todo momento y será más fácil llevar a cabo nuestros planes. ¿¡Qué son unos días si tendremos toda la vida para estar juntos y vivir donde deseemos!?

Y la muy boba se lo había creído. No obstante, había llegado el momento de soltar lastres, y ella lo era. Para reafirmarse en sus pensamientos, palpó el estilete que llevaba disimulado en el forro de la cazadora, bastaba una ligera incisión entre las costillas para llegar al corazón. Lo había hecho con anterioridad, y no solo con animales. Sabía que saldría bien y, para cuando la incauta arqueóloga quisiera darse cuenta de lo que había ocurrido, él ya estaría lejos.

Luis se detuvo, había oído algo. Como un crujir de cristales que parecía provenir del sótano. Así que era allí donde se escondía. Tenía escasos cinco minutos para encontrarla, tendría que improvisar.

Ana maldecía su suerte en voz baja, con unas palabras que, según su padre, una inocente niña no debía conocer, pero que le había oído a su tía Marina. No había visto aquel gancho metálico sobresaliendo de la pared y se lo había clavado en el brazo. Y, como si eso no fuera bastante, al sentir el hierro hundiéndose en su piel, había hecho un movimiento brusco tirando al suelo dos botellas vacías de cristal que había sobre un estante, para pisarlas después.

—¡Anaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

¡La había oído! La discreción no era lo suyo. Ana miró a su alrededor desesperada, solo había armarios y arcones. Entonces recordó una película que Marina le había puesto en DVD la última noche que se había quedado a dormir con ella y Leo.

—Es un clásico, Ana.

—Hay una versión nueva, tita. La dirige un director español.

—Ya, bueno, hay otras películas de ese director que son mejores. Esta no lo es. No te molestes en ir a verla. Ahora te voy a poner la verdadera, la única. Parque Jurásico. La versión que vi de joven y que todo, TODO EL MUNDO, debería ver.

—Haz caso a tu tía, Ana —añadió Leo enfatizando la declaración de intenciones de Marina, a la vez que colocaba en su regazo un bol de palomitas.

Como toda adolescente que se precie, no fue muy entusiasta en su reconocimiento de que la película le había gustado. Si lo hacía, su tía le haría ver su colección completa en DVD y entonces estaría perdida. No la llevaría más al cine a ver cintas de acción e intriga, que su padre se negaba a dejar que viera y sus amigas decían que eran de chicos. ¡Ellas se lo perdían! En una escena de la película, no recordaba si en la primera entrega o en la segunda, porque su tía y Leo se habían venido arriba y le habían puesto las dos seguidas, los protagonistas vivían una emocionante escena en una cocina.

Estaba segura de que ella podría meterse en uno de los armarios de metal que tenía delante. Si lograba bloquear la puerta de alguna manera, Luis no sabría si estaría atascada o si ella estaría dentro. Sin darse ocasión a pensar en su idea una segunda vez, se deslizó por el que tenía más cerca y, una vez en su interior, se cambió al otro lado, donde unos cerrojos aseguraban la puerta arriba y abajo. Desde su escondrijo, escuchó cómo Luis entraba sin ningún sigilo.

—¡Vamos! No tengo tiempo para tonterías de niña consentida. Sal ahora mismo de donde estés escondida y no te pasará nada.

¡Seguro! Había visto demasiadas películas como para saber que no se debía hacer caso a un asesino. Ella no era una boba protagonista de un *film* de segunda que hacía tonterías, a pesar de que todos los espectadores le gritaran que no lo hiciera, que era una mala idea. Quedarse quietecita donde estaba era la mejor opción.

Ana oyó cómo Luis se iba acercando adonde ella estaba, tirando sin ningún cuidado todo lo que entorpecía su camino. ¿Y ese ruido? ¡Estaba abriendo armarios! ¡La iba a encontrar! Se apretó contra la pared, rezando por convertirse en invisible ante los ojos de Luis.

—Sé que estás por aquí. He visto una gota de sangre en el suelo a la entrada de la cocina. Es tuya. Me alegro si te has hecho daño. Eso te pasa por salir de tu celda, donde estabas segura.

Según iba diciendo esas palabras de reproche, Luis iba abriendo los armarios de la cocina. Ana sabía que dos más y llegaría a su escondite. Sin embargo, algo detuvo a su secuestrador. Hacía unos minutos se había escuchado un motor de coche parándose cerca. No le había llamado la atención, porque no era el primero que oía. No se escuchaban muchos vehículos, pero sí los suficientes para suponer que estaba en alguna zona periférica de la ciudad. Ni lo demasiado aislada para que no pasara nadie, ni lo suficientemente céntrica como para oír el ajetreo del centro. Después había llegado hasta ella un ruido extraño en aquel edificio, como de pajas y hojas siendo aplastadas bajo unos pasos. Eso la había descuadrado; si estaba en la ciudad, eso no sería posible. ¿La habría llevado al campo? ¡Eran pasos! Alguien había entrado en el edificio y estaba subiendo por la escalera que llevaba a su celda. Reconocía ese crujido de maderas, ella también lo había hecho al bajar por ellas.

—¡Maldita sea! —exclamó Luis enfadado. ¿Cómo no lo había escuchado antes?—. Vas a tener suerte. Bueno, que te encuentren, yo me llevo el premio gordo.

¿El premio gordo? ¿A qué se refería? Daba igual, ya lo pensaría luego,

esperaría un rato y saldría del armario para ir al encuentro de la persona que había entrado. Aunque, pensándolo bien, eso también lo hacían las protagonistas descerebradas y chillonas de las películas tipo *Scream*. Mejor se aseguraría primero de quién más estaba en aquel lugar, y luego ya vería qué hacía.

Luis usó la llave de la entrada de servicio que guardaba en su llavero junto a la de la entrada principal. Antes de irse, había visto a Leo husmeando por la planta de abajo a través de una rendija de la puerta que llevaba al sótano. ¿Cómo le habían encontrado? Alguien tenía que haberles ayudado; sin Marina a su lado, aquellos dos eran unos incapaces.

—¡Alto! —exclamó una voz cerca de él, salida de la nada, entre los rastrojos de matorrales y ramas caídas, que llenaban el solar contiguo al edificio.

Era una agente uniformada. Le apuntaba con un arma. Podía ver cómo le temblaba el pulso: tenía miedo de él.

—¡Las manos en alto! ¡Dónde yo pueda verlas!

—Claro, agente —afirmó Luis, bajando la cabeza con sumisión para, a continuación, lanzar con precisión el estilete que llevaba escondido en su chaqueta.

No se detuvo a comprobar si había dado en el blanco. Sabía que había sido así, directo al cuello. Una preciosa estocada mortal. ¡Cómo adoraba esos estiletes! En la guantera del coche negro que había alquilado con un nombre falso, guardaba otro más que ocuparía el lugar del que ahora sobresalía del cuello de la policía. Sonriendo satisfecho, arrancó el coche que tenía aparcado junto a la tapia del solar. Su querida amiga le estaría esperando impaciente y no podía defraudarla.

Leo alumbró con la linterna de su móvil la destartada cocina, sin dejar de apuntar, con su mano libre, el arma con firmeza. Luis podría estar escondido en un recodo, dispuesto a matarle en un segundo. Mirando al frente, pisó sin querer unos cristales rotos que había en el suelo.

—¡Jolín!

¡Se acabó el sigilo! Había causado el mismo efecto que si hubiera llamado al timbre. Echando un último vistazo, para convencerse de que allí no había nadie, regresó por donde había venido, en busca de Pepón. Si en lugar de mirar sus pies, tras pisar los cristales, hubiera seguido mirando al frente, habría visto los dedos ensangrentados que asomaban inertes entre las puertas de uno de los armarios.

Ana no se había dado cuenta de que el gancho se le había clavado lo suficiente como para hacerla sangrar de forma profusa. La ropa que llevaba puesta había absorbido la sangre, impidiendo que goteara de forma llamativa más allá de la solitaria gota que Luis había visto. Su garganta afónica no le había permitido llamar a Leo al escuchar su correcta exclamación, de la que siempre se mofaba el compañero de trabajo de Marina. Pepón decía que era una expresión de niños de guardería. A lo que Leo respondía que él debía de saberlo bien, puesto que todavía iba a una. Ana, en un inútil esfuerzo, intentó salir del armario, pero un repentino mareo la hizo perder la consciencia, haciéndola fracasar en su propósito. En su último momento de contacto con la realidad, oyó los pasos de Leo alejándose de la cocina. Después, la nada más absoluta.

Capítulo 16

Marina daba vueltas en su cabeza a una idea, quizás estuviera algo traída por los pelos, pero tampoco tenían otra mejor.

—Esperanza, si no me equivoco, al apóstol San Marcos se le representaba simbólicamente con una figura leonada.

—Cierto, es así porque su evangelio empieza con la predicación de San Juan Bautista en el desierto, al que comparan con el rugido de un león. Es común en la iconografía religiosa usar ese tipo de simbología con los evangelistas y los apóstoles.

—Teniendo en cuenta que cada uno de los enigmas nos ha llevado a un lugar cercano de donde nos encontrábamos resolviendo el anterior misterio, tiene que ser un sitio no muy alejado de aquí.

—A unos metros está la iglesia de San Marcos —apuntó Carlos, entendiendo por dónde iba el razonamiento de su amiga.

—¿Qué sabes de ella? —le preguntó Marina a la arqueóloga—. Danos unos datos generales, no necesito que me describas su interior al detalle, algo de su historia nos vale.

—Bien, es una curiosa iglesia redonda donde nació la Clerecía de San Marcos, que agrupaba a los clérigos del lugar, para trasladarse tiempo después al Colegio de Jesuitas, que, tras su expulsión, durante el reinado de Carlos III pasó a llamarse la Clerecía. Durante unos años se pensó que la iglesia de San Marcos había formado parte de la muralla de la ciudad, que

pasaba cerca de allí, pero después, gracias a un plano de 1768 firmado por Simón Gabilán Tomé, se demostró que nunca fue así.

—Creo que es allí donde debemos ir —afirmó resuelta Marina, segura de estar en lo cierto.

El gentío, que momentos antes llenaba las calles, había comenzado a disminuir poco a poco al acercarse la hora de la comida. El estómago de Marina emitió un sonido de protesta al pasar por uno de los bares de la calle Zamora y aspirar el apetitoso olor de unos calamares a la romana. La detective hizo caso omiso y continuó caminado con sus amigos a paso ligero hacia la iglesia que coronaba el comienzo de la calle.

No se habían equivocado: un coche negro, con las lunas tintadas, estaba aparcado enfrente de la entrada lateral que daba a una pequeña placita. Tenía la puerta trasera en una muda invitación a entrar. Para despejar sus dudas, encima del techo del coche, una caja de regaliz, igual a las que habían encontrado con anterioridad, estaba colocada en muda señal aguardándoles.

—¿Veis la caja? —preguntó Carlos, aunque no era necesario; Marina y Esperanza miraban el coche y la cajita con aprensión.

Con las ventanas oscurecidas no podían saber quién había dentro del vehículo. ¿Estaría Ana dentro? ¿Tal vez Luis o algún compinche suyo? Inspirando, Marina dio un paso hacia adelante y cogió la cajita. Al abrirla, como en las otras ocasiones, había un papel enrollado dentro que al extenderlo adoptó la forma de un cuadrado. Del mismo tipo de papel suave y delicado que los anteriores y algo amarillento. Cinco escuetas letras, formando la palabra *Dentro*, aparecían escritas en él.

—¿Qué hacemos? ¿Entramos? —titubeó Carlos. Deslumbrado por la luminosidad que había en el exterior, no conseguía atisbar qué les aguardaba en el interior del coche. Esperanza, recelosa, negaba con la cabeza.

—Será mejor que entréis vosotros solos, os he acompañado hasta aquí. Ahora es cosa vuestra —afirmó Esperanza con voz temblorosa, mirando asustada a su alrededor, sin hacer caso de la mirada de reproche de Carlos,

que sentía que la arqueóloga los dejaba tirados en el momento más decisivo, algo que podía hacer enfadar a Luis. Si el secuestrador había aceptado su presencia, se entendía que era hasta el final, y no podía dejarlo cuando ella quisiera.

Marina inclinó la cabeza a un lado, fijando sus ojos en su amiga, mientras los engranajes de su cerebro seguían funcionando, pensando que se le estaba escapando algo en aquella extraña historia. De pronto, una voz de hombre, que reconocería en cualquier parte, los saludó desde su espalda. Era Luis, que, sin duda, había permanecido oculto, observando desde la distancia cómo se acercaban hasta el coche y cómo dudaban a la hora de entrar en él.

—Querida amiga, siempre es un placer volver a vernos —le dijo el psicópata a Marina, haciendo que esta volviera a sentir la humedad y el frío de aquella lejana noche en que Luis la había perseguido por el bosque. No pudo evitar notar un escalofrío por su espalda y como si unos dedos invisibles agarrotaran su garganta.

—¿Dónde está mi hija? —le preguntó Carlos a Luis con gesto amenazador, llevándose una mano a la cintura donde tenía su arma oculta a los ojos de los transeúntes.

—Si me disparas nunca lo sabrás, y no creo que sea eso lo que quieres —le replicó Luis, con el mismo tono que un padre reprendería a un niño desobediente. Carlos, a regañadientes, retiró su mano de su cintura y dejó caer su brazo derecho en el costado, en actitud de rendición—. Eso está mejor, ahora quiero que los dos entréis en el coche, pero, como no quiero sustos, le daréis vuestras armas a mi amiga Esperanza.

Un clic saltó como un resorte en la mente de Marina. ¡Eso era lo que no acababa de encajar! ¡Esperanza era su cómplice! ¿Pero por qué? ¿Qué tenía en contra de ellos? ¿Qué le unía a Luis? ¿Por qué había iniciado una relación con Pepón? ¿Era todo parte del engaño?

—Oh, vaya, ¿no sé lo has contado? —preguntó Luis, tapándose con una mano la boca en un gesto llenó de teatralidad.

Esperanza cogió con manos temblorosas las armas que Carlos y Marina le tendían, sin atreverse a mirarlos a los ojos.

—¿Por qué? —quiso saber Marina, a la que la implicación de Esperanza había tomado menos por sorpresa que a su compañero, pero seguían sin comprender el motivo de aquella traición.

—Es mi hermano —respondió con un hilo de voz la arqueóloga—. Es mi familia, la única que me queda. Tú tienes que entenderme —añadió mirando a un incrédulo Carlos.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —acertó a preguntar el comisario, pasando la mirada de uno a otro, buscando un parecido entre sus rostros.

—Misma madre, distintos padres, diferentes apellidos. No es tan complicado de entender. Mejor dejamos la charla para más tarde, entrad en el coche y poneos las esposas que encontraréis dentro. ¡Vamos! —ordenó Luis inquieto al ver cómo empezaban a llamar la atención y a atraer curiosas miradas.

Marina y Carlos entraron en el asiento trasero del coche e hicieron lo que les había pedido con las esposas que encontraron, las cuales estaban ancladas con unas argollas y unas cadenas a los asientos. Cuando este último vio que estaban inmovilizados, sin posibilidad alguna de escape, cerró la puerta del coche y se volvió hacia su hermana.

—Gracias, hermanita, no sé qué hubiera hecho sin ti.

Luis le sonreía con jovialidad, sin dejar de observar a los transeúntes que pasaban cerca de ellos. No quería que nadie se percatara de que entre los cuatro no reinaba la aparente afabilidad que pretendían mostrar. No necesitaba que algún buen samaritano alertara a la policía y les fastidiara la huida.

—Con esto hemos acabado —replicó Esperanza tendiéndole las armas, que Luis hizo desaparecer en su cazadora.

—Por supuesto.

—Pepón es intocable. Me lo prometiste. Me da igual lo que le pase al resto, pero a él no le vas a tocar ni un pelo.

Luis sonrió a su hermana, la abrazó con fuerza y se metió en el coche. Un suave ronroneo proveniente del motor al encenderse fue lo único que se escuchó, antes de que las ruedas giraran hacia la puerta Zamora. Segundos después, Esperanza pensaría que le había parecido sentir un leve pinchazo en un costado al abrazar a su hermano. Al llevarse las manos a la zona donde sentía una leve molestia, notó una extraña humedad; al sacarlas, vio que estaban llenas de sangre. Su querido hermano le había clavado un fino estilete, que había atravesado las costillas hasta llegar al pulmón.

Esperanza se derrumbó en el suelo. Al principio, la gente la miró de forma reprobadora, pensando que estaba borracha o drogada. Una joven que paseaba con su perro se acercó a ella y dio la voz de alarma al ver la sangre. Cuando llegó la ambulancia, ya era tarde, Esperanza estaba muerta. Su último pensamiento fue para Pepón. Su amor por él había sido sincero. Todo el odio que sentía hacia Marina y que se había visto obligada a disimular se convertía en amor y sentimientos puros hacia el compañero de la detective. Esperaba que comprendiera por qué le había engañado.

Tenía que ayudar al hombre que la había rescatado de un padre violador y maltratador que había abusado de ella y de su madre durante años, hasta que Luis había sido lo suficientemente hábil como para acabar con su vida y liberarlas de su agresor. Después había desaparecido durante años. Ni siquiera cuando su madre murió había vuelto a verle. No sería hasta el momento de su detención, cuando su rostro copó las pantallas de medio mundo en los noticiarios, que volvió a saber de él. Le envió una carta a la cárcel y retomaron el contacto. Quiso ir a visitarlo, pero el día que tenía previsto hacerlo, se encontró que con que se había fugado.

Desde entonces, alguna carta ocasional, con remites desde ciudades de lugares dispares de los cinco continentes, había sido su único contacto. En su cuenta recibía periódicas inyecciones de dinero que le permitieron completar sus estudios con holgura, logrando hacer un máster sin tener que preocuparse demasiado por llegar a final de mes.

Puesto que a él no podía verle, decidió acercarse a la mujer responsable de que no fuera así: la detective Marina Altamirano. Con sus estudios de historia y arqueología, no le fue difícil encontrar trabajo en una ciudad llena de arte y edificios emblemáticos. Su puesto de arqueóloga municipal fue decisivo a la hora de tomar contacto con la detective. El día que le comunicaron que debía ayudar a dos policías en una investigación, y que uno de ellos era Marina, supo que había llegado el momento. No le extrañó recibir un email ese mismo día de un hombre que aseguraba ser su hermano. Los detalles escabrosos de su infancia que aportaba en aquellas líneas le hicieron ver que el remitente no mentía. Ahora, sintiendo que la vida se escapaba de su cuerpo, se arrepentía de haber respondido a aquel mensaje.

Capítulo 17

Allí estaban los tres. ¡Por fin! Se había deshecho de Esperanza justo a tiempo, cuando le había dejado de ser de utilidad. Era un daño colateral. Sin remordimientos por lo que había hecho. Su hermana era un lastre de su pasado que solo le traía malos recuerdos que prefería olvidar. No necesitaba una familia, nunca la había tenido y no la deseaba.

Luis contemplaba complacido el cuerpo de Carlos, tumbado en el suelo de aquel destartado palacete en pleno centro de la ciudad, donde sabía que no los encontrarían. Había hecho correr el rumor de que era un punto de reunión de drogadictos en busca de un chute y un lugar para dormirlo después, y los vecinos de la zona se mantenían apartados. El Ayuntamiento le había enviado varios requerimientos para que limpiara la maleza que rodeaba el lugar, algo que mandaría a hacer en cuanto terminara con sus planes con Marina. Entonces ya le daría igual que entraran en el palacete y descubrieran su contenido.

Tenía que hacer memoria para recordarlos a todos. Estaba aquel contable que no había tenido la mente tan abierta como debía, y que descansaba en el sótano, junto a la puta con la que se había enrollado hacía más de quince años. Pero su preferido era el dueño del perro que le había meado en el pie. A él le había dispensado un trato especial, y le había desangrado sin que perdiera la conciencia, hasta el último hálito de vida. Era una técnica que había aprendido viendo un video en la red oscura, que le había dejado subyugado y no se había podido resistir a poner en práctica. Había sido uno de los primeros, y su

cadáver, ya desecado como una momia, permanecía oculto desde hacía casi veinte años en un armario del desván. Aún recordaba la consternación de la viuda tras su desaparición y cómo había fingido colaborar en la búsqueda, preocupado por el destino de su vecino.

—Ummmm.

Marina se despertaba. Les había obligado a tomar un narcótico en el coche, nada más empezar a conducir. De acción rápida, a los cinco minutos estaban dormidos, uno sobre otro en el asiento trasero del coche. Para que no supieran dónde estaban, les había hecho creer que se dirigían hacia uno de los polígonos industriales que rodeaban la ciudad, para regresar sobre sus pasos, en cuanto estuvieron dormidos.

—Despierta, dormilona, no tenemos todo el día.

—¿Y Ana? —preguntó la detective Altamirano, incorporándose todo lo que las bridas que tenía en los tobillos y las muñecas le permitían.

—Está bien, por ahora —respondió Luis sin entrar en detalles.

Para sus planes, era mejor que no supieran que Ana ya no estaba en su poder. Suponía que Leo y Pepón, aquellos dos inoportunos visitantes, ya la habrían encontrado pero eso era algo que sus invitados no debían saber. De esa forma conseguiría que hicieran lo que él quería.

—Quiero verla.

—La verás. Cuando yo crea que es el momento oportuno, lo harás. Ambos lo haréis —añadió señalando con la cabeza el cuerpo aún dormido de Carlos, tendido en el lado opuesto de la habitación donde estaban—. Aunque no en la manera que suponéis.

—¿Qué le has hecho a Carlos?

—Lo mismo que a ti, pero su pastilla era una dosis más alta. En un rato se despertará. Quería unos minutos a solas.

A Marina no le gustaba aquella situación lo más mínimo. Desconocía dónde estaban, salvo que era una habitación que en otra época había tenido papel pintado en las paredes y un bonito suelo de madera, que ahora lucía reseca y

resquebrajada. Por la dirección que llevaba Luis conduciendo antes de perder la consciencia, parecía que se dirigían hacia el polígono de la carretera de Valladolid, pero una casa así no se encontraba en las afueras de la ciudad. Por lo que, a pesar de la treta de Luis, estaba segura de que estaban aún Salamanca.

Dudaba que hubieran estado inconscientes más de una hora. Ese maldito psicópata les había quitado el reloj, pero la luz y el calor de la habitación le indicaban que estaban a primeras horas de la tarde. En un rincón había amontonados varios libros antiguos, parecían un par de biblias y algunos misales. Algo le decía que era de ellos de donde Luis había obtenido el papel con el que había elaborado los mensajes.

Con alivio, vio cómo Carlos comenzaba a moverse. Se estaba despertando, tenía miedo de que Luis se hubiera pasado con la dosis y lo hubiera dejado fuera de combate. Estaba pálido y, cuando se despertara del todo, tendría un molesto dolor de cuello debido a la posición en la que tenía la cabeza. Rezaba para que lo hiciera cuanto antes. No le gustaba estar sola con Luis.

No veía a Esperanza por ningún sitio. No sabía cómo se tomaría Pepón que la que era el amor de su vida fuera la cómplice de Luis en toda aquella situación. Sabía que su amigo se había enamorado profundamente y sin recelos de la arqueóloga. ¡Pero si hasta se había convertido en una de sus mejores amigas! ¿Cómo habían podido estar tan ciegos? No habían dudado de su sinceridad y de su persona en ningún momento.

Había sido en la Plaza Mayor cuando había comprendido que alguien estaba informando a Luis de sus pasos. A un extraño que les hubiera estado siguiendo desde las siete de la mañana, lo habrían terminado por descubrir. De forma que, con dolor y pesar, se había visto obligada a sospechar de su amiga. Las dudas y titubeos de Esperanza, sus huidizas miradas y sus silencios, tan opuestos a su parloteo habitual, la habían hecho comprender que tenía razón en sus sospechas.

—¿Y tu cómplice? ¿Qué has hecho con Esperanza?

—Muerta —respondió Luis como si fuera algo evidente—. No pongas cara de pesar, sé que sabes que me ha estado ayudando a saber lo que hacías a cada paso. Me quería, por muy impensable que te parezca.

—¿Quererte?

—Era mi hermana pequeña. Adivino por tu cara de estupor que no sabías que tenía una familia. Bueno, ya no la tengo. Mate a mi padre, mi madre murió y ahora he matado a mi hermana. No más familia.

—La única persona que te quería y que seguramente fuera la única que te quiso nunca ¿y la matas? —preguntó Marina con incredulidad.

Creía que la relación entre Luis y Esperanza era más reciente, quizás de un encuentro fortuito propiciado por Luis. Sin embargo, venía de mucho antes. Y lo que era aún más increíble: se había mantenido a lo largo de todos aquellos años. ¿Cómo era posible que se les hubiera pasado ese dato? Esperanza no se apellidaba Calabria, aunque tampoco sería de extrañar que hubiera decidido no utilizar el apellido que se asociaba en todo el mundo a un asesino en serie, despiadado y cruel.

—Debo confesar que ella era la única persona que sabía quién era yo. O al menos que lo sabía y seguía con vida.

Marina tragó saliva, esa siniestra afirmación implicaba que había un reguero de personas asesinadas por aquel despreciable psicópata, cuyos cuerpos no habían sido encontrados o, si lo habían hecho, figuraban como casos sin resolver en las mesas de detectives de todo el país o, quizás, de todo el mundo. Aquello no podía más que hacerla sentir pena por ellas y miedo por su situación y la de su amigo. Estaba en sus manos después de tantos años, como en aquel oscuro y lúgubre bosque del que su mente parecía no haber salido del todo, puesto que sus pesadillas la llevaban allí, una y otra vez, a aquella aterradora noche.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Carlos, que despertaba entre brumas del sueño al que la droga le había sumido.

—Oh, es fácil. Quiero llevarme algo de Marina conmigo. Hacer que su

existencia cambie irremediablemente como cambio la mía. Quiero que me entregue su alma, lo más profundo de su ser, lo que la hace tan especial y tan distinta a los demás.

—¡No te daré nada!

—Lo harás; si quieres volver a ver a Ana con vida, me lo darás.

—¿Qué quieres? —insistió Carlos, que en vano intentaba incorporarse.

Su cuerpo no le respondía, sentía sus músculos abotagados por el opiáceo. Las bridas de las muñecas se le clavaban con saña, haciéndole profundas marcas rojas al intentar liberarse de ellas. A duras penas lograba mantener los ojos abiertos y la mente centrada en la conversación.

—Tu vida, estimado comisario Carlos Tejedor, quiero tu vida. Y tu Marina vas a dármela.

Dejándolos más confusos de lo que estaban antes de su siniestra afirmación, Luis salió de la habitación para permitirles intercambiar impresiones, satisfecho por el impacto que sus palabras les había causado. Sabía que esa vez la detective Altamirano no se saldría con la suya. Nadie le impediría obtener lo que deseaba.

—No, no lo haré —negó Marina mirando a su amigo a los ojos, al leer la súplica implícita en su mirada.

—Sí, lo harás. Me matarás, liberarás a mi hija y luego harás lo que yo tuve que haber hecho hace tantos años: dispararás a Luis un tiro en la sien, acabando con su vida y la estela de sufrimiento que ha causado su oscura existencia.

—¡NO! —negó Marina una vez más sin disimular su llanto.

No podía. Por nada del mundo acabaría con la vida de su más fiel amigo, su hermano, su confidente.

—¿Prefieres que muera Ana? Ella tiene toda la vida por delante. Si yo no hubiera titubeado en aquel bosque, mi hija no habría sido secuestrada, Esperanza no estaría muerta y hoy hubiéramos estado en mi casa disfrutando de una comida familiar.

Marina estaba hundida, no dejaba de llorar. Luis desde fuera los escuchaba hablar. ¡Por fin tenía a la detective Altamirano donde quería! A sus pies, como una vulgar marioneta sin conciencia propia, con los miembros desmadejados, esperando que su amo y señor tirara de las cuerdas.

—Prométemelo, salvarás a mi hija y acabarás con Luis para siempre.

—Lo haré —afirmó entre sollozos Marina, sin poder dejar de temblar.

Esas dos palabras sonaron a música celestial en los oídos de Luis. Lo más irónico de la situación era que el destino de Ana ya no estaba en sus manos. En algún lugar del antiguo sanatorio aguardaba a ser liberada, si no lo había sido ya. Sonriendo, como un gato que acababa de zamparse un ratón y que con el estómago satisfecho veía ante sí a su siguiente víctima, Luis se acercó a los policías. Sin decir nada, le dio a Marina su propia arma. Era lo más apropiado, que acabara con la vida de su fiel amigo con su pistola, en un macabro juego del destino. Con las manos atadas con la brida, la detective Altamirano asió el arma y miró una vez más a los ojos a su amigo, Carlos asintió. Con el alma a los pies, Marina levantó el arma y apuntó.

Una brutal detonación rompió el silencio de la tarde; las nubes negras que llenaban el aire hicieron pensar a los que lo escucharon que había sido un trueno. Minutos después, una figura se escabulló por la trasera del palacete, se subió en un coche negro de lunas tintadas y arrancó. Un gorrión pio desde su nido. Después, el silencio más absoluto.

Capítulo 18

Una figura se ocultaba entre las sombras de los árboles que rodeaban el edificio donde estaba secuestrada Ana, al amparo de la primera ola de calor de la temporada que había vaciado las calles. Era domingo, primavera, y la comisaría contaba con pocos efectivos, y los que había seguían buscando a Luis Calabria. La puerta del antiguo sanatorio había sido precintada y un coche patrulla permanecía aparcado en su entrada principal, con dos adormilados agentes, escuchando un partido de la liga por la radio. Se había dado orden de no tocar nada hasta que al día siguiente llegará un equipo de la científica a tomar muestras y revisar el edificio con detenimiento.

Sin querer llamar la atención, la figura saltó la valla del solar adyacente y se deslizó por una ventana. Una vez dentro, sonrió agradecida con el frescor del interior, un oasis de humedad frente el calor seco del exterior. No pudo evitar tomarse un par de minutos para reponerse de las emociones vividas durante la intensa mañana. Mirando el reloj digital que había en la pared, que seguía dando la hora inmutable en aquel lúgubre sanatorio abandonado, decidió dar por finalizado el descanso y ponerse a buscar a la niña, que seguro seguía allí, aunque no hubieran sido capaces de encontrarla.

—¡Ana! ¡Anaaaaaaaaaaaaaa! Sé que estás aquí. ¡Háblame!

¿Arriba o abajo? ¿Por dónde empezar a buscar a una niña asustada que había escapado de su celda y se había quedado encerrada en un edificio? Eso sin olvidar que podía estar herida. En la escalera había restos de pisadas de los

policías que habían entrado sin cuidado en tropel en el sanatorio.

«Los forenses van a tener complicado hacer su trabajo mañana».

La figura observó que había un gran número de huellas que indicaban que varias personas habían subido por la escalera, pero había un menor número hacia lo que parecía el sótano.

«Si estuviera arriba, la habrían encontrado. Así que abajo».

En las escaleras que llevaban a la planta inferior, donde se alojaban las dependencias de la cocina y el almacén, la figura pensó que resultaba obvio que no había sido registrada con el mismo detenimiento que la superior. La ausencia de luz artificial y la poca claridad que entraba por los ventanucos, sin duda, habían hecho que solo echaran un vistazo somero.

—Anaaaaaaaaaaaaaa. ¡Soy yo!

«¿Para qué digo eso? Si me conoce por la voz», pensó la figura, achacando su despiste al calor y a los nervios.

Un reguero de sangre que salía de un armario de acero de la cocina, de uno de los inferiores, llamó su atención. La figura corrió hacia el lugar y abrió la puerta con un enérgico movimiento. El cuerpo inconsciente de la niña cayó en su regazo, haciendo que la figura se encorvara sobre ella, para tomarle el pulso en el cuello. Lo hizo conteniendo el aliento, que no liberó hasta percibir un latido, muy tenue, pero indicativo de que la vida seguía fluyendo por las venas de Ana. Sacó un móvil del bolsillo de la cazadora e hizo una llamada:

—Soy la detective Marina Altamirano. Envíen una ambulancia a la siguiente dirección. ¡Rápido!

Sabía que no era conveniente mover a un herido, así que permaneció con la cabeza de su adorada sobrina en su regazo, acariciándole el pelo y susurrándole palabras de consuelo. El ruido de voces proveniente del piso de arriba le avisó de que los sanitarios habían llegado. Y no lo hacían solos: Leo estaba con ellos. En cuanto le habían avisado de que la detective estaba con vida y había encontrado a la niña, había dejado a Pepón que fuera al palacete y había corrido a reunirse con su amor. Nunca podría olvidar aquellas horas

de angustia vividas ese aciago domingo, en las que había temido perder a su chica.

—¡Marina! —exclamó aliviado apresando entre sus brazos a la detective, ayudándola a levantarse para dejar espacio, a fin de que los sanitarios pudieran atender a Ana.

—¡La encontré! —sollozó la detective.

—Lo sé, mi vida. Has logrado hacer lo que no fuimos capaces de hacer nosotros. Todos pensamos que Luis se la había llevado consigo a otro lugar, al ir a secuestraros a la iglesia de San Marcos.

—Me engañó. Nos engañó a Carlos y a mí, nos hizo creer que aún estaba en su poder. Quiso que matara a mi amigo para liberarla. Nos mintió.

—Es un experto manipulador de mentes. En el pasado y ahora. Es capaz de hacer que la gente haga lo que él desea, aunque vaya en contra de sus principios más firmes.

—Estuve a punto de hacerlo, Leo —afirmó Marina con un hilo de voz, fijando sus ojos en los azules de su pareja—. Casi lo hago.

—Pero no lo hiciste —la consoló Leo.

—Le hice creer que lo haría, pero mientras hablamos logré romper las bridas y dejarle fuera de combate de un golpe con uno de los misales que había en un rincón. Después liberé a Carlos. Él...

Marina se calló y tiró de la camisa a Leo para alejarle un poco del médico que con presteza había logrado cortar la hemorragia del brazo de Ana. Estaba pálida, ardía de fiebre y tardaría en recuperarse, pero estaba viva y eso era lo que importaba.

—Carlos cogió el arma sin que me diera cuentas y disparó a Luis —le susurró Marina al oído de Leo—. No fue defensa propia, Luis ya estaba inconsciente en el suelo. «No volveré a cometer el mismo error dos veces. No te dejaré con vida de nuevo», fue lo que le dijo al cuerpo inconsciente de Luis mientras le disparaba. Debí hacerlo yo, con ese disparo ha puesto fin a su carrera.

—Tenía que hacerlo él, cariño; se culpaba por no haberlo hecho hace diez años. Su mente lo necesitaba para descansar por fin. Aunque la justicia lo condene, te aseguro que sus compañeros y amigos no lo haremos.

—Nos llevamos a la niña al hospital, tienen que operarla esta misma tarde—explicó el doctor a la vez que ayudaba a colocar a la pequeña en la camilla.

—Los acompañaremos —aseguró Marina aún abrazada a Leo.

—¡Detective! —exclamó un agente llamándola, irrumpiendo, corriendo en el sótano con el rostro desencajado por la ansiedad—. Debe ir enseguida al palacete. Ha ocurrido algo. La necesitan allí.

El policía no supo dar más explicaciones a Marina porque tampoco se las habían dado a él. Confusos y preocupados, se subieron al coche de Leo y regresaron al edificio del Paseo de la Estación. Marina intentó contactar con Pepón, con él teléfono de Leo. El que ella llevaba era el que le había quitado a Luis y no estaba memorizado el número de su compañero. A medida que se sucedían las llamadas sin respuestas, el nerviosismo de Marina y Leo aumentaba. Saltándose los semáforos y obviado cualquier norma de tráfico, llegaron en apenas tres minutos al palacete.

Una ambulancia y varios coches patrullas estaban aparcados en su exterior. Una multitud de curiosos se agolpaba tras el cordón policial. Cada vez llegaban más coches con policías. Marina y Leo se cogieron de las manos nada más bajar del suyo, algo no iba bien. En lugar de sonrisas de satisfacción por haber encontrado a Ana y no tener que preocuparse más por Luis, solo se encontraban con rostros de consternación a su paso.

Cuando entraron en donde Marina había estado retenida, un hombre moribundo estaba siendo atendido por los facultativos que poco o nada podía hacer por él. Sin embargo, en lugar del cadáver de Luis, el que yacía entre estertores y con la respiración entrecortada era Carlos. Su amigo y jefe. ¿Qué había pasado? No era él el que debía estar rodeado de sangre. Se había quedado en el palacete porque las bridas de los tobillos le habían hecho tales heridas que le era imposible caminar. Así que, con pesar, se había quedado,

con la firme promesa de Marina de encontrar a Ana.

—Marina —escuchó la detective Altamirano que le llamaba su amigo con un hilo de voz.

Antes de acercarse a su compañero, un fugaz vistazo al doctor que le había estado atendiendo le hizo comprender que eran los últimos minutos de vida de Carlos Tejedor.

—Nos engañó —balbuceó con esfuerzo el herido—. No estaba inconsciente. Me confié y cuando me despisté me disparó. Esta vez con balas de verdad. Tenía una segunda pistola. No era la misma que con la que tú me disparaste.

Carlos tuvo que hacer una pausa en su discurso porque la tos le ahogaba. Al limpiarse con la mano la saliva, observó que estaba llena de sangre. Sabía que su vida se terminaba, allí y ahora. Su corazón parecía competir en una alocada carrera por bombear sangre a sus venas, en tanto sus pulmones ardían, haciéndole la tarea de respirar cada vez más dificultosa.

—¿Mi hija?

—La encontré —respondió Marina entre lágrimas verdaderas, esta vez no tenía que fingir pesar.

Intentó darle el único consuelo que podía a Carlos en aquellos momentos. Hacerle saber que su hija estaba bien.

—Mi Ana —dijo el comisario, suspirando tranquilo por primera vez en aquel aciago domingo.

—Estaba encerrada en un armario, por eso Leo no la vio. Solo tiene algún rasguño —mintió la detective, cogiendo las manos frías de Carlos entre las suyas.

—Prométeme que las cuidarás —le pidió su amigo con un hilo de voz cada vez más fino.

—No tienes que pedírmelo. Ana y Pilar son mis pequeñas, siempre lo serán. No estarán solas, Teresa me tendrá a su lado para ayudarla a que se conviertan en mujeres fuertes y valientes como su padre.

—¿Y Luis?

—Es hombre muerto.

Carlos espiró por última vez. Un silencio sepulcral inundó el palacete, solo roto por las sirenas que sonaban en el exterior y las voces de los transeúntes que pasaban por la calle, ajenos a lo que había ocurrido entre aquellas paredes. Marina lloraba abrazada al cuerpo del que había sido su fiel amigo y compañero durante más de una década. Ni siquiera Leo se atrevía acercarse a ella. El resto de los presentes permanecían inmóviles, sumidos en sus pensamientos, sin poderse creer lo que allí había ocurrido. No, aquel no había sido un domingo cualquiera.

Capítulo 19

Marina permanecía tumbada en la hamaca, escuchando las risas de las niñas jugando en la orilla del mar. Se había quitado los cascos cuando las noticias interrumpieron la programación musical que estaba escuchando. Estaba de vacaciones, no quería escuchar desgracias, bastante tenía con sobrevivir a las suyas propias. Era agradable sentir el calor del sol en su estómago, a través del bañador estampado que llevaba. Después de una copiosa comida en un restaurante italiano, no tenía ganas ni de mover un dedo. Lo único que quería era permanecer allí tumbada otra hora más.

A su lado Teresa, mucho más delgada que hacía un año, pero con algo más de color en sus mejillas que en los últimos meses, saboreaba su margarita. Desde luego, era mucho más rico que las infusiones que solía tomar en casa. Quizás más tarde probaría un Cosmopolitan. Aunque mejor no; si se tomaba otra copa, tendría la cabeza abotargada y luego no podría cuidar a las niñas. Se levantó las gafas de sol y miró cómo Ana ayudaba a Pili a construir un castillo de arena. La pequeña se divertía aplastando con sus manitas las torres que Ana levantaba una y otra vez, para ser derruidas en unos segundos.

Su amiga Ana Cristina completaba el trio, tumbada en la tercera hamaca, dando un sorbo a su Cosmopolitan mientras ojeaba una revista de moda y tomaba nota de los nuevos maquillajes que se iban a llevar en la temporada estival. Relajada, agitaba con placer los dedos de los pies. Había sido un acierto hacerse la manicura y la pedicura en aquel local del centro.

Los móviles permanecían apagados en la habitación del hotel. En un intento de alejarse de las calles de Salamanca, que tanto dolor traían a su memoria, habían buscado un destino veraniego en el que pasar una semana a finales de junio con las niñas, antes de que las playas se inundaran con los veraneantes de julio.

La detective Altamirano ahora era la comisaria Altamirano. Sus superiores le habían ofrecido tomarse un descanso después del asesinato de su amigo Carlos, pero ella había reusado, postulándose a ocupar su puesto. Sabía que desde su nuevo cargo podría controlar la investigación que se estaba llevando a cabo para encontrar a Luis Calabria. Sus jefes no lo dudaron y aceptaron la petición de Marina de ocupar el cargo en el mismo momento en que la recibieron; no en vano, ella había sido la opción favorita para el puesto cuando por primera vez se lo habían ofrecido antes que a Carlos Tejedor, pero su aversión al papeleo y a los ordenadores la habían hecho rechazarlo.

Pepón se había negado a tener un nuevo compañero tras el ascenso de Marina. Prefería trabajar solo y, por el momento, la detective Altamirano lo respetaba. No le gustaba que la llamaran comisaria y solo transigía cuando el protocolo lo exigía. Para lo demás, seguía siendo la detective Altamirano, y no duda en acompañar a su antiguo compañero en alguna de sus indagaciones.

Tras la muerte y el engaño de Esperanza, Pepón había perdido algo de su afabilidad y socarronería. No confía en las mujeres, solo Marina y la familia de su antiguo superior merecían su cariño. Su amigo Leo le decía que ya cambiaría de opinión, solo necesitaba que llegara la persona adecuada a su corazón. Algo que a lo que él solía responder:

—No puede entrar nadie en lo que está cerrado con siete llaves.

—No te creas —le contradecía Leo—, con una llave maestra se pueden abrir todas las cerraduras.

Leo se había quedado en Salamanca, puesto que eran unas vacaciones solo de chicas. Eso no impedía que Marina y él se pasaran media noche hablando por teléfono. Él no había perdido la esperanza de que la comisaria aceptará su

propuesta de matrimonio.

—¿Para qué nos vamos a casar? —se negaba continuamente Marina—. Eso implica papeleo y un montón de tiempo perdido buscando un vestido, un restaurante, flores, *catering*...

—Y una iglesia —añadía Leo que quería una boda tradicional, con su preciosa novia entrando de blanco en el templo, pero, por la cara de susto que ponía Marina cuando se lo comentaba, estaba seguro de que eso no se iba a producir.

Se tendría que contentar con una boda más pequeña, quizás en un juzgado, porque estaba seguro de que su huidiza chica le terminaría dando el sí. Contaba con la complicidad de Teresa y Ana para convencerla, algo que esperaba que hicieran durante sus vacaciones.

Ana jugaba con su hermana en la orilla, sin quitar ojo a dos chicos que estaban con sus padres en unas tumbonas cercanas. Eran dos hermanos gemelos, un año mayor que ella, con los que la niña se llevaba más que bien, aunque de forma especial, con el más moreno de los dos, que la hacía reír con frecuencia.

Esas carcajadas y risas eran música celestial para Teresa y Marina. Después de su secuestro y el asesinato de su padre, las secuelas físicas no habían sido lo peor; las psicológicas eran las que le quitaban el sueño por la noche y habían hecho bajar sus notas. La psicóloga infantil a la que la habían llevado, aconsejadas por Solé, la jefa de la científica, había sido de una gran ayuda para Ana. Como solía ocurrir, el tiempo todo lo curaba y, aunque no se olvidaran, los traumas y las pérdidas se hacían más llevaderos con el transcurrir de los meses.

Una mujer se sentó junto a ellas. La habían visto varias veces desde su llegada y ya se había convertido en un rostro habitual en la piscina y en la playa. En más de una ocasión se había unido a su amigable grupo y entablado conversación con Marina, con la que parecía llevarse especialmente bien.

—Buenos tardes, Lola —la saludó con afabilidad Ana Cristina levantando la

vista de su revista.

—Buenos tardes, chicas —le respondió esta, haciendo extensible el saludo al resto de las mujeres—. ¡Puff! Hace más calor que ayer. Esta humedad es pegajosa, no me acostumbraré nunca a ella.

—El clima del interior es más seco —apuntó Teresa—. Aquí mi pelo tiene vida propia. Esta mañana me he echado medio bote de gel fijador y ahora parece que he metido los dedos en un enchufe.

Algo en lo que todas estuvieron de acuerdo y dio lugar a una conversación en la que se intercambiaron trucos para hacer más domables los rizos indeseables del pelo. Un camarero se acercó hasta ellas cuando Lola requirió su presencia. Con prontitud apuntó el pedido y, al regresar a la barra, lucía un arrobamiento que poco o nada tenía que ver con el calor que hacía junto al mar.

—Pero, Lola, ¿con este también? —le preguntó riendo Marina.

Su ocasional compañera de vacaciones era una mujer ardiente y desenfada, que gustaba de dejarse agasajar por los hombres, y no duda en conquistarlos con su sonrisa y su *sex-appeal*.

—Anoche, dos veces. Tiene un culito muy mono. Tan prieto como parece y sabe moverlo muy bien.

Las cuatro rieron divertidas y no dudaron en escudriñar al pobre camarero cuando les trajo sus bebidas.

—¿Lo apunto en su cuenta, señora Montarco? —preguntó el hombre con un hilo de voz al saberse el centro de miradas y comentarios del grupo de mujeres.

—Sí, querido.

—Gracias, Lola —dijeron Teresa y Ana Cristina.

Marina y Lola o, mejor dicho, Rosa, puesto que la señora Montarco no era otra que Rosa Hernández, intercambiaron una sonrisa de complicidad. La detective Altamirano hacia la vista gorda con los chanchullos artísticos de Rosa, a cambio de información vital, que le ayudara a resolver algunos casos.

Sin embargo, había uno en especial en el que ambas mujeres volcaban sus esfuerzos: encontrar a Luis Calabria. Hasta el momento no habían tenido suerte.

Tras el entierro de Carlos, Marina estaba una noche velando el sueño de Ana en el hospital, permitiendo así que Teresa descansara en casa con la pequeña Pilar cuando recibió una llamada con número oculto en su teléfono. Respondió temerosa, puesto que, la última vez que había ocurrido algo así, había sido Luis el que la había llamado. Al escuchar una voz femenina al otro lado, se había relajado, prestando atención a lo que le decía.

—Detective, soy Rosa. Siento mucho lo que le ha ocurrido a su compañero y a su sobrina. Intenté evitarlo.

—No demasiado —replicó enfadada Marina, comprendiendo al instante quién la estaba llamando—. Si me hubiera avisado antes, habríamos estado alerta y ahora no estaría viendo cómo una niña lucha por no perder su brazo mientras llora la muerte de su padre.

—Lo sé y lo siento. Por eso la llamo. Voy a ayudarte a encontrar a Luis Calabria.

—¿Qué quieres a cambio? —quiso saber Marina, cambiando al tuteo, tal como había hecho la sibilina mujer que le llamaba.

—Nada o, bueno, casi nada. Tú miras para otro lado cuando te lleguen noticias de mis actividades comerciales y yo pondré la cabeza de Luis en una bandeja en tu mesa.

—¡Actividades comerciales! ¿El tráfico de arte se llama así ahora? Menudo eufemismo.

—Si quieres mi ayuda, no te conviene ponerte tan digna. Te recuerdo que, si no llego a llamar a tu compañero, no habrías descubierto dónde tenía Luis secuestrada a Ana.

Marina se tragó su ira, mirando cómo el pecho de Ana subía y bajaba al ritmo de su respiración. No le gustaba, pero necesitaba ayuda extraoficial para encontrar a Luis. Los canales oficiales no habían servido de nada durante

aquellos diez años, era hora de usar otros métodos. De modo que a regañadientes había aceptado la propuesta de la mujer.

Desde entonces solían comunicarse por teléfono o, como en aquella ocasión, en algún entorno vacacional donde Rosa Hernández pudiera camuflarse con alguna de sus identidades falsas. Su fortuna, que no dejaba de aumentar con cada una de las ventas de las decenas de lienzos que había robado de los subterráneos de la ciudad, le permitía vivir con grandes lujos fuera de la ley, sin ser detectada por las diferentes policías que la buscaban. En esa ocasión, utilizaba una de sus identidades favoritas: Lola Montarco, en homenaje al tesoro que había robado.

Marina no lo reconocería nunca en voz alta, pero, a lo largo de aquellos meses, había llegado a caerle bastante bien la sibilina mujer. Con apariencia de modosita, albergaba una personalidad traviesa e inteligente en grado sumo. Le encantaban sus largas conversaciones sobre lo divino y lo humano, donde la inteligencia de la traficante de arte no dejaba de deslumbrarla. Sin quererlo ni pretenderlo, tenía que reconocer que había llegado a apreciarla y a disfrutar de su amistad.

—Se me olvidaba contarte, Marina —comenzó a decir Lola de forma relajada y sin darle importancia—, que el otro día tuve noticias de nuestro amigo común.

Todos los sentidos de la detective Altamirano se pusieron en modo de alerta. Dejó la copa que tenía en la mano en la mesita que había junto a ella y se volvió hacia Lola, pidiéndole explicaciones con la mirada.

—Al parecer, está pasando unos días de descanso cerca de aquí, en Benicassim. Qué coincidencia, ¿verdad? Estar a solo unos kilómetros de él.

—Mucha. Tal vez deberíamos acercarnos esta tarde y hacerle una visita, no vaya a ser que se deje la ciudad pronto.

—Tengo cosas que hacer —declinó Lola la invitación—, pero toma su dirección. Creo que tenéis una conversación pendiente.

Marina no lo dudó y, cogiendo el papel que Lola le tendía, se despidió de

sus amigas con el pretexto de un molesto dolor de cabeza. Subió a su habitación a cambiarse, cogió las llaves del coche que habían alquilado y puso rumbo a Benicassim. Mientras conducía, la detective comprobó que la dirección pertenecía a un hotel situado en el pueblo, a dos kilómetros de la playa. Puesto que en la ciudad no había taxis ni autobuses urbanos, el hotel no estaría muy concurrido, ya que quien se hospedara en él tendría que caminar durante casi media hora para poder darse un baño en el mar. Sin embargo, tenía la ventaja de estar situado en plena zona hostelera y estaba rodeado de bares y cafeterías.

En poco más de treinta minutos llegó a su destino. Marina aparcó el coche fuera y se dirigió a recepción, donde una mujer con cara de aburrimiento y tedio la atendió.

—Creó que está alojado aquí un amigo —comenzó a decir Marina, dudando en decir el verdadero nombre de Luis Calabria, pues no creía que se hubiera registrado con él.

Pensando que una foto valía más que mil palabras, le mostró a la recepcionista una imagen del rostro de Luis, captada por una cámara de seguridad hacía un año, aquel aciago domingo que había perdido a su amigo.

—Es este. ¿Le suena? —preguntó Marina esperanzada.

—Um, hay un huésped que se le parece, pero tiene el pelo más rubio que el hombre de la foto.

—Es que se le aclara el pelo con el sol —respondió Marina sonriendo con falsedad—. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Dijo algo de la biblioteca del Mar, creo que iba allí a leer algún libro. Se fue hace cosa de media hora.

Casi sin darle las gracias, la detective regresó a su coche y, lanzando su bolso en el asiento del copiloto, puso rumbo a la playa. No entendía qué podía estar haciendo el asesino psicópata de Luis en aquel lugar tan turístico, y menos en vacaciones. Se había arriesgado a entrar en el país siendo uno de los delincuentes más buscados. Era cierto que a nadie se le ocurriría buscarle

entre las ingentes hordas de turistas que llenaban las playas en esas fechas veraniegas, pero aun así era un riesgo.

Dejó el coche aparcado junto a unos altos edificios de apartamentos y, guiándose con el Google Maps, se encaminó hacia la biblioteca que estaba situada en una Villa, alzándose majestuosa frente al mar. Desde las escaleras que llevaban a su interior, Marina pudo captar el aroma salino del aire y ver cómo dos gaviotas revoloteaban sobre la playa. La mujer que la atendió era todavía más antipática que la del hotel. ¿Es que nadie sonreía en aquella ciudad?

—Baje la voz, por favor. Esto es una biblioteca —le ordenó con gesto adusto la bibliotecaria, colocando unos libros en una estantería.

—Lo siento —se disculpó Marina, y con la mejor de sus sonrisas le repitió la pregunta—. Quedé con un amigo en que me reuniría aquí y he llegado un poco tarde. ¿Le ha visto?

—No, no me suena —respondió la mujer después de echar un fugaz vistazo a la pantalla del móvil que le tendía Marina.

—¿Está segura?

Esta vez no le respondió, la bibliotecaria se giró y retomó su tarea, dando la espalda Marina. La detective decidió caminar un poco por el paseo marítimo, tal vez en alguno de sus chiringuitos encontrara a Luis tomándose una cerveza.

Un grupo de chicos jugaban un partido de voleibol playa en la orilla, siendo observados con mucha atención por un grupo de abuelillas desde un banco. Marina no podía negar que las vistas eran buenas: cuerpos perfectos con el mar y el cielo fundiéndose al fondo. Una bandera verde ondeaba en la torre del socorrista, anunciando la excelencia de la playa que tenía delante.

Cansada de caminar, volvió desanimada sobre sus pasos hacia la biblioteca, pero, antes de llegar, desde un puesto de helados y refrescos, una joven la llamó por su nombre.

—¿Es usted Marina?

—Sí —acertó a decir la detective Altamirano extrañada, puesto que nunca

había visto antes a aquella chica que parecía conocerla.

—Un hombre me ha dado una nota para usted —respondió la joven, tendiéndole un sobre blanco a una cada vez más confusa Marina. Dentro de él, había una nota escrita con premura. Al instante reconoció la letra como la de Luis. ¡Él sabía que ella estaba allí! ¿Cómo era posible? ¿Estarían de nuevo compinchados Rosa y Luis?

—¿Cómo ha sabido quién era yo?

—Cuando usted salió de la biblioteca hacia ese lado —explicó la vendedora de refrescos, señalando con la mano el camino que Marina había seguido—, no vio a su amigo que estaba aquí comprando una botella de agua. Me pidió que, cuando volviera a la biblioteca, le diera esta nota.

¡Estaba allí! ¡Le había tenido a unos escasos cinco metros y no le había visto! Maldiciendo su suerte, desplegó la nota que le había dejado Luis Calabria. Solo eran dos líneas, que dejaron llena de dudas la mente de Marina.

Querida Marina:

No esperaba encontrarte en esta playa. ¿Buscas un libro? Te recomiendo uno: *Asesinato en la Puerta del Sol*.

—¿Por dónde se fue el hombre que le dio esta nota? —le preguntó nerviosa Marina a la encargada del puesto.

—Por esa calle de en frente.

A tenor de las indicaciones de la joven, parecía que Luis hubiera regresado al hotel. Sin dilación, Marina fue hacía allí. Cuando llegó al establecimiento de una conocida marca de hamburguesas, supo que le había perdido la pista. No se veía a nadie caminado, solo coches circulando por el cruce con rapidez. Tal vez había vuelto al hotel.

La detective regresó al suyo y rezó para que esta vez la recepcionista no fuera la mujer de antes. En eso tuvo suerte, pero el hombre que en esa ocasión ocupaba un puesto tras el mostrador le explicó que su amigo se había marchado del hotel.

—Dijo que le habían llamado de Madrid y debía regresar urgentemente. Un taxi vino a recogerle.

—¿Tal vez a la estación?

—Lo dudo. Creo que a Valencia. Desde allí salen más trenes hacia Madrid que desde aquí.

Marina sentada en su coche reflexionó con la frente apoyada en el volante. Si regresaba a Valencia con sus amigas, nunca volvería a tener a Luis tan cerca. Eso quedaba descartado, esperaba que ellas lo entendieran. Ya habría otras ocasiones de disfrutar del sol y la playa. Sabía que Teresa aprobaría sus actos cuando tuviera noticia de ellos.

Su segunda opción incluía ir también a Valencia y, con suerte, con mucha suerte, encontrar al maldito asesino que la llevaba a maltraer. Sin duda, cuando llegará a la estación, sería como buscar una aguja en un pajar. Luis se camuflaría entre la gente y no lo vería, aunque lo tuviera delante, como había pasado en la playa. Si eso ocurría, podían pasar otros diez años hasta que volviera a salir de su escondite.

Su tercera opción era seguir el mensaje que le había entregado la mujer del puesto de bebidas, que sin duda la guiaba hasta Madrid y su céntrica Puerta del Sol, donde cada año se reunían miles de personas para comer las uvas la noche Fin de Año.

Inspiró y levantó la cabeza. La decisión estaba tomada, arrancando el motor puso el coche en marcha. Le esperaban casi cinco de horas de carretera con la mente fija en un propósito: acabar con Luis Calabria.

Capítulo 20

Marina giró el cuello hacia ambos lados, en un vano intento de relajar sus doloridos músculos. Estaba parada desde hacía cinco minutos en un mismo lugar de la M30 viendo cómo los conductores que la franqueaban permanecían con la vista fija al frente, tan aburridos como ella. Era la hora de salir de trabajar y parecía que todos los habitantes de Madrid se habían puesto de acuerdo en coger sus vehículos para atestar las calles.

Notaba en su nariz el desagradable olor del dióxido de carbono que desprendían los tubos de escape de los coches, que se filtraba sin piedad por el aire acondicionado. Había probado apagarlo, pero eso solo aumentaba el mal olor del interior de su vehículo. Resignada lo había vuelto a encender e intentaba tranquilizarse dando golpecitos nerviosos a las pequeñas palancas que surgían a ambos lados del volante y que controlaban los limpiaparabrisas y las luces. Aburrida y cansada de estar parada, decidió tomar la primera salida que vio menos congestionada y se dispuso a dejar el coche aparcado en cuanto encontrara un sitio libre.

Hacia una hora había saltado la noticia a los medios: un importante empresario había sido asesinado en la habitación de un hotel al que había acudido para reunirse con un extraño hombre. Ya sabía para qué había ido Calabria a Benicassim. Cuando Rosa le había contado que Luis ofrecía sus servicios como sicario a quien le quisiera contratar, no le había resultado extraño. Tras los sucesos acaecidos un año antes, no habían podido dar con él,

pero sí con sus cuentas bancarias y sus refugios en tres ciudades europeas: París, Londres y Berlín. Agotada su fuente de ingresos, se había visto obligado a trabajar en lo que mejor sabía: asesinando por encargo a quien le dijeran. Con tal que le pagaran, le daba igual quien fuera la víctima o cual fuera el motivo por el que desearan su muerte.

El empresario asesinado era el dueño de un vasto imperio hotelero con establecimientos en todo el mundo, que dirigía junto con sus hijos. Las noticias apuntaban a que algún competidor, en dura pugna por conseguir un contrato con ciertos emiratos árabes, podía ser el responsable. Por tanto, o estaba en Madrid, para desaparecer en algún vuelo hacia una nueva víctima o para refugiarse, donde quiera que se estuviera escondiendo los últimos meses.

Aunque había algo que no acababa de gustarle a Marina. Desde Valencia podía haber escapado por tren o por avión a cualquier destino, y más cuando se había dado cuenta de que Marina estaba tras él. Pero no, en lugar de huir, estaba en Madrid o, al menos, eso creía ella, a tenor del mensaje que le había dejado en el puesto de helados de la playa.

Cansada, miró a su alrededor. No sabía cómo había terminado en Vallecas, junto a la Asamblea de Madrid, y allí, cerca de un centro de salud, aparcó el coche. Ya anochece cuando entró en el acceso a los trenes de cercanías de Entrevías. A la carrera compró un billete con destino a la Puerta del Sol. Nerviosa, bajaba por las escaleras que descendían hacia la vía desde donde partía el tren con destino a Atocha que debía tomar para enlazar después con el que la llevaría hasta Sol.

Marina no pudo evitar sonreír al ver la habilidad con la que dos jóvenes bajaban delante de ella con sus inmensas maletas cargadas de ropa, maquillaje y sueños con los que llenar sus días de vacaciones. Le recordó a como lo había hecho ella misma con su amiga Ana Cristina un par de días antes, procedentes de Salamanca, para enlazar con un AVE hacia Benicassim. Teresa había viajado directamente desde la ciudad universitaria en su coche, puesto que le resultaba más cómodo poder detenerse cuando las niñas lo necesitaran.

Unas mujeres corrían en una vía paralela para atrapar un tren que se había quedado al principio de esta en lugar de entrar hasta el final del andén. Un niño jugaba a los pies de su madre, disfrutando en los primeros días sin colegio, de su libertad recién adquirida. Durante unos meses ya no habría más madrugones ni más libros ni más uniforme. Solo piscina, juegos y helados. Nada más. Y por supuesto nada de acostarse pronto, podría quedarse jugando hasta que fuera tarde mientras sus padres conversaban en una terraza.

Marina subió al tercer vagón del tren que había entrado en la estación situándose delante de ella. Una vez dentro ocupó uno de los tres sitios libres junto a una pareja de hombres, que intercambian sonrisas y gestos de afecto. La detective Altamirano respiró, contemplando por la ventanilla el sinfín de raíles que se entrecruzaban en un desorden que solo los ojos más atentos podían desentrañar. El trayecto fue corto, una única estación y ya estaba en Atocha, donde otra vez se encontró con escaleras mecánicas y con prisas por llegar al andén.

Según el panel, faltaban tres minutos para que el convoy hiciera su entrada en la estación. De pronto, unos ojos captaron su atención. Había sido una mirada furtiva, huidiza, pero los reconocería hasta en una noche sin luna. ¡Era Luis! Estaba segura de que aquel hombre que se encontraba a diez metros de ella, con una mochila en la espalda y una gorra tapando su pelo, era él. Claro, estaba en Atocha, seguramente había llegado en un tren, quizás un AVE, y se había decantado por uno de cercanías para llegar a su destino.

Luis fingía mirar algo en su móvil, en un vano intento de desviar la atención de Marina, algo que la detective no pensaba hacer. Se le veía nervioso, sin duda, no había contado con encontrarse tan pronto de nuevo. Por una vez parecía que los astros se habían alineado para echar una mano a Marina, o quizás era su amigo Carlos, que desde arriba la vigilaba y había decidido que después de un año era hora de echarle un cable o nunca acabaría con Luis. Aunque bien pensado, si no quería que le encontrara, no hubiera puesto lo de la Puerta del Sol en su mensaje. En cualquier caso, allí lo tenía, respirando el

mismo aire que ella y rodeado por las mismas personas, esas mismas que impedían a Marina hacer ningún movimiento que pusiera en peligro más vidas de las que ya Luis se había llevado por delante en su camino.

Cuando abrieron las puertas del tren, varios viajeros bajaron de los vagones, haciéndose un hueco entre los que se agolpaban en el andén, dispuestos a subir al convoy lo más rápidamente posible, para regresar a su casa a tiempo para cenar y ver la televisión un poco, antes de irse a dormir. Marina quiso ir al encuentro de Luis, pero la mirada furibunda de una mujer y su hija la hizo desistir.

«Me cambiaré de vagón en el interior —pensó Marina—. Es un lugar cerrado, no tienes escapatoria».

En cuanto las puertas se cerraron y el tren se puso en movimiento, la detective Altamirano avanzó hacia su objetivo. Había estado vigilando y sabía que no había vuelto a descender. Tras subir unos escalones, llegó hasta el lugar donde unos atónitos pasajeros miraban al techo del vagón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marina al que tenía más cerca: un hombre de tez morena y acento argentino.

—¡Fue tremendo! Ha subido por ahí —respondió el viajero, señalando una trampilla del techo que a simple vista parecía un extractor de aire.

—¿Por el conducto de ventilación? —preguntó Marina a otra mujer que había a su lado para asegurarse.

—Sí, sí. Ha dado un salto, la ha abierto y se ha metido dentro. Después la ha vuelto a cerrar. Ha sido rapidísimo.

—Muy rápido —asintieron el resto de los pasajeros sin dejar de mirar la trampilla y hacer fotos con su móvil.

Marina chasqueó la lengua fastidiada, no le quedaba otro remedio más que seguirle y no le apetecía lo más mínimo. Si su antiguo compañero Pepón estuviera allí, le mandaría que subiera para investigar y luego él ya le ayudaría desde arriba. Pero, como se había metido ella solita en ese lío, era cosa suya.

—Vosotros dos ayudadme a subir —les pidió a dos estudiantes, que, con sus

mochilas a la espalda, la contemplaban asustados.

Como veía que no se movían les mostró su placa, logrando que se acercaran a ayudarla. Hicieron con sus manos un escalón en el que Marina pudo apoyar el pie y, con una mano en un hombro de cada uno de ellos, la izaron hasta el techo, cerca del lugar por donde Luis se había escabullido.

La detective Altamirano con cuidado deslizó la trampilla a un lado, descubriendo en un fugaz vistazo que fuera solo había oscuridad, rota por la ligera claridad que salía del tren por las ventanillas. No sin dificultad se tumbó sobre el techo del vagón, sin atreverse a moverse demasiado. Por el ruido que hacía el tren al circular, sus oídos no captaban los sonidos de los movimientos que pudiera estar haciendo Luis, algo que la desazonaba. Tampoco veía nada, podía tenerlo a unos metros por delante o por detrás, acechándola, y no lo sabría.

Junto a la vía por la que estaba circulando su tren, se intuían otros raíles paralelos a su izquierda, y a su derecha solo pared y negrura. De pronto, notó que a unos metros la claridad aumentaba. No parecía una estación, puesto que el convoy no disminuía su velocidad, pero sin duda había algo delante de ella. De improviso sus ojos captaron un fugaz movimiento. Estaba segura de que era Luis, que había permanecido agazapado como ella, y todo indicaba que iba a saltar.

Sin tiempo para pensar en lo que hacía, actuando por instinto, imitó lo que el hombre al que perseguía había hecho y se tiró del tren, rodando sobre su espalda por el duro cemento. Al día siguiente tendría un buen moratón en la cadera derecha y otro en el codo izquierdo, estaba segura, a tenor de cómo le dolían.

Tendida en el suelo, Marina abrió sus ojos, permitiendo que estos se acostumbraran a la ligera luminosidad existente proveniente de dos lámparas LED situadas en el techo. Aquello no era una estación, era demasiado pequeña para serlo. Parecía una especie de apeadero para los propios trabajadores de cercanías, algo así como una salida de emergencia, o para resguardarse

cuando se estuviera haciendo alguna reparación en las vías. Marina escuchó unos golpes metálicos. Impulsándose, se puso de pie y se giró hacia el lugar desde donde parecían provenir los ruidos. Una escalera metálica subía hasta una portezuela y era allí donde Luis se encontraba, luchando con una cerradura, que le impedía huir.

—¡Alto! —gritó Marina corriendo hacia él.

Luis interrumpió sus golpes un breve segundo para mirarla, reanudando su intento de fuga sin hacerle caso. Había cogido una palanqueta metálica abandonada del suelo y con ella trataba de hacer saltar la cerradura. Justo en el instante en que Marina ponía un pie en el primer peldaño de la escalera a la que Luis estaba subido, este logró abrir la puerta. Un aire viciado, metálico y picante, que irritaba las fosas nasales, llegó hasta él. Sin inmutarse, salió a lo que parecía un estrecho pasadizo que subía y subía. Corrió todo lo que sus pies y la oscuridad le permitían.

Con la mano izquierda, sin dejar de sostener la palanca con la derecha, Luis sacó su móvil del bolsillo, procediendo a encenderlo para ver un poco más. Había alguna luz de emergencia, pero estaban llenas de polvo y telarañas, impidiéndoles cumplir la función para las que habían sido colocadas. Escuchaba las pisadas de Marina siguiéndole los pasos. ¡Dichosa detective! Tenía que haberle dado tiempo a llegar con más margen de ventaja para tenderle una trampa. Cuando la había visto en la playa, él ya tenía su billete de AVE en el bolsillo y un coche con conductor aguardándole en el hotel, para llevarle a la estación. Esa condenada mujer no tenía nada de eso, por lo que no debía de haberle podido seguir tan rápido.

¡Se había confiado demasiado enviándole la nota! No había podido resistirse a sorprenderla igual que ella le había sorprendido a él, siguiéndole hasta Benicassim. Tenía que haber sido Rosa Hernández la que le había dicho dónde encontrarle. No debía de haber confiado en ella. Si había sido capaz de dejar atrás a los suyos y abandonar a su suerte al hombre al que supuestamente amaba, no debía de esperar ningún tipo de compañerismo por su parte. Luis

había creído que guardaba el mismo resentimiento que él sentía hacia la detective, pero no había contado con sus inesperados remordimientos. Tenía que haberlo sabido cuando se había negado a secuestrar a la niña.

«No. Todos tenemos un límite, y el secuestro de niñas pequeñas es el mío», le había dicho Rosa al negarse a ayudarlo.

Confiaba en que al menos hubiera guardado para sí sus planes, pero estaba visto que no había sido así. No había dudado en avisar a Pepón y a Leo cuando le había sido imposible contactar con Marina, y estaba seguro de que la presencia de la detective en Benicassim se debía a una nueva traición de la antigua administrativa. En cuanto se librara de Marina, se ocuparía de ella.

Luis abrió de una patada la última puerta que se interponía entre él y el exterior. Estaba en un cruce de vías, decenas de raíles pasaban a su izquierda y a su derecha, en aquella pequeña caseta aislada que parecía perdida en medio de la selva de líneas de metal. Hacía frío, al caer la noche la temperatura había descendido, se subió el cuello de la cazadora en un vano intento de entrar en calor. El contraste entre la temperatura asfixiante y agobiante de los túneles y la escalera, y el exterior le hacía estremecerse. Nervioso miró a su alrededor, buscando algo con lo que atrancar la puerta e impedir el paso de Marina. No encontró nada, así que utilizó la palanqueta que tenía en la mano. No le impediría salir, pero sí ralentizaría su marcha.

A esas horas, casi la una de la madrugada, ya no pasaban trenes. Durante un corto período, el continuo trajín se vio interrumpido. Con cuidado para no pisar las vías y, manteniéndose todo lo lejos que podía de las catenarias, Luis caminó despacio, saltando los raíles, intentando salir de aquel bosque de hierro. En el silencio de la noche, las patadas que Marina daba en la puerta que había bloqueado Luis sonaban con fuerza, rompiendo la tranquilidad nocturna. Ya casi había alcanzado uno de los terraplenes cuando escuchó que la puerta se venía abajo.

—¿En serio crees que te vas a librar de mí? —escuchó que Marina le preguntaba a gritos—. Te alcanzaré, es cuestión de tiempo, esta vez no te

escaparás tan fácilmente.

Luis dudó si girarse y enfrentarse a Marina, pero un mal paso le hizo resbalar por la gravilla sobre la que se asentaban los hierros que formaban los raíles. La detective Altamirano avanzaba con menos dificultad que su perseguido, porque, al ser sus pies más pequeños, cabían a la perfección entre los travesaños que conformaban las vías. Sin descanso, poco a poco iba reduciendo la distancia que les separaba.

De un salto, Calabria se encontró en tierra firme. Corriendo por un descampado, llegó feliz al asfalto. Con las manos sobre las rodillas, encorvado, se permitió unos segundos de tranquilidad para recuperar el resuello.

—Querido amigo —dijo Marina burlándose de él desde el borde del terraplén, como tantas veces antes había hecho él—. ¿Estás cansadito?

Luis no respondió a la mofa, irguiéndose, corrió, perdiéndose en las callejuelas de nombre desconocido, que cruzaba en aquel Madrid que nunca dormía, solo se aletargaba como un bebé en su cuna.

Marina había logrado trepar por el terraplén, ayudándose de sus manos, a costa de romperse un par de uñas en el proceso. Sentía que las puntas de los dedos le escocían por la tierra que se había quedado en sus heridas, y el frescor nocturno le irritaba bastante.

«Ahora entiendo lo que debe doler que te metan astillas bajo las uñas», pensó Marina, envolviéndose dos dedos de su mano derecha con un pañuelo de papel para contener la sangre que salía de ellas.

Le dolía todo. La cadera y el codo, por la dureza del suelo al saltar del tren; las piernas, del esfuerzo de subir por la escalera; el pie derecho, por la patada con la que había derribado la puerta; las manos, por las heridas que se había hecho al subir por la gravilla. Mejor no seguía con el recuento, porque había menos partes de su cuerpo que no le dolieran que las que le dolían. Pero no se iba a detener. Esa noche acabaría aquella pesadilla que ya duraba diez años. Uno de los dos debía morir, y no estaba dispuesta a ser ella. De pronto la

figura de Luis se perdió tras girar una esquina. Marina aceleró el paso, no iba a permitir que le diera esquinazo.

No lo vio, pero sintió un aire frío en la nuca que hizo que sus sentidos se agudizaran y, sin pensar en lo que hacía ni en por qué lo hacía, se agachó justo un segundo antes que una piedra, que Luis había cogido de una obra, la golpeará en la cabeza.

—¡Ah! Maldita seas.

—¿Creías que ibas a pillarme desprevenida? ¡Iluso!

Luis la atacó con saña con la piedra. Marina poco más podía hacer que eludir sus golpes. Ni tiempo tenía para sacar el arma. Decidió sorprenderle, estirando su pierna una de las veces que se agachaba, para hacerle la zancadilla, haciendo que se cayera, por el impulso que llevaba su cuerpo para golpearla. Marina aprovechó la vacilación de Luis para sacar su arma y apuntarle con ella. Sin embargo, él fue mucho más rápido y, lanzándole la piedra a la mano con la que sostenía el arma, le hizo perder el equilibrio y la pistola.

—¿Recuerdas el bosque, querida amiga?

Marina sintió un fuerte golpe en la espalda cuando Luis cayó sobre ella, inmovilizándola contra el suelo. Reprimió una arcada de repulsa al sentir su cálido aliento en su oreja, mientras le hacía aquella pregunta de tres simples palabras, que hizo que todo su valor se encogiera en su interior. De repente se sintió indefensa, como aquella noche y como aquella tarde de domingo de hacía un año, en aquel húmedo y vacío palacete. Luis tomó ventaja de la zozobra de los pensamientos de la detective y colocó sus manos en su cuello. Apretó, con fuerza, ira y enfado. No quería jugar más con ella. Ya era hora de terminar con aquella insana relación. Ella nunca le daría lo que él quería: una digna oponente para sus juegos, que no dudara en dejar los convencionalismos a un lado. Allí y ahora era el fin de la detective.

Marina no podía respirar, la falta de aire y el inmenso dolor que sentía en su cuello anulaban su capacidad de pensar. Intentó usar su cuerpo para derribarle,

pero Luis era mucho más fuerte que ella. Sentía que su mente se deslizaba hacia la oscuridad. ¿Estaría Carlos esperándola al final del túnel?

De pronto la detective notó que la zarandeaban y escuchó una voz femenina que la llamaba con insistencia.

—¡Marina! ¡Marina! ¡Despierta!

El peso del cuerpo de Luis sobre el de ella había desaparecido, era libre para moverse. Una figura a su lado la hizo girar, era una mujer. La voz le resultaba conocida, pero era imposible. Le parecía que sonaba como la voz de la mujer de su compañero muerto, lo que no podía ser porque estaba en la playa, a miles de kilómetros de allí.

—¡Marina! —exclamó de nuevo la voz, acompañando su orden con una fuerte bofetada, que le hizo abrir los ojos.

—¿Teresa? ¿Tú? ¿Qué haces aquí?

—Ayudarte —afirmó la viuda del comisario como si fuera evidente—. Al menos dame las gracias.

—¿Dónde está? —quiso saber Marina inquieta mirando a su alrededor. Dudaba que Luis se hubiera ido así como así. Estaría cerca de ellas, observándolas, esperando el momento adecuado para atacarlas.

Entonces lo vio. A unos metros de ellas. Inconsciente en el suelo. Hecho un ovillo.

—¿Le has matado? ¿Desde cuándo tienes un arma? —preguntó Marina atónita, dudando si acercarse hasta el cuerpo de Luis para comprobar si respiraba.

—No tengo ningún arma, bueno, salvo una pistola eléctrica que compré por internet. Si buscas, puedes encontrar de todo —respondió Teresa sonriendo satisfecha. En realidad, había sido su amiga Ana Cristina, quien en un video de YouTube había averiguado cómo conseguir la pistola eléctrica. Una cuenta de PayPal y una empresa de mensajería habían hecho el resto.

—¿Qué descarga le has dado? —inquirió Marina acercándose hasta Luis para buscar con su índice y corazón, su latido. Allí estaba, tenue, pero estaba,

lo que no le alegraba demasiado si era sincera consigo misma. Hubiera preferido que estuviera muerto.

—La máxima. Quería estar segura de dejarlo fuera de combate —afirmó resuelta Teresa.

—¿Cómo me has encontrado?

—Esa tal Lola Montarco no me gustaba nada, su cara me resultaba conocida. Ana Cristina estaba segura de haberla visto por televisión, en algún telediario. Por lo que no nos daba buena espina. Así que le dije a Ana que activará el GPS de tu móvil sin que te dieras cuenta. Quería saber dónde estabas si te perdía de vista. Al ver que venias en dirección a Madrid, sin decirnos nada, la dejé con las niñas y me fui al aeropuerto.

—¿Cómo se te ha ocurrido seguirnos?

—Tenía que ser él —explicó Teresa señalando hacia el cuerpo inconsciente del asesino—. Si hubiera sido otro caso, nos lo hubieras dicho. Además, nadie más que él podría hacer que dejarás de improviso tus vacaciones para venirte a la capital sin decirnos nada.

Marina seguía sin poder creerse que Teresa la hubiera seguido, igual que ella había seguido a Luis. Desde luego, Ana no había heredado sus genes guerreros y peleones solo de su difunto padre. Suspiró y sacó su móvil de la chaqueta para llamar a la policía y pedir una ambulancia para Luis.

Los siguientes días fueron una locura. La detective Altamirano debió pasar un par de días en la capital haciendo declaraciones y hablando con policías, jueces y fiscales. Marina no quería que su amiga se viera implicada, así que le dijo que se fuera a un hotel antes de que llegara la policía y, a regañadientes, Teresa hizo lo que Marina le aconsejaba. Era por el bienestar de las niñas. Ya habían perdido a su padre, no podían perder también a su madre. Por suerte, ninguna cámara había captado su imagen en el oscuro callejón donde habían

logrado reducir a Luis. A la mañana siguiente, bien temprano, Teresa regresó junto a sus hijas como si nada hubiera pasado.

En todos los interrogatorios a los que tuvo que someterse Marina, mantuvo su versión: la pistola eléctrica era de ella y, gracias a esa providencial arma, había logrado vencer a Luis.

—¿Y mientras la estrangulaba fue capaz de sacar la pistola y apuntarle en la base del cráneo con ella? —le preguntó el fiscal encargado del caso, sin creerse del todo la afirmación de la comisaria Altamirano.

—Sí. Ya sabe, nos entrenan para defendernos y ser capaz de reducir a un criminal en cualquier circunstancia, por difícil que sea. Sabía que estaba en juego mi vida, de modo que hice un último esfuerzo para poder reducirle.

—Ya —replicó poco convencido, pero dispuesto a encarcelar para siempre al asesino fugado, en un caso que le llevaría a escalar puestos en su carrera.

Horas más tarde, esa misma noche, en su habitación del hotel de la playa, después de tantos años, Marina podía dormir tranquila, sabiendo que Luis Calabria ya no estaba fuera acechándola. Aquella era la mejor píldora para conciliar el sueño. Sonriendo, guardó el despertador en el cajón de la mesilla y apoyó la cabeza en la almohada, abrazando a Morfeo para que la llevara al mundo de los sueños.

Epílogo

Luis sabía que algo iba mal. No era una mañana como las otras. Eran pequeños detalles: una mirada huidiza por un lado, aquel preso que se apartaba de su camino como si tuviera una enfermedad contagiosa, el repentino silencio al entrar en el comedor a la hora del desayuno. Pensó que era su febril imaginación jugándole una mala pasada. Él era venerado en la cárcel, eran los otros presos los que le temían. Era un cruel y despiadado asesino. Seguro que era eso, habrían descubierto más cadáveres en el jardín del palacete del Paseo de la Estación y estaban asustados. Luis elevó la cabeza en actitud desafiante cuando entró en el jardín para respirar algo de aire fresco, ocultando sus ojos con las gafas de sol.

Fue en vano, su inquietud volvió a aumentar. Era como si una luz roja se hubiera encendido en su cerebro avisándole de que algo iba mal. De repente, el resto de los presos estaba sospechosamente distraído charlando en el patio, jugando un improvisado partido de fútbol o fumando en un rincón. El guarda que no le dejaba ni a sol ni a sombra se había ausentado unos minutos, reclamado por un compañero.

Dos hombres, que hasta ese instante habían estado apoyados junto a la verja, habían iniciado, un —en apariencia— inocente paseo, que los llevaría a pasar junto a Luis en unos segundos. Él era más listo, no se iba a dejar engañar por esa burda estratagema. Giró sobre sus pasos y, recorriendo el camino inverso, regresó hacia la puerta por la que había entrado en el patio. No lo vio venir,

solo cuando lo tuvo a unos centímetros de distancia, se percató de que un preso había salido de la nada por su lado izquierdo.

—La detective Altamirano te manda saludos —le dijo una voz baja, apenas audible, si no fuera porque la boca del hombre que le estaba clavando un pincho de fabricación casera con certera precisión, en el corazón, estaba situada junto a su oído.

—Esto por Carlos Tejedor —dijo una segunda voz, antes de clavarle un tenedor en la carótida.

Los dos hombres desaparecieron, perdiéndose entre el resto de los presos. Cuando el guarda encargado de vigilar a Luis Calabria regresó a su lado, sin comprender del todo por qué su compañero le había llamado para esa tontería, lo encontró tirando en el suelo en un charco de sangre. Nada pudo hacer el médico de la cárcel, salvo certificar su muerte. El psicópata asesino que tanto dolor había causado a su paso había dejado de respirar.

En el exterior, un coche oscuro arrancó su motor. Una mujer morena con una cazadora de cuero iba al volante. Tenía la radio encendida, pero no prestaba atención a lo que los locutores estaban contando. Su pensamiento estaba a kilómetros de allí. En el asiento del copiloto aún se podía ver en la pantalla del móvil el último mensaje que había recibido:

Hecho

El automóvil se incorporó a la autovía de forma silenciosa, entre dos camiones que iban rumbo hacia Portugal, pero que antes pasarían por Salamanca, vislumbrando el majestuoso perfil de sus catedrales kilómetros antes. El tiempo era apacible y el tráfico fluido, en menos de una hora la conductora habría llegado a su destino, retornando a su rutina diaria, sabiendo que lo que debía haber quedado hecho hacía más de diez años por fin estaba terminado.

FIN

Nota de la autora

Esta es la tercera y, por el momento, última entrega de la serie *Los casos de Marina Altamirano*. Todos los personajes y hechos relatados en la novela son fruto de la imaginación de esta humilde autora, aunque algunos nombres están tomados como guiño de complicidad de mi entorno, pero que conste que no estoy rodeada de psicópatas y asesinos o, al menos, eso espero.

La mayor parte de la trama transcurre en Salamanca. No puedo evitar imaginar a mis personajes recorriendo sus calles, tomándose un café en una terraza o atravesando la Plaza Mayor para ir a dar un paseo por su zona antigua. Si hay que resolver un misterio, que mejor forma de hacerlo que en una ciudad rodeada de ellos, con leyendas deseando ser contadas aguardando en los rincones.

En la calle Colombia hay un extraño edificio abandonado por el que paso habitualmente y que no deja de atraer mi atención, haciendo que mi mente lo pueble de personajes que nunca han existido y que viven historias que no han sido ni serán ciertas. No es ningún sanatorio ni tiene el aspecto con el que lo describo en la novela, pero no puedo evitar dejar de pensar en que es un lugar lleno de misterio.

En el Paseo de la Estación hay un palacete abandonado, con su —en otra época— bello jardín, muy descuidado y olvidado. No hay cuerpos enterrados entre sus paredes ni cadáveres bajo sus suelos, más que en mi imaginación. No es el único palacete oculto entre altos edificios que hay en mi ciudad. Me

parecen bellos vestigios del pasado que se muestran reacios a desaparecer.

El personaje de Luis Calabria era demasiado atrayente y tentador como para no volver a retomarlo en una novela. ¡Qué le voy a hacer! Me enamoro de mis malos en igual medida que de mis heroínas, y no soy capaz de desprenderme de ellos. Marina Altamirano y él hacían tan buena pareja que tenía que darles la oportunidad de bailar juntos otra vez.

Otra prueba de ello es Rosa Hernández o Lola Montarco, como se hace llamar en esta novela. Empezó como un pequeño personaje secundario que fue reclamando atención y mimos, poniéndose delante de mí, agitando en sus brazos una bandera blanca donde había escrito en carmín: «Soy lo más, no me abandones». Y aquí estoy, terminado una novela, sin poder decirle adiós del todo.

Qué puedo decir de la pequeña Ana, que ha ido creciendo en mis historias, siendo así como una pequeña Watson en miniatura, que acompaña a mi Altamirano Holmes en sus casos, con más fidelidad que cualquiera de sus compañeros de trabajo. Quizás algún día protagonice su propia serie de novelas.

Espero, querido lector, que hayas disfrutado con este caso tan personal para Marina, como anhelo que lo hicieras con los anteriores. Si la segunda entrega no hizo que visitaras mi bella ciudad, dudo que después de leer estas páginas seas capaz de resistirte a su influjo. Te prometo que desearás perderte por sus calles al atardecer, cuando la luz naranja de la piedra de Villamayor que recubre sus edificios resalta de forma mágica bajo el azul oscurecido del cielo. Aquí te espera Marina Altamirano, quién sabe si te la encontrarás al volver la esquina por una de las calles de Salamanca.

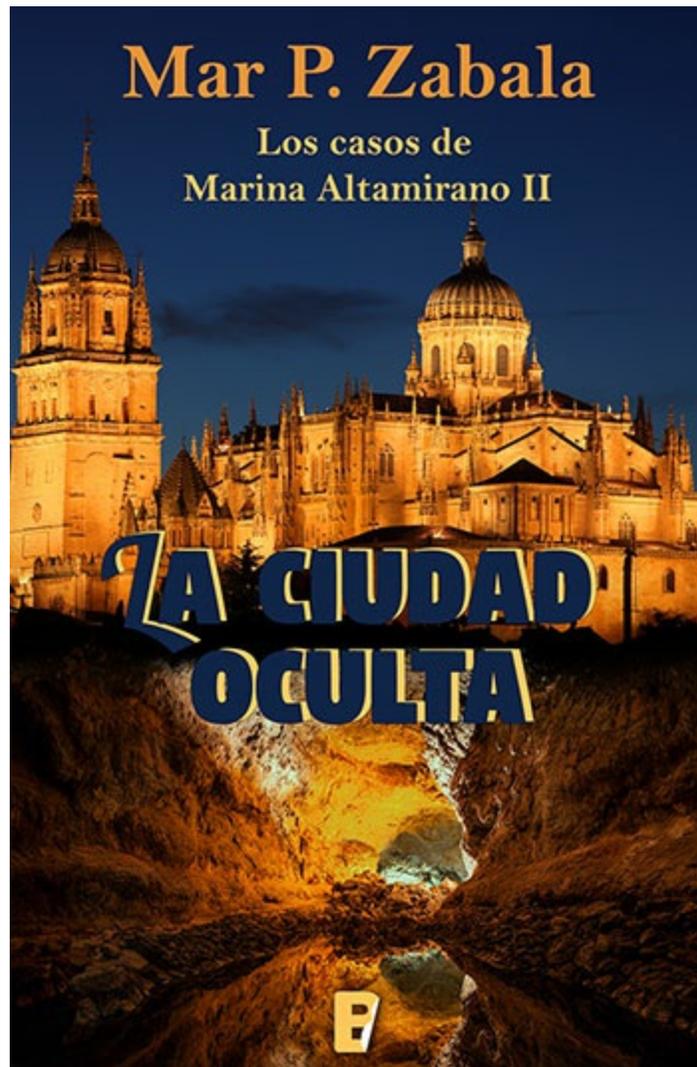
Si te ha gustado

Asesina otra vez

te recomendamos comenzar a leer

La ciudad oculta

de *Mar P. Zabala*



—Pi, pi, pi.

El despertador sonó estridente, uniéndose a la canción de la mañana. Los tacones del médico del piso de arriba preparándose para ir a trabajar habían sido lo segundo que había oído Marina, después del entrechocar de cajas de refresco del repartidor de un bar cercano. Con los ojos abiertos, la puerta que arrastraba del piso de abajo, había sido lo que una vez más la había hecho levantarse. Estaba en la ducha cuando había empezado a sonar la alarma del despertador, que como era habitual se le había olvidado apagar.

—Pi, pi, pi —repetía insistente en la habitación vacía.

Estaba cepillándose el pelo cuando lo oyó y corrió a desconectarla. Se disponía a volver al baño cuando un nuevo sonido irrumpió con exigencia en su rutina. Era su móvil, que con Sofia de Álvaro Soler parecía haber despertado también. Sonrió mientras contestaba la llamada, varias veces había sido objeto de miradas enfurecidas cuando su teléfono sonaba en el trabajo, pero no le importaba, la canción era la preferida de su sobrina Ana y no pensaba cambiarla. También era su favorita y cuando la oía apenas podía contener las ganas de ponerse a cantar y bailar. Sin embargo, al ver en el identificador de llamadas que era su compañero Pepón, las ganas de bailar desaparecieron al instante.

—Buenos días —saludó Marina respondiendo a la llamada.

—Hola —contestó lacónico Pepón—. No vengas a la comisaria, te recojo en diez minutos en tu portal.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Marina.

—Por el camino te lo explico.

Adiós a su desayuno. Terminó de vestirse, cogió una madalena y bajó al portal a esperar a su compañero. Más valía que se la comiera antes de que él

llegara, o le volvería a dar la charla sobre los nutrientes y los conservantes que ya se sabía de memoria, pero de la que pasaba. Lo único bueno de sus nervios era que su metabolismo quemaba la grasa y el azúcar con voracidad; por mucho que la reprendiera Pepón, no le iba a hacer caso. Era un buen tío, no tenía la misma complicidad que había tenido con Carlos, pero confiaba en él. Su aspecto parecía el del típico musculitos preocupado por el cuerpo, que pasaba las horas en el gimnasio. Ella sabía que no era así. Trabajador incansable, más de una vez habían oído, en el silencio del despacho, dar las campanas de las doce en la iglesia cercana, enfrascados en el caso que en ese momento tuvieran entre manos. Los fines de semana eran otra cosa, durante esos dos días solía irse a hacer alpinismo, montaña, piragüismo o cualquier otra actividad en la que la adrenalina estuviera presente. Ocasionalmente Marina le acompañaba, para después desear tener otros dos días para descansar del fin de semana. Claro que, cuando hacía de niñera de Ana y Pilar, era casi peor. La pequeñaja de dos años era incansable, agotaba a sus padres y la agotaba a ella cada vez que se veían. Por no hablar de su hermana, que empezaba a dar síntomas de la intratable adolescente en la que se iba a convertir.

Marina seguía soltera, lejano ya el recuerdo de su exmarido Juan, alguna vez había cedido a la tentación de salir a cenar con algún amigo de Carlos o de su mujer, Teresa. Aunque casi todos eran buenos chicos, ninguno había despertado en ella el suficiente interés para repetir una cita. Desde luego, el cuñado del amigo de la compañera de la mujer de Carlos de la clase de yoga había resultado un bicho raro con su manía de mirar más sus pies que su cara. Teresa y ella se habían reído hasta la saciedad cuando se lo había contado. Ya era tarde para ceder en sus costumbres y adaptarse a las de otro. Mejor sola que mal acompañada. El ronco ronroneo del motor del coche con el que Pepón la recogía la sacó de su ensoñación.

—¿Eso que veo en tu cazadora es la miga de una madalena de las del supermercado? —le preguntó su compañero mientras se ponía el cinturón de

seguridad.

—No, hombre, es una miga de los cereales de avena que he desayunado esta mañana.

—Mientes peor que el sospechoso de ayer. Huelo la grasa desde aquí.

—Era pequeñita, ni para un diente he tenido —rió Marina ante los ojos en blanco de su amigo—. Cuéntame que ha pasado, quién ha muerto.

Tiempo atrás Marina tenía como compañero a Carlos, eran los últimos a los que tenían en cuenta en el departamento de Homicidios de Basema. Todo cambió cuando una serie de asesinatos, en diversas ciudades del país, llegó a sus manos fruto de la casualidad. Su momentáneo compañero de investigación, Arturo, había dejado el cuerpo y, cuando a Carlos le ofrecieron el puesto de comisario jefe en Salamanca, no dudó en pedir el traslado también y seguir a sus amigos. Un cambio de ciudad les vendría bien a todos para olvidar los trágicos sucesos. Nadie, ni si quiera el interesado, sabía que el puesto primero le había sido ofrecido a Marina, quien lo había rechazado. No le gustaba el papeleo y la inactividad que llevaba asociado el cargo. No tenía la mano izquierda necesaria para saber satisfacer y calmar las demandas del concejal de turno o del rico empresario implicado en mayor o medida en el caso. Pepón se convirtió en su compañero por eliminación. Nadie del departamento quería trabajar con ella, decían que no sabía dar fin a la jornada, que se implicaba demasiado en los casos y que sus teorías eran demasiado locas. Así que, cuando Pepón pidió el traslado procedente de Narcóticos hacía tres años, terminaron como compañeros.

—En realidad no se sabe quién es la víctima, ni si hay varias. Solo han encontrado restos de sangre, pero hasta que los forenses no la analicen no sabremos si es de una o de varias personas.

—¿Dónde la han encontrado?

—Ese es el misterio del caso. En el Hotel Casandra —respondió Pepón aparcando el coche junto al cordón policial que habían colocado en torno a este.

Era un precioso edificio de fachada neoclásica renacentista, que hacía esquina en una de las calles más céntricas de Salamanca. Después de identificarse, entraron en el amplio *hall* recubierto de mármol granate, con sillones tapizados en beige y recargados cortinajes. Un policía les entregó los patucos de plástico y los guantes de látex, con los que era obligatorio equiparse para intentar mantener la virginidad de la escena. Para sorpresa de Marina, Carlos estaba allí hablando con el jefe del equipo científico, del que se podía ver a varios de sus miembros con su habitual mono blanco. Con un levantamiento de ceja, les hizo una seña para que esperaran un momento.

—¿Qué hace Carlos aquí? —quiso saber Marina.

—Mira a tu alrededor —respondió Pepón misterioso—. ¿No ves nada raro?

—Salvo demasiada gente en la escena de un crimen y de que no veo sangre, no veo nada extraño.

—No vas desencaminada —afirmó su amigo, divertido.

Carlos se acercó a ellos con cara de no haber dormido.

—¿Mala noche? —preguntó Marina.

—A Pili le están saliendo dos dientes; cuando por fin dejó de llorar y se durmió, me llamaron de la comisaria.

—Pobrecilla —dijo Pepón.

—Puedes hacer de niño la noche que quieras —aseguró Carlos.

—No, yo... no...

—Tranquilo, era una broma. Este caso también lo parece.

—¿Pero qué ha pasado? —inquirió Marina mosqueada por tanto misterio.

—Anoche hubo tormenta, se levantó un viento muy fuerte. Una vecina del edificio de enfrente se despertó por el ruido de la persiana al agitarse con el aire. Cuando fue a asegurarse de que la ventana estaba bien cerrada, vio cómo las cortinas de varias habitaciones del hotel ondulaban por las ventanas y balcones abiertos. Decidió llamar a la recepción, pero nadie respondió, así que llamó al 112.

—¿Por qué no contestaban al teléfono?

—No solo por eso, Marina; según la vecina cotilla, desde el domingo algunas de las ventanas y balcones han permanecido abiertos, las camas sin hacer. Tampoco ha visto a ninguna camarera limpiando.

—Puede ser que tengan poco personal. Si no tienen inquilinos, a lo mejor no limpian las habitaciones hasta que sea necesario —sugirió Marina.

—El caso es que una patrulla se acercó a ver qué ocurría. Se encontraron la puerta de la calle cerrada, les pareció raro y llamaron a los bomberos para que forzaran la puerta. Llovía con fuerza y era raro que hubieran dejado las ventanas abiertas si pensaban cerrar unos días. Algo extraño, porque empiezan los viajes del Insero y siempre tienen alguna excursión.

—¿También lo sabéis por la vecina? —preguntó Marina divertida.

—No, por mis padres —respondió Carlos haciendo amago de una sonrisa—. No se pierden un viaje.

—Normal, si no les haces hacer de niños —replicó Pepón suspicaz.

—Ja, ja, mirad cómo me río —dijo Carlos mosqueado, continuando con su relato—. Después de un par de intentos, los bomberos lograron entrar. Las luces estaban encendidas, una radio estaba puesta en la recepción, al mínimo volumen, seguramente con el fin de distraer las largas horas de la noche del recepcionista. Llamaron con insistencia, pero nadie respondía ni salía a recibirlos. Decidieron investigar un poco más y por todas partes veían lo mismo: carritos con ropa de cama abandonados en los pasillos, puertas de habitaciones abiertas sin ocupantes, pero con la ropa y las maletas de estos en los armarios. Alguna televisión encendida, pero ninguna señal de vida. En el recodo que lleva a la cocina hallaron restos de sangre y, en una de las habitaciones, encima de la cama, una gran mancha, así que llamaron a la comisaría y a la hora los de la científica estaban aquí. Como el dueño es un hermano del concejal de deportes, decidieron que había que llamarme y, como sois mis mejores detectives, os he avisado.

—Haré que me lo creo —replicó Marina; sabía que aquello era una forma de decirles que no quería equivocaciones y que, como le estaban presionando

desde arriba, necesitaba a alguien de su confianza—. Te contaremos lo que averigüemos antes de ponerlo en el informe.

—Con eso me vale —asintió Carlos.

En la planta baja estaba el acceso a las cocinas, a los salones y a las oficinas de dirección. Por el resto de los pisos, se distribuían las habitaciones de los huéspedes. Decidieron recorrer el hotel empezando por la parte superior e irían descendiendo. Cuando llegaban a la quinta planta en la que solo había cuatro habitaciones y una inmensa terraza, Marina sentía el corazón en la boca; intentó contener los resoplidos para evitar los comentarios jocosos de Pepón sobre su baja forma física, pero fue inútil.

—Menos madalenas y más gimnasio.

—Estoy bien —replicó Marina con un hilo de voz.

—Veamos la terraza, así recuperas el aliento.

Tras pasaron las puertas de cristal y se encontraron en un bonito espacio, que en las noches de verano se convertía en un agradable rincón *chill out* desde el que contemplar el cielo estrellado. No obstante, estaban en otoño, así que las sillas y las mesas estaban plegadas en un rincón y tapadas con una lona al resguardo de la lluvia.

—¿Has venido alguna vez en verano? —preguntó Pepón.

—La verdad es que no; mi amiga Ana Cristina dice que se está bien para tomar una copa. Un ambiente tranquilo y agradable. Mira esas ventanas, alguna será la de la vecina que llamó al 112.

—Desde cualquiera de ellas pueden ver parte del hotel, habrá que hablar con los vecinos.

—Esa otra casa está vacía. Solo hay que ver los grafitis de las ventanas.

—Y la cadena de la puerta del portal. Por ahí no ha entrado nadie en tiempo. Las otras casas están demasiado lejos, con unos prismáticos quizás puedan ver algo, pero tal vez no hayan visto nada.

—No se pierde nada por preguntar a los vecinos.

—Veamos las habitaciones.

Habían cogido una llave maestra que colgaba de un carrito con ropa de cama y toallas, en un rincón del descansillo. Con ella entraron en las habitaciones. En las cuatro se encontraron con el mismo escenario: camas hechas, armarios vacíos a excepción de un par de almohadas y mantas. Tenían aspecto de no haber sido ocupadas en algunos días. El polvo se acumulaba en las superficies de las habitaciones.

—Aquí no ha dormido nadie en días —afirmó Pepón.

—Con la terraza, no creo que las ocupen en verano, demasiado ruido. Y supongo que en el resto del año preferirán ocupar las habitaciones de las plantas inferiores, para comodidad de inquilinos y personal del hotel —añadió Marina.

Descendieron por las escaleras hasta la cuarta planta. En ella había veinte habitaciones de las que solo tres tenían las puertas abiertas. Entraron primero en ellas, las camas estaban deshechas, había ropa en los armarios y en las sillas, e incluso los móviles y algún portátil permanecían abandonados esperando a sus dueños.

—¿Quién deja el móvil hoy en día y se marcha sin él? —preguntó Marina señalando un teléfono de última generación que descansaba en la mesilla junto a su cargador en la habitación 405.

—Aquí está la documentación de su dueño. Por lo que veo, es un comercial de informática. Jaime Velasco. El portátil está sin batería, diré a los técnicos que lo carguen y vean qué pueden averiguar.

—Por los papeles que hay junto al ordenador, lo que fuera que pasara le pilló trabajando. El móvil tiene batería, pero está protegido con contraseña. Veamos la siguiente.

Salieron al pasillo; el sonido de las puertas del ascensor al abrirse los sobresaltó en medio del sepulcral silencio, roto por las lejanas voces de sus compañeros en la planta baja, que se escuchaban débilmente por el hueco de las escaleras. Eran dos compañeros de la científica que, junto con un policía de uniforme, subían a recoger muestras en las habitaciones.

—Detective, esta es la lista de los huéspedes del hotel. La hemos encontrado en el ordenador de recepción —explicó el policía.

—Gracias. La siguiente es la 412, según esto es de un hombre llamado Juan Pérez que llegó el domingo al hotel; por lo que veo, Jaime también llegó esa tarde.

—Aquí es donde hay algún resto de sangre en la moqueta, junto al baño, y una mancha de mayor tamaño en la cama —indicó una mujer de la científica.

—Debía estar preparándose para acostarse cuando algo interrumpió su rutina —conjeturó Marina.

—Por su equipaje y su documentación, parece un empresario ganadero, habría venido a hacer algún negocio o al mercado de ganado del lunes —dijo Pepón rebuscando en los bolsillo de una americana que colgaba de una percha en el armario.

—Vamos a la otra habitación que nos queda por ver, dejemos a la científica trabajar tranquilos.

Seguidos por el policía, que no podía disimular su curiosidad, se dirigieron a la tercera habitación de la planta con la puerta abierta. Era la 471 y, como corroboraron al registrarla, su ocupante era Tomás Beltrán, el feliz abuelo, que, por lo que pudieron ver, había venido a conocer a su nieta recién nacida. En el móvil, sin contraseña y sin conexión a internet, pudieron ver fotos de la pequeña y del resto de la familia.

—Tiene varias llamadas perdidas de su hija, la madre de la pequeña, y mensajes de texto en los que preguntaba si había vuelto bien a su casa. Por lo que se ve, el domingo era su última noche en la ciudad —afirmó Pepón trasteando en el móvil, que aún tenía un resto de batería.

—Llama a la comisaría y pregunta si ha habido alguna denuncia por desaparición en estos tres días. Tal vez haya más familiares inquietos por sus seres queridos que nos puedan dar una pista de lo que ha pasado —le pidió Marina a su compañero—. ¿Alguien ha registrado el resto de las habitaciones?

—No creo, detective —respondió el joven policía—. Han empezado por

abajo y solo han echado un vistazo general por las plantas buscando alguna víctima.

—Vuelva abajo y hágase con otra llave maestra. Con algún compañero registren el resto de las habitaciones; al menor indicio de lucha avisen a la científica.

Marina y Pepón decidieron echar un vistazo en un par de las habitaciones cerradas antes de bajar a la siguiente planta. En la primera que entraron, el frío hacía que pareciera una nevera. Sin duda, el fuerte viento había hecho que la puerta del balcón se abriera de par en par, y las cortinas campaban hacia afuera a sus anchas. Pasaron a la siguiente habitación; mientras Pepón registraba el baño, empezó a sentir un incipiente dolor de cabeza. La vista comenzó a nublársele, tambaleándose salió en busca de Marina. Era tarde, yacía inconsciente junto a la cama con el móvil en la mano en un vano intento de pedir ayuda.

Marina miró a su amigo y después a Esperanza, ambos tenían la misma expresión de no entender nada, que debía leerse en su propia cara. Habían logrado resolver el acertijo en la mitad de tiempo que él les había concedido, pero estaban igual de lejos que antes de encontrar a la pequeña. ¿Cómo estaría? ¿Tendría miedo? ¿La habría hecho daño? En la mente de la detective Altamirano solo había preguntas y ninguna respuesta.



Marina Altamirano debe enfrentarse al caso más personal de todos sus años como detective: su querida sobrina ha sido secuestrada y ella es la única capaz de encontrarla antes de que su secuestrador decida acabar con su vida.

Una apacible cena entre amigos se ve truncada por una llamada inesperada, del más temible interlocutor que ha tenido nunca la detective: Luis Calabria. El psicópata huido de la justicia ha vuelto, y está dispuesto a obligarla a jugar con él en una macabra carrera contrarreloj.

El comisario Carlos Tejedor y la arqueóloga Esperanza Mateos serán sus fieles apoyos en la investigación. Pepón García, su compañero de trabajo, y Leo Montiel, su novio, les ayudarán escondidos en las sombras.

Una trepidante aventura por las calles de Salamanca, que atrapará al lector, manteniéndole sin respiración, desde la primera página de la novela.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Mar. P. Zabala

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-91950-59-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Asesina otra vez

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mar P. Zabala

Créditos